

AMERICA

PUBLICACION DEL GRUPO AMERICA

ENCARGADOS DE LA DIRECCION

ALFREDO MARTINEZ
AUGUSTO ARIAS
ANTONIO MONTALVO



AÑO XII

VOLUMEN XII



AMERIKA

PUBLICACION DEL GRUPO AMERICA

SUMARIO

Los Problemas Límitrofes Pendientes en el Continente y la Conferencia de la Paz en Buenos Aires, de HUGO MONCAYO, pág. 5.— Temas Clásicos en las Letras Modernas, de AUGUSTO ARIAS, pág. 10.— Agro y Aldea, de JULIO E. MORENO, pág. 29.— Chaco, de AURORA ESTRADA Y AYALA DE RAMIREZ PEREZ, pág. 57.— Poetas Franceses de hoy, Traducción de JORGE CARRERA ANDRADE, pág. 62.— Dos Poemas, de AUGUSTO SACOTTO ARIAS, pág. 67.— Amor de Esclavos, de HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE, pág. 71.— Chile, en el Panorama de América, de AMANDA LABARCA H., pág. 74.— Notas Sobre la Inteligencia Americana, de ALFONSO REYES, pág. 90.— Poemas, de ROZI, pág. 98.— Catálogo de las Obras enviadas a la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, pág. 103.— Notas, pág. 135.— Revistas, pág. 139.

S. Fischer

VOL. XII

AÑO XII

NUM. 65

AMERICA

Publicación del GRUPO AMERICA



ENCARGADOS DE LA DIRECCION:

Alfredo Martínez
Augusto Arias
Antonio Montalvo



DIRECCION POSTAL:

GRUPO AMERICA

Casilla 75.—Quito, Ecuador. S. A.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

De Filosofía y Letras, Ciencias y Educación
Miscelánea y Documentos



DIRECTOR:

J. García Monge

REPRESENTANTE EN HISPANOAMERICA:

Alfredo Piñeyro Téllez



Suscripción anual: \$ 6,00 o. am.

CORREOS: Letra X, SAN JOSE, COSTA RICA.

GRUPO AMERICA
Fundado en Abril de 1931

SOCIOS ECUATORIANOS

Aguilera Malta Demetrio, en Guayaquil
Albornoz Miguel Angel
Arias Augusto
Arroyo César E., en Cádiz
Barrera Isaac J.
Bossano Luis
Bustamante Guillermo
Cárdenas de Bustamante Hipatia
Carrera Andrade Jorge, en El Havre
Cuadra José de la, en Guayaquil
Escala Víctor Hugo, en La Paz
Gallegos Lara Joaquín
Jaramillo Alvarado Pío
Jiménez Nicolás
Lasso Ignacio
Martínez Alfredo
Moncayo Hugo

Montalvo Antonio
Muñoz Sanz Juan Pablo
Pallares Z. Hernán, en Londres
Pareja Diez Canseco Alfredo, en Guayaquil
Reyes Oscar Efrén
Sánchez Manuel María, fallecido
Torres Luis F.
Vaca del Pozo Telmo, en Guayaquil
Velasco Ibarra J. M., en Buenos Aires
Zaldumbide Gonzalo, en Lima

CORRESPONDIENTES
HISPANOAMERICANOS

Arciniega Rosa, en Lima
Candioti Alberto M., en Bogotá
Diez de Medina Fernando, en La Paz
García Antonio, en Popayán
Guillén Alberto, fallecido
Latorre Mariano, en Santiago de Chile
Mastronardi Carlos, en Gualaguay, Argentina
Parra Teresa de la, fallecida
Préndez Saldías Carlos, en Santiago de Chile
Scarone Arturo, en Montevideo

LOS PROBLEMAS LIMITROFES PENDIENTES EN EL CONTINENTE Y LA CONFERENCIA DE LA PAZ EN BUENOS AIRES

HUGO MONCAYO

"Por fortuna, los países sudamericanos guardan celosos su personalidad colectiva, aún cuando, en ocasiones, la gestión de sus negocios administrativos haga el silencio de sus leyes imponderables y así, no creemos que la buena voluntad, la decisión o la sola investidura de sus jefes de Estado, valgan más allá de lo que sus pueblos acepten o ambicionen. Coincidir con éstos, interpretarlos sesudamente y responsabilizarse con ellos, es elemental previsión y motivo de satisfacciones duraderas." De este modo, creíamos fijar el pensamiento ecuatoriano a propósito de la marcha de sus asuntos internacionales, en el editorial de esta Revista, correspondiente al primer trimestre de 1936. De entonces acá, nuestras palabras han cobrado mayor alcance, adquieren viveza de advertencia y de equilibrio ante la opinión pública que asigna a algunos pasos diplomáticos tomados desde esa fecha, un valor excesivo o los acepta con una indiferencia incomprensible.

El 6 de julio último, los señores Ministro del Ecuador en Lima y Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, suscri-

bieron una acta de cumplimiento de lo que se estatuyó en el Protocolo de 24 de Junio de 1924, firmado en esta Capital por los señores Ponce y Castro Oyanguren.

Más de tres lustros debían pasarse en vagas conversaciones, en estudiados silenciamientos, para que el espíritu inefable y clarísimo de nuestro recordado internacionalista, animase su optimismo desde el reposo sagrado en que aún se mantiene vigilante. ¿Qué profundas divergencias, qué contradictorios conceptos, influían en nuestro vecino para retardar, sin justificación alguna, la realización de un acto de equidad y la consagración de una fraternal conveniencia? A cada insinuación de nuestros Gobiernos, sucedía una tregua malsana de profundas desconfianzas; a cada misión investida de un generoso pensamiento americanista, correspondían, o un prudente reparo o un retorno sin brillo, que daban tonalidades siniestras a esta amistad amazónica con el Perú, que debió procurarse, fecunda y amplia, como no lo fué en sus orígenes.

En estas condiciones y cuando creíamos que en Hispanoamérica las normas jurídicas a que deben someterse los diferendos internacionales, —establecidas, sobre todo, desde comienzos del siglo—, flaqueaban, y el ejemplo Boliviano-Paraguayo y la enérgica actitud norteña en Leticia, marcaban un derrotero elocuente para nuestro decoro, el anuncio de la Conferencia de Buenos Aires para diciembre pasado, fue una campana cívica a cuya voz renació la confianza en aquellos pueblos que, poseedores de una tradición honrosa y de títulos incontrovertidos sobre territorios suyos ocupados sorpresivamente por un vecino, querían pregonar sus derechos y conseguir que un concepto de equidad, fundado, más que en el presente, en el porvenir, fuere la pauta de arreglo en sus problemas de linderación fronteriza.

La invitación del Presidente de los Estados Unidos, tendió, primitivamente, a asegurar la paz en América, en donde casi todos los asuntos de índole internacional se han basado

hasta hoy, en discusiones limítrofes. ¿Cómo se entiende que exista desacuerdo en una gran familia que comienza su vida?, parece que se dijeron todos cuantos contemplan estos problemas desde un mirador más elevado que el celo regionalista o la miopía lugareña. Y como en el Continente hay países menos desarrollados que otros, se juzgó de previsión sagaz, el defender ese derecho a una justa expansión en el campo de la agricultura, la industria y el comercio futuros.

Cuando por títulos seculares y aún por tratados contemporáneos, se afirma propiedad sobre selvas o ríos lejanos de los centros poblados, el problema se reduce a limitar la invasión presente de unos en perjuicio del derecho de otros y a defender a éstos, si débiles, con el espaldarazo fortificador de una voluntad internacional resuelta.

Así, son ya contados los asuntos de este género que aún subsisten y de los que pudo preocuparse la Conferencia bonaerense de la Paz. Desde 1900 a la fecha se había obtenido un marcado avance en materia internacional. En 1929, 21 de enero, la República Dominicana y Haití celebraron un tratado de límites que no llegó a cumplirse sino a raíz de la conferencia de sus Presidentes, en marzo del 31, cuando suscribieron un Protocolo de cinco cláusulas, claras, sencillas y para cuya factura no se requirieron ni un oneroso transporte ni una comitiva infinitesimal. Guatemala y El Salvador acaban también de arreglar sus diferendos con recomendable cordialidad y comprensión de sus destinos, y la primera de estas Repúblicas los ha finiquitado con Honduras, mediante el fallo arbitral del Presidente de Estados Unidos.

Honduras y Nicaragua sometieron en 1906, 23 de diciembre, su problema de arbitraje al Rey de España. Observó Nicaragua el fallo y en 1931, fue aceptado casi sin reparos mediante el protocolo Irias - Ulloa. Con Costa Rica, el arbitramento del General Alexander, fue reconocido por las partes, sin discusión.

Costa Rica y Panamá mantienen aún su asunto fronterizo que en 1921 causó algunos choques. La razón de esta anomalía arranca de una doble interpretación, única en los anales americanos. Cuando Panamá aún formaba parte de Colombia, este país y Costa Rica, recurrieron al Presidente de Francia. M. Loubet dictó sentencia en 11 de setiembre de 1900, pero el Gobierno de San José la objetó y la cuestión quedó pendiente. El nuevo Estado panameño reclamó el cumplimiento de ese fallo, lo que reavivó las dificultades que han subsistido hasta 1914, cuando el Presidente de la Corte de Justicia de Estados Unidos dictó uno nuevo. En esta vez, fue a Panamá a quien no convino el dictamen y al plano jurídico sucedieron los disturbios de 1921 y el Statu-Quo en que permanece la enojosa cuestión.

Colombia y Venezuela conservan su controversia secular por la posesión de los territorios de Río de Oro. Hace poco, una comisión mixta de ingenieros ha reiniciado sus trabajos con laudable celo, lo que vuelve factible el que, quizás en breve, podamos ver cumplidos, o el laudo del Rey de España de 1891 o el del Consejo Federal Suizo de 1922.

La situación de arbitramento de Tacna y Arica es reciente y conocida.

Argentina cuenta aún con tres problemas de esta índole: con Bolivia, Paraguay y Chile. Con el primero de estos países, el tratado Carrillo - Díaz de Medina está en vísperas de recibir aprobación de parte de la Cámara de Diputados; con el segundo, desde el tratado de 1876 y el laudo arbitral de Estados Unidos de 1778, están liquidadas esas discusiones y sólo falta fijar el cauce del Pilcomayo, asunto que no es ni de demarcación fronteriza; y con Chile, desde 1881 y el fallo del Rey Eduardo VII, de 1902, sólo ha quedado en pie la discusión sobre las islas australes del Canal de Beagle, la que aún no se resuelve, como lo comenta "La Prensa" en uno de sus ilustrados editoriales.

Por último, Perú y Colombia arreglaron casi sus diferencias por medio del tratado Salomón - Lozano, fuente, entre otros, del problema de Leticia y horrenda prueba contra la seriedad de ambos países negociadores, ya que discutieron sobre un territorio perteneciente, hasta la víspera, a un tercer país hermano, inerme y confiado.

En este breve panorama, se destaca nuestro problema amazónico. En 1924 decidimos al Perú a concurrir a Wáshington para someter este problema al arbitramento del Presidente de Estados Unidos, de acuerdo con la fórmula mixta acordada en Quito. Ante la proximidad de la Conferencia de Buenos Aires, nuestro vecino accedió a dar su firma en el acta de 6 de julio, en la que el Ecuador, tal vez en aras de un alto sentido de confraternidad americana, ha hecho el inexplicable renunciamiento de una de sus posiciones esenciales. ¿Se ha evitado con este paso el que la Asamblea Hispanoamericana, presidida por el alto temperamento de Saavedra Lamas, atienda este importantísimo elemento en la concordia Continental? ¿Sería para ello obstáculo el que se iniciaran en Wáshington las conversaciones previas a la resolución de este asunto en vísperas de la inauguración de ese Congreso? Y juzgamos que, tanto el Perú como nosotros, debíamos apoyar nuestras demandas, en la opinión familiar, desinteresada y decisiva del arcópago bonaerense. Así, el estudio del severo árbitro, podía orientarse, además, con la voz continental, anhelosa de establecer la única concordia valedera.

Esperemos que el País conozca la gestión de sus Delegados en esos Centros, para que se aprecie el valor que tan célebre Congreso y tan discutidas Conversaciones alcanzaron en los destinos próximos de América.

TEMAS CLASICOS EN LAS LETRAS MODERNAS

AUGUSTO ARIAS

EN TORNO AL CLASISISMO

Las definiciones escolares del término "clásico" son casi siempre deficientes. Aclaran sólo un aspecto del concepto y pese a la explicación buscadora de la claridad, en muchos casos queda irreveado lo más importante, lo esencial del problema. Acaso obedezca tal dificultad penetrativa a las múltiples aceptaciones de la palabra o más bien a lo vasto de su contenido, pues que, de reducirse a unidad humana, el aprecio de lo clásico no puede ofrecer proposición escabrosa alguna. El clasicismo, sobre todo humanismo, no es una tendencia o una escuela que se haya quedado en los tiempos de antaño, como que los griegos y los latinos fueran los únicos que la dieron vitalidad, elevando al hombre, exaltando su condición heroica o poniéndolo en pugna con los dioses o frente al poder de la fatalidad, siempre en una gozosa ponderación de las fuerzas humanas. Para que se prolongue y perdure lo clásico, bastaría con que las generaciones continúen aceptando como tal a lo selecto, a lo notable, y que, en virtud de la excelencia de las obras que así se distinguen, todas las literaturas cuenten, al fin, con sus libros clásicos. Claro que la denominación antonomásica, con justeza histórica, continuará llamando clásica a la producción de las letras greco

romanas, pero ya no es discutible la que consagra a las del siglo de oro español y aún cuando se acuda a las más sutiles y novedosas clasificaciones, el historiador contemporáneo no podrá prescindir del señalamiento de los clásicos en las más ilustres épocas de la cultura de un país. Por otra parte, para quienes se interesan, siquiera sea de paso, en el estudio de las letras, no es desconocida la razón última de la resistencia de las obras mejores, por su contenido humano, por su verdad, por su autenticidad. No se ha destruido, además, el aprecio de la clasicidad, considerándola como una arquitectura en la cual existe admirable proporción de partes, gobernada por un tacto seguro. Casi nos atreveríamos a decir que lo clásico, para nuestros tiempos, es lo técnico. Y por eso no es raro que podamos encontrar en la múltiple obra de la hora presente, la directiva rectora de la inteligencia que sujeta a una nueva matemática el vuelo libérrimo del arte.

Quizá pudiera desorientarnos, dándonos un espejismo contradictorio, el caso de que la arquitectura de los géneros literarios actuales, difiera de la de los clásicos. Pero no sería menor la sorpresa de encontrar que muchas transformaciones, para serlo, parten justamente de los orígenes, y que la renovación menos ardua es la que se ha hecho con memoria. Bien sabido es, por lo demás, para descanso de los formulistas escrupulosos, que las formas no entrañan importancia definitiva, aún cuando aceptemos que aquellas deben corresponder al asunto, pues que no ha fracasado, por antigua, la siempre presente medida aristotélica. Háblase hoy de un nuevo clasicismo que se orienta hacia el campo de la realidad y cuyos materiales son, los de la humanidad, como fueron los de las épocas propicias para el florecimiento del arte perenne, si bien las modalidades especiales que han distinguido a las diferentes escuelas no puedan eclipsarse por completo, por la razón obvia de que ellas se pertenecen, más que a la singularidad de las épocas, a la de los temperamentos. Hay por ejemplo, quienes creen en la constante aparición del romanticismo, siquiera como el matiz que acompaña a las expresiones del sentimiento, y si nos fuera dable considerar, en breve espacio, las raíces casi inmemoriales de las tendencias literarias, veríamos sin esfuerzo como los mejores descubrimientos del simbolismo, ya se manifiestan en las figuras panteístas de los orientales y alcanzan extraordinaria viveza en

el Virgilio lejano y próximo, en el que advirtió el lamento de las cosas, el *sunt lacrimae rerum*. El realismo, aun cuando insistamos en una tendencia divagadora que no pretende probar con argumentos inoidos la unidad del arte auténtico, no se desvincula, en sus más logrados frutos, de la perfección y el vigor clásico. Acudiríamos tan sólo al testimonio de las letras castellanas para señalar en ellas, como predominante, la nota realista, aparte de la proporción ajustada, de la serena maduración del asunto, de la reguladora prueba intelectual, que siempre fueron estimadas como propias del clasicismo.

En *La Celestina*, libro a todas luces clásico, la modalidad realista es la que prevalece y resalta. Los personajes se vienen del origen románico, del bajo origen románico, así como nuestro lenguaje arranca del bajo latín, del popular, y si las figuras de los amantes contrariados y ansiosos son las de "dos jóvenes principales", no están por eso modeladas con menos realidad que las de los criados, entre las cuales aparece *La Celestina*, que deriva de la *Trotaconventos* del Arcipreste, pero incorporada desde entonces a la literatura universal. Y allí mismo, el final de *Mélibea sorprendida* por los padres, se aureola de romanticismo, cuando, sin morigerar su angustia y movida por un exacerbado sentimiento se arroja, loca y trágica, para quitarse la vida. Se ha llamado a *La Celestina* el umbral de la literatura del siglo de oro y en la creencia de los más sagaces comentaristas de las letras, en ese libro esencial se originan casi la corriente españolísima de la novela picaresca y la del teatro, aquella de indudable realismo y abierta clasicidad y este clásico y realista, no sólo en el escenario de vivo movimiento del gran Lope, sino hasta en el auto modernizado de Calderón de la Barca, cuyo romanticismo vase desplazando lentamente hasta que aparezcan los caracteres del ser humano, desasido ya de su tortura o de su sueño... Y realistas son los noveladores españoles más clásicos, como Pereda, y continúan siéndolo hasta los que, acuciados por la fuerza incontrastable de la realidad, hinchán una levadura modernísima en la que hay, no obstante, un leal sabor de los trigos arcaicos, como don Ramón María del Valle Inclán, el que animara las *Sotanas* con el clima espiritual de las estaciones, y buscara, después, para la traza viril de sus "esperpentos", las modalidades más reales de los tipos que han existido y que nos convencen, porque, como en la

humanidad verdadera, tienen horas de hombre y de fantasma, ponderación realista y fuga romántica, presencia y huida.

La investigación que busca, como en el aparente desorden del ensayo, el hito de la continuidad y la sorpresa del encuentro, daría con otros ejemplos, de igual certidumbre, no sólo para la prueba eficaz de que no se ha desvanecido el aliento esencial del clasicismo, sino para la comprobación, aun cuando fuese relativa, de que en la obra destinada a resistir, la vista serena del análisis encontrará elementos de todas las escuelas, como si el impulso del arte genuino, aún cuando se ignore a sí mismo, viniese arrastrando algo de lo mejor de la tradición, precisamente en su sentido de humanidad, de recuerdo, de origen, y pudiese acertar en la reforma con tanta mayor justeza cuanto de más lejos viene, sin que este concepto signifique una cerrada apología del valor excepcional del viaje luengo, pues que para revelar y descubrir, no es extraña también esa actitud, como iluminada y repentina, del genio que deslumbra con su especie de taumaturgia... Pero el siglo que fatiga y desanima o que reconforta y sonríe, con su largo, con su copioso balance, no acaba de enseñarnos como en la vida de los libros, como en la de los hombres, ya que la de aquellos ha sido dada por éstos, hay algo de intransformable y repetido, por más que cambiaran los tiempos y la diferencia de las latitudes ofreciera otras impresiones del paisaje. En canto amoroso, por ejemplo, parte desde la súplica de los cantares y el reclamo es igual o parecido, hágase con la finura de los renacentistas, ensáyese con violento primitivismo o dígase con la moderna voluntad que se funda en atracciones biológicas o en cálculos de economía y quiere sanear gentilmente el amor, soplando sobre las brasa de dos corazones próximos con un higiénico viento de eugenesia.



Una palabra autorizada ha tratado ya, en conferencia tan atractiva como documentada, de la importancia formadora de los estudios clásicos, no sólo como una conquista de eruditos, sino principalmente como disciplina de la voluntad y seguro fortalecimiento de la inteligencia. Los estetas de nuestro tiempo saben muy bien aquello de la originalidad relativa,

consideran que los temas artísticos pueden ser y son redichos y hasta llegan a formularse la teoría de la más asidua de las originalidades; la imitativa, ya fuese porque el artista es dueño, por absorción o asimilación, de los temas universales o porque suele repetir a su modo, en natural encuentro, lo que se dijo en antes, en otra época del mundo.

El estudio de las literaturas no es, además, lujo superfluo o fácil barniz que ha de volvernos atractivamente eruditos ante los demás, como lo ha pretendido alguna posición exclusivista, pues que la literatura, material humano, insistiremos en la frase repetida, es la que de manera más completa y extensa revela a un pueblo, interpreta su realidad o su ambición, refleja sus costumbres y sus maneras o constituyéndose en despejadora o anunciadora, abre perspectivas y prepara los días por venir. La historia se ha hecho, en gran parte, apoyándose en la literatura. Los primeros historiadores griegos recurren a Homero, y los libros de uno de ellos, Herodoto, son bautizados con los nombres de las musas olímpicas. La Historia de España, en sus días iniciales, lleva a la ingenuidad de la crónica los relatos de los cantares de gesta y las narraciones prístinas de todos los países bañadas están de imaginación leyéndica. Los géneros actuales cumplen con su misión que diríamos documental, así la novela que patentiza la costumbre, el carácter, como la biografía, historia de un hombre y de su época. **No perdamos el tiempo con la romántica evocación del pasado**, subraya el anti-clásico, siempre que se trata de penetrar en la obra de ayer, no petrificada ni muerta, correspondiendo con tal observación al pedido igual de que no examinemos la historia.

Pero, aparte de la fundamental importancia que tienen los estudios clásicos, en los apuntes que hoy nos proponemos desarrollar, anotaremos simplemente la perduración de los temas clásicos en las literaturas modernas, escogiendo al azar, con breves recuerdos de lecturas, la conservación del tema del Ulises homérico, siquiera como símbolo de los viajes modernos, estos más bien subjetivos que tendidos en la travesía marítima del clásico Rey de Itaca; la nueva figuración de una heroína de la tragedia griega en el libro, sonriente y oprimido a la vez, de una sutil alma de mujer y la resurrección del romance, levantado como si se dijera del retoñar de la cepa arcaica con un florecimiento metafórico novísimo, por

un poeta de Granada que acaba de caer herido de muerte en la guerra civil española.

¿Cuáles serán los libros de nuestra época que puedan resistir a la mutación de los tiempos? Ya hemos visto como, en áncora de gracia o en virtud de la solidez humana de sus materiales, hay libros que se salvaron y que viven y voces untadas de milenio que nosotros mismos, huéspedes de este siglo, escuchamos todavía. Y pensemos, sobre todo, en que los libros de hoy, salvados en virtud de la fuerza humana de sus materiales, o llevados allende los tiempos en áncoras de gracia, si resisten para ser releídos, si duran para ser comentados, si dejan abrir, otra vez, mil veces, sus páginas en las cuales se quedó retenida la viveza de la existencia, serán llamados clásicos.

¿HA REGRESADO ULISES?

La Odisea de Homero es uno de los poemas clásicos que ha tenido varias continuaciones, riquísimo arsenal al cual hubieron de acudir los ingenios de la literatura y cuya fortuna no puede amenguarse, pues que en el concepo de los críticos más agudos, el padre de la poesía, al trazar en cuadros de interés movido por la realidad y la imaginación, el arriesgado viaje de Odiseo o Ulises, escribió la primera novela de todos los tiempos. Se ha dicho que Virgilio, para el plan de su *Eneida*, tuvo en cuenta el de los libros homéricos, por lo cual el héroe de su epopeya romana es guerrero como Aquiles y viajero como Ulises y aún hay quienes han señalado la identidad de algunos cantos, sobre todo cuando Virgilio presenta la resistencia de Eneas, a prueba de la seducción de Dido, haciendo triunfar al hijo de Anquises, en nombre de la predestinación que había de llevarle, sorteador y en cierto modo estratega, a cumplimiento de su sino, alto y perdurable. No hay epopeya clásica que no se marque, siquiera con alguna remembranza uliseida y el mismo nombre del poema de Homero alcanza en breve una extensión metafórica que no se destruye, y desde entonces Odisea es el viaje difícil, la perpetua aventura, el errar impelido por los vientos adversos y es también, casi siempre, el regresar, el volver, figurando a columna humosa de la chimenea del hogar y las

playas fieles del regazo de Penélope. Y he aquí como lo pictóricamente objetivo de Homero, se convierte en subjetivo y se habla de la Odisea interior, del viajero íntimo que zarpa un día en el barco de la inquietud, es agitado por el Eolo de la duda, escucha el capcioso canto de las sirenas y, a merced del piélago que no le da reposo, se afina en el descubrimiento y en la argucia, para encontrar la estela milagrosa del retorno. Uno de los poetas ecuatorianos de más fecunda voluntad, Numa Pompilio Llona, escribió **La Odisea del Alma**, siguiendo ese periplo de la brújula interna y haciéndose el Ulises propio de la borrasca espiritual y la Itaca perdida.

Camoens en su **Los Lusíadas** es coincidencialmente homérico, encontradamente virgiliano, uliseida diríamos mejor. Los navegantes del poeta portugués que no van en son de guerra, sino que se adornan con la promesa colónida de descubrir un nuevo país, sufren, como los compañeros de Ulises, las acechanzas del temporal y son recibidos asimismo por las seducciones que suelen asaltar al marino en la tierra firme o en la isla descansadora. Cuando la flota de Vasco de Gama llega al cabo de Buena Esperanza, irrumpe de pronto la aparición de un monstruo mitológico que es el vigilante del océano. Con él están las tempestades y los truenos y su advertencia no logra detener a los expedicionarios. Es, acaso, un símil de Eolo de La Odisea o en él se condensan, más bien, los poderes terroríficos del mar, pues no se ha dicho que consiguiese calmar a la ola amenazante, como Neptuno con el anclaje de su tridente.

Otro elemento mítico de Los Lusíadas, emparenta de nuevo a la epopeya portuguesa con el poema de Homero: aquella isla que brota en son de oasis para la fatiga del mar desértico y que se ofrece blanda, tibia, constelada de mujeres, a Vasco de Gama y a los suyos. Venus dirige la partida flechadora para que las ninfas seduzcan a los marinos lusitanos y Vasco, en medio de la fiesta que se enciende ardorosa, es conducido por la más bella de todas a una colina paradisiaca. Y así como en Homero y Virgilio, la calma de la tempestad se hace de modo providencial y el mismo de Gama se declara viajero más lejano que Ulises y Eneas.

No ha sido menos atractiva **La Odisea** para quienes quisieron exprimir de su deleitosa relación el sabor de la máxima,

el gusto reflexivo, el ápice de la advertencia. Muy sabido es que Ulises representa la prudencia y la sagacidad, y que en su hijo Telémaco hay la fiel proporción de un sentimiento filial y en una herencia de medidas, destinada no obstante a otra erranza uliseida, la franca actitud del estudiante a quien dirige y aconseja Mentor, que es la diosa Minerva, en facha de Maestro. De la misma cantera homérica extrajo Fenelón la que llamaríamos sabiduría de La Odisea, para la enseñanza del Duque de Borgoña, y he aquí como brota la didáctica del libro amable y regresa Telémaco, trasluciendo las luces de Odiseo en su frente que se aclara con el horizonte del viaje.



Pero lleguemos ya a la brevisima contemplación del Ulises moderno, del difícil *Ulises* de James Joyce, acerca del cual conocemos los estudios de Marichalar, de Mañach, algunos párrafos del de Gilbert y el de Luis Alberto Sánchez en su "Panorama de la Literatura Actual". No se trata, ni lejanamente, de una continuación del tema homérico, pero en su complicada matemática, se disponen, simbólicamente, los pasos de una Odisea subjetiva, objetivizada sólo hasta el punto de que los hechos sirvan para que la tortura del monólogo interior marque las etapas de un viaje breve pero intenso, señale el momento de partir e indique la hora del regreso. La disposición uliseana ha de ser apreciada en símiles demasiado sutiles y estimándose en la marcha de las simpatías y diferencias, nos ayudará a considerar como los personajes joycianos coinciden con los del viejo Homero, siendo, en realidad, diferentes. Pero no perderemos de vista el caso de que Joyce, profundamente homerista, ha medido muchas de sus angustias en las páginas del ciego de Chios, identificándose con las figuras de *La Odisea* y que se ha propuesto la de un nuevo Ulises, parecido y diverso, arriesgado viajero como el de antaño, regresador también, actuante en un campo que se tiende más bien para adentro y en el cual las sirenas son pecadoras y el derrumbe se marca con un dejo de ansiedad. "Ulises —ha dicho Gilbert— es una obra esencialmente clásica por su espíritu, compuesta y ejecutada de acuerdo con las reglas y el plan de una precisión casi cientí-

fica" y aún cunado allí no aparezcan ni Ulises, ni Telémaco, ni Mentor, ni Penélope, el lector avezado los descubre en Leopoldo Bloom, en Esteban Dédalo, en Buck Mulligan y en Marion Bloom. En un día casi entero, desde las horas de la mañana hasta la medianoche, el Ulises de Joyce se desparra-
 ma en la travesía cotidiana, vale decir en la odisea vulgar, llena no obstante de las pequeñas grandes aventuras que ofrece la vida y que sin el movimiento de lo extraordinario se riegan nervios adentro y forman esas Caribdis que todos llevamos alguna vez, remolino interior tan tormentoso acaso como el que en aguas mediterráneas pusiera zozobra urgente en la travesía de Ulises. ¿Qué hace Leopoldo Bloom? Salir de su casa, de su Itaca intranquila, dejando a Marion Bloom, a su Penépole, si queremos buscar las comparaciones para establecer un paralelismo que siempre resultará difícil como la obra de Joyce, y claro está, sobre todo imperfecto. Dédalo es semejante a Telémaco en la inquietud de la búsqueda y Mulligan se compararía trabajosamente con Mentor, en su actitud de enseñanza, aun cuando ésta sea sonriente y se exprima de la experiencia exterior del mundo, sin afirmadas teorías ni postulados éticos. Bloom es sensual, judío, traficante, y aquí la desviación de su personaje con respecto del héroe troyano que le da nombre, se marcará definitivamente, para que pensemos en la imposibilidad de identificarlos. Leopoldo Bloom recorre diversos lugares en un viaje que logrará desarrollar el trascendentalismo de lo intrascendente. Va a una iglesia, sin pensamiento religioso alguno; asiste a los funerales de un amigo; visita la redacción de un periódico; permanece por algunos momentos en una biblioteca en donde discurre acerca de temas shakespereanos; penetra en un bar; concurre a una cita con Gerty Mac Dowel; presencia un caso en una maternidad; en compañía de Dédalo se complica luego en una fiesta bulliciosa y, por fin, regresa a su casa en la madrugada, cuando los diálogos incesantes han removido la explicación torturada de la aventura. ¿Pero será éste, en verdad, un tema clásico? Hemos de convenir con los críticos de Joyce en que la simbología de La Odisea se cumple en este libro, por más que las figuras ofrezcan, en muchas veces, el contraste. No hay allí la tempestad homérica, pero los exegetas joycianos han querido referirse a los equivalentes. Cuando Bloom asiste a la re-

dación de un periódico es el mediodía, correspondiente al episodio de Eolo. Esteban Bloom estaba, pues, frente a los odres de la publicidad, repletos de los vientos que viajan y pregonan. Fácil es, además, seguir a los comentaristas de Joyce en los pasos de su nuevo Ulises, señalados con los nombres de los cantos odiseos. En Los Lotófagos, por ejemplo, como en el poema homérico, si no llega a ese lugar en donde se podía comer de una fruta que daba el olvido de la Patria, Bloom se pierde en su red de pensamientos eróticos para que Marion desaparezca casi del plano en el cual, para el Ulises griego, todo era sólo la concentración del regreso y la felicidad doméstica. Las invectivas dublinesas figuran el canto de las sirenas, de gracia especiosa para el naufragio, y están representados los Cíclopes y Nausicaa y Circe e Itaca... Solo que el Ulises de Troya resiste a la tentación y el de Joyce cede, y en este la constante aventura, sin bañarse de milagro, busca sus interpretaciones en una crudeza dolorosa. Bloom y Dédalo caen también en una isla como la de Circe y si allí se quedan, alentados por la orgía, a poco lanzan sus meditaciones rebotantes y sus paradojas ágiles para deshacer el encanto. ¿Se han convertido, acaso en fieras gruñonas, al probar del licor circense? ¿El Ulises de Joyce fue prudente como el de Homero? Cuando los dos ebrios llegan a casa del cochero, parece aclararse la figuración de Eumeo. Bloom está ya muy cerca de su Itaca. Es algo más de media noche y como en el despertar de Odiseo, Bloom se siente perdido en cierto modo. Pero he aquí como la Marion de Leopoldo es una Contrapénélope, pues que si la homérica, para burlar a sus pretendientes recurría a la estratagema de la tela tejida y destejida, si era la fidelidad corporizada, la esperanza, la fortaleza, la de Joyce la teje en pocas horas y se la muestra provocativa, infiel, fácil, ligera. Esteban Bloom no ha regresado, como el estratega antiguo, en traje de mendigo, para probarse una vez más y vencer ayudado por los dioses. La mendicidad del judío joyceano es desoladamente total. No podrá perseguir a sus rivales para darles muerte. Le falta el arco potente. No queda destejida sino desgarrada la tela de su Penélope.



Con solo tener en cuenta el plan homérico, a Joyce que ya se había confesado en antes en su devoción a Ulises, pudiera apreciársele como a uno de los escritores modernos que gustan de los temas clásicos y saben desarrollarlos con originalidad. Por otro lado, la obra, con toda su trama desconcertante, está fuerte, clásicamente estructurada y por eso hay quienes, con el trabajo que requiere la dedálica imaginación joyceana, se han detenido a considerar la matemática del libro, en la simbología uliseana, en la disposición del tiempo para el viaje de Bloom, en las edades de Esteban y Dédalo, en los juegos de palabras que conforman el estilo de este irlandés realista y clásico y moderno, y que vuelven particularmente difícil la traducción del Ulises, en opinión de los entendidos.

Así hubo de examinarse, en una obra clásica, **La Divina Comedia**, la matemática precisa y simbólica. El poema del Dante, escrito en tercetos es, según Cantú, uno y trino, en tres veces treinta y tres cantos, en cada uno de los cuales es casi igual el número de tercetos. "Las distribuciones numéricas que principian en el primer verso (Nel mezzo) le acompañan al través de los abismos, de los precipicios, de los cielos, coordinados siempre de nueve en nueve". El Dante conoció a Beatriz cuando ella tenía nueve años de edad y en la hora novena. Al tiempo de elogiarla "para mejor esconder su culto", debió hacerlo componiendo versos para sesenta damas florentinas y ningún otro número correspondió a Beatriz sino el noveno entre los de aquellas. El poeta cayó enfermo por nueve días cuando la obsesión de su amada platónica se le fijó en tenaces vigiliias, al tiempo que las voces inesperadas le decían: "Un día tu morirás". "Ya estás muerto". Todo esto de las mismas confesiones del Dante, cuyo terceto de la Comedia Divina es, por sí mismo, raíz del nueve.



Ulises, despertará otra vez a la lectura de Joyce y La Odisea estará presente cuando pensemos en el riesgo del viaje. Volverán, asimismo, siquiera las evocaciones nominales del poema, como en el "Ulises Criollo" de Vasconcelos, o encontraremos, en otras veces, alguna figuración que nos re-

cuerde remotamente el poema de Homero, como en el personaje de una de las novelas de Rudyard Kipling, aquella joven que para no casarse con el Comisario a quien sinceramente rechazaba, en el concurso de tiro propuesto por éste para premiar con un brazalete de diamantes a la certera tiradora, arrojó el arco fuera del blanco. ¿Diremos que regresa la prueba uliseida? Acaso no, por más que nos asalte la semejanza. Pero Kipling, clásico de nuestros tiempos, supo recordar, acertando en la armonía humana.

LA NUEVA IFIGENIA

A la muerte de Teresa de la Parra, la necrología paradójicamente blanca y olorosa, como un haz de nardos, no vaciló en escribir, como dándosela a ella misma, el nombre del libro por el cual perdurará el suyo: **Ifigenia**, nombre clásico, el de la tragedia de Eurípides, el que humanizó los asuntos imprimiendo en sus personajes el calor de la realidad y el vuelo azaroso y seguro, sonriente y contrariado, leve y brusco, amable y sin amor, de la vida. Los mejores ingenios de las letras se prendaron de la Ifigenia de Eurípides. Así Goethe, en el instante de buscar la pausa helénica, finada ya la movilidad de su Werther y sujeta a reposo de lentas elaboraciones, la existencia de su doctor del Fausto, y Moreas, entre los últimos, ofreciéndonos en verso de cantante calma, el recuerdo de la virgen griega. Teresa de la Parra en su "diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba" remueve el tema de Eurípides, acordándolo, por simpatía de lecturas y fervor de penetraciones antiguas, a la historia en la cual, con observaciones propias y ambiente netamente caraqueño, se revela y se retrata, deliciosa, irónica, poética, realísticamente. Libro clásico y nuevo el de Teresa de la Parra, las figuras que en él decurren para formar la trama del romance, se vuelven inolvidables. En primera persona pasea María Eugenia Alonso o Ifigenia o Teresa... Abuelita, Tío Pancho, Tía Clara, Gabriel, Olmedo, César Leal, se perfilan con un tacto clásico, accionan, viven, se quedan, vuelven a moverse, a vivir, en cuanto abrimos las páginas de la novela veraz y confesadora. Pero ¿qué relación tiene Ifigenia de Teresa de la Parra con la Ifigenia griega, con la

clásica *Ifigenia* de Eurípides? Esta es hija de Agamenón, jefe de los griegos que deben ir a Troya y elegida por los dioses en ofrendatorio, para que la escuadra de aquellos, detenida en el puerto de Aulide por la misteriosa cesación de los vientos, consiga llegar al fin de su viaje. Agamenón debe servir a la patria, aún cuando su esposa Clitemnestra desespere por salvar a *Ifigenia* y ella misma eleve su ruego desesperado para que se la deje vivir. Y cuando en el padre se desarrolla la pugna de la tragedia y cuando la griega ya se ha decidido a ofrecerse y cuando el sacerdote ha preparado el aparato del degüello, llega la diosa Diana, hace invisible a *Ifigenia* y la sustituye con un animal destinado al sacrificio... De pronto soplan los vientos y la flota de Agamenón puede zarpar, ligera y veloz, distendidas las velas y con la proa hacia el Oriente...

En la *Ifigenia* de Teresa de la Parra, se hace constante y continuada la simbología del sacrificio. Esa niña delicada y espiritual, María Eugenia Alonso, recibe su educación en un internado de París. No ha visto nada de la vida y apenas se le entrea la existencia como una fruta saboreada a medias. Cuando vuelve a Caracas, sus padres han muerto. No están ya ni Agamenón ni Clitemnestra, pero el sacrificio ha comenzado. Ya no existe, asimismo, la fortuna de María Eugenia Alonso, pues que se la han arrebatado sus familiares, en nombre de la piedad tutora que atendió a sus gastos de París para que se convirtiera en una señorita elegante. Se la dan mil razones para decirle que ya no cuenta con un centavo. Su padre, rumboso, amigo del vivir holgado y de la dulce aventura, cuidó cariñosamente de ella, a la muerte de la madre, pero hubo de fugar el patrimonio... María Eugenia se sorprende, discute, irrita con sus ingenuidades, busca con sus caprichos, inquieta con sus afilados pensamientos, quiere salir a la vida, a la sociedad, estrenar sus trajes europeos, desprejuiciar, vencer... Pero ha sido elegida en sacrificio y es menester que, como en la distante tarde de la griega, se ordene el degüello de su alegría, pues así lo quieren los dioses... Y María Eugenia tiene que redomarse y resignarse. Ya no protestará, ni ha de ensayar otra vez, apoyada en Tío Pancho, esas sus escapadas aligeras y violentas. Han triunfado Abuelita, Tía Clara y los otros. Y hasta encontrará una Diana que la invisibilice y la salve. No ha muerto

Ifigenia, pero las naves, con viento propicio, ya pueden tenderse victoriosas sobre el dorso fácil de las aguas...

Teresa de la Parra intituló una parte de su libro con la evocación clásica: **Hacia el Puerto de Aulide**, revelando el conflicto mayor de su heroína en la tercera y última que da nombre al libro: **Ifigenia**, que pudiera corresponder a la Ifigenia en Tauride de Eurípides. María Eugenia Alonso lucha entre dos amores, el suyo por Gabriel Olmedo y el que trata de ofrecerle César Leal. Ifigenia no está entonces, como la griega, al servicio del templo de Diana, ni ha de disponer a los dos amigos para el sacrificio propiciatorio por el rapto de la imagen de la Diosa, como en la tragedia de Eurípides. Pero en el conflicto símil la figuración resucita con sentido moderno... Gabriel Olmedo no puede ser, pues cuando la buscaba el celo familiar, María Eugenia tuvo que rechazarlo y él hizo después, para olvidar o para seguir, una boda de cálculo y compromiso. ¿César Leal? Pero si la imagen del otro se alza imposible y a pesar de todo triunfadora, no obstante la lealtad y la varonil dulzura con las cuales este último adquiere la carta del noviazgo oficial. Y entonces, ¿tejer la vida como siempre, nueva Ifigenia contrariada, y en el estatismo de Tauride, renovar el sacrificio porque se detuvieron los vientos y la flota debe llegar, sin remedio, a su destino? María Eugenia lucha, se contrae, se purifica, y como a la griega no le queda más recurso que huir. ¿Cómo? ¿Fiel en el reconocimiento, con Pilades y Orestes y la estatua de Diana? La nueva Ifigenia huye de sí misma, de Olmedo y de Leal, e invoca al viento propicio para que se alejen las naves...

Teresa de la Parra, después de su libro delicioso, de un ambiente criollo que se baña con delicada evocación helénica, se recluyó para escribir sus "Memorias de Mama Blanca", con el perfume del campo que había visto en la infancia y cuajadas de remembranzas familiares, entre las cuales alzaban sus perfiles dóciles y cariñosos, los criados, los indios de la hacienda, los sirvientes. Pero Teresa, Ifigenia presentida, había, al fin, de sacrificarse. En sus últimos días estuvo en un sanatorio de Suiza, alimentando quizá la enfermedad blanca que aguza extraordinariamente la sensibilidad y sabe poner en las pausas de la fiebre latente, un tacto finísimo como para modelar el alabastro del anhelo. Y así fuese apagando la elegante y la observadora, con su oído magnífico para la

captación de los ritmos y su sentido irónico y certero para lo veleidoso o lo fiel del camino. Habrá caído la nieve cuando ella estuviese más pálida. E Ifigenia, otra vez, vería deteniéndose a los vientos en el puerto de Aulide, o gracias a la protección de Diana, zarpando las naves para nunca o para siempre.

EL ROMANCE DE GARCIA LORCA

El poeta granadino Federico Garcia Lorca ha sido un verdadero resurrector del romance. De aquel que se viene de raíces añejísimas y que, sin embargo, puede reventar en flores nuevas, inesperadas, tan inesperadas como para darnos la impresión de que florecieran por la primera vez. Algún día logramos agitar entre nuestros alumnos, tratando de la arquitectura del verso, el examen de los ritmos de todos los tiempos, observando que la frase ritmada es la misma de antaño, por más que los renovadores hayan logrado flexibilizar las distribuciones acentuales, pues en el ritmo ancho se han encontrado solamente, para el alargamiento de la frase, los versos que ya conocieron los poetas eruditos y los que adivinaron auditivamente los cantores primitivos para quienes la disciplina preceptiva tenía que ser ignorada, pues que a partir de ellos hubo de crearse el código de la Retórica. García Lorca, poeta de hoy, supo emplear para su Romancero Gitano, los versos más antiguos, preclásicos quizá, imprimiendo en ellos una gracia modernísima, casi inimitable y por lo mismo largamente imitada con el admirativo afán que se delata en el parafraseo, por decir lo menos, de la metáfora garcía-lorquista. El del cantor granadino es, como ya lo han insinuado algunos críticos, un romance que arranca en cierto modo del de don Luís de Góngora y Argote, cuya obra poética ha sido revisada por los modernos, como ejemplar precursor de los hallazgos de la imagen múltiple y sugeridora que constituye una de las cualidades de la poesía de nuestros días. Su forma es la clásica, aquella del octosílabo perfecto, dispuesto en series de asonantes, verso que ya estuvo, con imperfección melódica, en el Poema del Mio Cid, formando en los hemistiquios de los doble octosílabos y que fue transportado a la crónica, para que de allí lo extrajeran los poe-

tas del romance viejo y para que después lo restituyeran a su posición de verso compuesto, los restauradores de las gestas. Ciertamente que García Lorca aligera el romance con algunas acentuaciones que le insuflan de una música nueva y allí reside precisamente el gusto del lector que halla un revuelo de inquietud juvenil en vaso de arcaísmo, todo él cristalino y áureo. El poeta del Romancero Gitano despertó asimismo el **cante jondo** de las primicias líricas peninsulares y para sus flechazos metafóricos más audaces, anduvo preparando el rumbo de la saeta, dueño del sentido cantante de la originaria poesía lírica castellana, aún cuando él no había de utilizarla con la misma voz de los clásicos, y, colocado en el puente del tiempo, la ensayaría más bien con el acento propio de la época y siempre en torno o en la entraña de los asuntos contemporáneos.

De la obra magnífica de García Lorca, truncada por la muerte, se quedará el **Primer Romancero Gitano**, para reclamar, con el reposo consagrador de los tiempos, el dictado de clásico. Libro breve, inquietador, apasionante, en él se desarrolla, en cuadros de dramatismo completo, de descriptivismo acabado, la gesta varonil y romántica de los gitanos. Es antigua la biológica gitana, pero García Lorca la sorprende en su latir actual y la explica con interpretaciones nuevas. Y en esto se manifiesta, para nosotros, la mayor originalidad de sus romances. Hay, fundamentalmente, un gran resorte de intimidad y conocimiento que pone algo más que un arte verdadero en la obra de García Lorca, porque se afina en su vida andaluza, granadina más bien y le guía como a casa propia a la de los gitanos, permitiéndole penetrar en esa "ciudad de dolor y almizcle— con las torres de canela", para comprenderla y revelarla como ninguna. Esto aparte de las excelencias del romance que reúne todas las cualidades del poema españolísimo, así en la forma como en el interés dramático del contenido, en el objetivismo vital que debe conducirnos a la presencia del hecho, siempre tramado con el apunte subjetivo, como si se penetrara lo épico de lo lírico y siguiéramos al gitano en su bullir exterior que se origina en un gesto de alma adentro. Y luego la poderosa, la encantadora relación que lírica, dramáticamente, encuentra entre la ciudad y los gitanos. Y lo que consigue en el caso individual para la poesía colectivista, y el canto que anima como

para que el mundo gitano, compenetrado, vario, uno, de misticismo y superstición, de fe y desencanto, de fatalidad y esperanza, surja vivo, accionante, de su parvo cuaderno en el cual se alinean los octosílabos, como un millar de metáforas casi inéditas.

Ricardo Baeza ha dicho, expresando un concepto rotundo del clasicismo novísimo de García Lorca: "Pero al verdadero poeta nada hay imposible, y así, de la forma poética más manida y popular y anónima, Federico García Lorca ha logrado forjarse el instrumento de expresión lírica más personal y singular que haya aparecido en castellano desde la gran reforma de Darío." Y otros de sus críticos se han referido a la imposibilidad de citarlo, pues habría que leer íntegramente su libro. Sin embargo, releamos este apunte evocativo de la ciudad de los gitanos.

"¡Oh ciudad de los gitanos!
¿Quién te vió y no te recuerda?
Ciudad de dolor y almizcle
con las torres de canela.
Cuando llegaba la noche,
noche que noche nochera,
los gitanos en sus fraguas
forjaban soles y flechas.
Un caballo malherido
llamaba a todas las puertas.
Gallos de vidrio cantaban
por Jerez de la Frontera.
El viento vuelve desnudo
la esquina de la sorpresa
en la noche platinoche
noche que noche nochera . . ."

O sigámosle en su Romance de Preciosa, acaso de la misma estirpe de la Gitanilla de Cervantes, cuyo antecedente está en Tarsiana, la juglaresa errante del Libro de Apolonio y que se continúa en la Marina de Shakeaspeare y en la Esmeralda de Nuestra Señora de París, de Víctor Hugo.

Federico García Lorca, asesinado hace poco en la guerra civil española, como si se hubiera trazado, en ánimo de remoto presentimiento, la escena de su propio final, nos ha de-

jado un romance de la más viril de las elegías, el de la muerte de Antoñito el Camborio, gallarda flor de la gitanería, "viva moneda que nunca se volverá a repetir":

"Voces de muerte sonaron
cerca del Guadalquivir.
Voces antiguas que cercan
voz de cristal varonil.
Les clavó sobre las botas
mordiscos de jabalí.
En la lucha daba saltos
jabonados de delfín.
Bañó con sangre enemiga
su corbata carmesí,
pero eran cuatro puñales
y tuvo que sucumbir.
Cuando las estrellas claman
rejones al agua gris,
cuando los eriales sueñan
verónicas de alhelí,
voces de muerte sonaron
cerca del Guadalquivir.



Antonio Torres Heredia,
Camborio de dura crin,
moreno de verde luna,
voz de clave varonil:
¿Quién te ha quitado la vida
cerca del Guadalquivir?
Mis cuatro primos Heredias,
hijos de Benamejí.
Lo que en otros no envidiaban,
ya lo envidiaban en mí.
Zapatos color corinto,
medallones de marfil
y este cutiz amasado
con aceituna y jazmín.
¡Ay Antoñito el Camborio
digno de una Emperatriz!

Acuérdate de la Virgen
porque te vas a morir.
¡Ay Federico García!
llama a la guardia civil.
Ya mi talle se ha quebrado
como caña de maíz.



Tres golpes de sangre tuvo
y se murió de perfil.
Viva moneda que nunca
se volverá a repetir.
Un ángel marchoso pone
su cabeza en un cojín.
Otros de rubor cansado
encendieron un candil.
Y cuando los cuatro primos
llegan a Benamejí,
voces de muerte sonaron
cerca del Guadalquivir."

ESTRUCTURA Y MENTALIDAD

Como determinación y derivación de un proceso temporalmente ordenado, en sí fatal, según lo hemos visto en el anterior ensayo, también el régimen de la tierra y el del trabajo humano se resienten de interna anormalidad desde los comienzos de lo que vendría a ser la nación ecuatoriana. Conquista es —lo fue en todo tiempo— despojo, y, en el caso de la operada por los castellanos, el concepto de éstos sobre los aborígenes hacía incluirlos de hecho en ese despojo. Al repartirse las tierras, los conquistadores encuentran algo muy natural “apropiarse” también las correspondientes porciones de sus nativos pobladores. El desconocimiento de toda personalidad en éstos por parte de los despojantes y el poder de dominio o de casta imprimen, de esta suerte, específicas modalidades, que persistirán por siglos, al derecho de propiedad y al sistema de explotación del suelo entre nosotros.

En efecto, desconocido el indio en su existencia como valor humano, el nexo de relaciones entre el flamante propietario de la tierra y el que la trabaja se reduce a casi nada. Por lo pronto, ya sabemos de la imposibilidad de su mutuo “comprenderse”. En el aspecto agrícola, para el dueño de la ha-

cienda es el indio uno de tantos animales de labranza que posee. Naturalmente, necesita éste comer y contar con algún vestido y algún albergue. Atentas estas mínimas exigencias biológicas, al indio se le darán unos centavos por cada **raya** (un día de trabajo), unos **socorros** para su frugal cocina y su invariable vestimenta arcaica y una choza con cierta parcela de terreno (**huasipungo**) que pueda usufructuar. Fuera de esto, ninguna otra concesión. Para el propietario, su concepto de dominio sobre tierras e indios le llevará a una actitud "señorial" exclusivista. En el mundo re-creado aquí por el conquistador castellano, la palabra "señor" venía a designar una nueva indole humana e implicaba una sinópsis de los caracteres semifeudalistas que tendría la vida social agraria nuestra.

Si se aprecia el alcance de los subconceptos que acabo de enunciar, cambia de súbito el valor interpretativo del esquema engañoso con que se ha acostumbrado resumir la situación agraria en Indo-América. Según el usual resumen esquemático, confróntase exclusivamente una economía terrícola feudal: latifundistas y proletariado campesino, gamonalismo y trabajo esclavo. Luego se va a la propugnación de los principios de un derecho y una economía nuevos, tema al que me referiré en momento oportuno, pero cuyas más obvias conclusiones prácticas vienen a ser la abolición del latifundio y la emancipación del trabajo rural indígena. Y es el caso que apenas habrá un proceso histórico menos susceptible de sumariarse con tal fórmula esquelética que el de la constitución agraria en estos países y sus complejas consecuencias. Asistimos a un problema primario, del cual podría partir, a poco que se apure el análisis, históricamente, toda una caracterología de la nación y de nuestro vivir político. Un socialismo sectariamente marxista tiene que emplear la subconsciente dialéctica de los contrastes, que toca tan sólo la periferia social en lo económico: ello entra en sus fanáticos modos de pensar y es también táctica proselitista. Mas la auténtica actitud sociológica será muy otra. Debiendo reconocer, ciertamente, los factores causales —aristocracia terrateniente y servidumbre de la población indígena, en el caso que nos ocupa— de lo ominoso de nuestra economía, no ha de ir a suponer que esa génesis ha dejado de producir una fuerte estructura social en el tiempo, de cuyo contenido medular, y no

de otra parte, podrá extraerse el principio integral de reformas bien dirigidas. Este es el único revolucionarismo operante, contra las resistencias de las clases explotadoras y la acometiva exaltación de los secuaces del comunismo.

Una rapidísima ojeada sobre esa estructura nos mostrará que en el fondo se trata de rasgos internos vivientes, los cuales significan otros tantos invisibles resortes que rijen el movimiento de este pueblo.

En los primeros tiempos de la Colonia, son grupos parasitarios de la Península, gente aventurera, de menguada cultura, quienes forman la clase dominante de los "señores". Así el tránsito de un nivel de existencia medio o inferior a otro en que pueden desplegar una energía directa y envolvente, sintiéndose, además, dueños de una enorme masa humana, se traduce en un determinado módulo de conducta, que contagiara a los "chapelones" colonizadores que vengan después y prevalecerá casi intacto en el curso de la historia. Yo lo resumiría en estos términos: auto-valoración social jerárquica, no con respecto a las masas indígenas, pues ellas precisamente entran en el dominio de que se enorgullecen los terratenientes, sino con vistas a los no poseedores o poseedores en pequeño, inmigrantes o criollos; consiguiente emulación ensoberbecida entre los que cada vez se tienen en más, no cerrada, sin embargo, al mundo de relaciones y cumplimientos ceremoniosos, que son modos de afirmar el presunto rango de valor; absoluta insensibilidad para otra concepción económica que no sea la de "la riqueza por el poder y el poder por la riqueza territorial", en que se incluye al indio y al esclavo africano; petulante menosprecio del trabajo mismo como esfuerzo humano y como actividad profesional, que es encomendado a mayordomos y administradores.

¿No se advierte aquí el índice del complejo de problemas que trae aparejado al destino de la nacionalidad ecuatoriana el sistema de la aristocracia terrateniente? De propósito insisto en este doble aspecto de nuestra sociología clasista-económica, porque todo lo que sea restringir el análisis a sólo la situación terrícola equivale a desentenderse de lo internamente orgánico. Limitado ese análisis a la fácil contraposición entre latifundistas y población rural esclava, olvidamos factores vitales extra-económicos —deslindación de necesidades colectivas por el linaje, lujo de la nobleza y congruente for-

mación paulatina de la burguesía acomodada, cambiante ajustamiento entre la producción y el consumo, etcétera— sin los cuales no cabe fundamentar una cultura agraria. Por primitiva que ésta fuere, nunca podrá circunscribirse al cambio de relaciones entre dos magnitudes fijas. Tanto es así, que los propios caracteres de la llamada aristocracia feudal, al revertir contra ella misma, la han llevado, al igual que en otros países y en todas las épocas, al ocaso de su dominio civil-político, primeramente, y al descenso de su situación económico-social, después. Sobre este plano actual, resulta inaceptable cualquiera interpretación que nos ofrezca una economía agraria nacional estática.

Lo estático sí es la estructura formal de las pseudo-relaciones económicas entre el hacendado y el indio. La mentalidad del antiguo "señor" de la colonia supervive en el moderno propietario, que sigue considerando a la masa indígena un rebaño de animales de trabajo. Y ahora el espíritu del que las explota es primordialmente utilitario. El primer plano de vida para el noble de la colonia era el jerárquico, el fuero señorial. Para el terrateniente de nuestros días el primer concepto valorativo es el del dinero. En la conquista de este signo de riqueza aspira a tener realidad como persona social.

Y hay la inamovible conformidad del indio con esta estructura cuatro veces secular. Su mentalidad tampoco ha cambiado lo más mínimo. La circunstancia de un orden injusto de relaciones de trabajo en que se le ha mantenido no explica suficientemente aquella actitud. El medio económico no es por sí sólo el medio ambiente. Y las leyes de la imitación, que un tiempo divulgó y prestigio G. Tarde, fallan por completo con la raza autóctona. Porque en tantos siglos de ver y palpar cómo viven los blancos civilizados pudo algún contagio de usos y costumbres llevarla a atenuar su primitivismo. Se verá que no aludo aquí a ninguna necesidad psicológica de libertad individual. Me refiero a esa elementalísima emoción de desear algo de las condiciones de vivir civilizadas de nuestro contorno. Mas resulta humanamente impresionante el hecho de que a ningún miembro de las comunidades indígenas se le hubiese ocurrido tomar la iniciativa en punto a alguna mejora de su indumentaria, o de su menaje doméstico, o de su vivienda... Ninguno ha imagina-

do que podía empezar a diferenciarse en algo material de los demás de sus congéneres. Este conato de relativa diferenciación hubiera significado un crecimiento de necesidades y, por tanto, el instintivo impulso hacia una más razonable valorización del propio trabajo, para poder satisfacerlas. Luego venía la inclinación natural en los otros a seguir las modificaciones aquellas y, asimismo, con el aumento de necesidades, la propensión a una adecuada valorización de los esfuerzos prestados. De aquí a una mayor o menor mejora de indole moral no había más que un paso. Pero, si, a pesar de las poderosas sugerencias ambientales, nadie turba ni aún las homogeneidades de vida externas, elementales, quiere decir que el espíritu comunal indígena tiene la fuerza originaria de lo que es naturaleza.

EL "CONFORMISMO INDIGENA"

Pudiera entonces plantearse la cuestión de los motivos étnico-históricos que han determinado la innegable actitud de lo que llamo yo el "conformismo indígena" con el régimen de esclavitud mismo. Intentaré resumirlos en pocas palabras. Empiezo valiéndome para ello de la autoridad de nuestro historiógrafo González Suárez. Al hablar de la situación de las tribus indígenas ecuatorianas sometidas a los invasores incásicos, dice:

"Varios órdenes o jerarquías sociales componían el Estado. El Inca estaba a la cabeza del imperio y lo gobernaba como soberano divino, cuya autoridad no reconocía límites. La familia del Inca constituía la primera clase social, a la que pertenecían los hijos que, según las leyes del Imperio, eran tenidos como legítimos por haber nacido de las esposas de sangre real. Seguían a estos los príncipes bastardos, habidos en las numerosas concubinas del soberano. Cada Inca había formado una familia numerosísima y de todos ellos se componía la nobleza de la sangre, en la cual estaban vinculados todos los cargos del imperio. Clase aparte constituían también los curacas y sus familias y todos aquellos régulos de las provincias y jefes de las tribus conquistadas que eran en número muy considerable... Los sacerdotes dedicados al culto oficial del Sol formaban otra clase social, distinta de las demás. Los príncipes de la sangre, los sacerdotes, los nobles

y los amautas o sabios estaban exentos del tributo del trabajo y vivían a expensas del Estado. La contribución del trabajo pesaba, pues únicamente sobre la clase popular, que formaba el número mayor de la población y vivía condenada definitivamente a sostener a las demás."

Esto en lo tocante a la constitución político-social del imperio incaico. Respecto al sistema de la tierra y del trabajo, agrega:

"Los Incas habían eliminado la propiedad individual y suprimido todo estímulo para el trabajo personal: el indio no era dueño del terreno que cultivaba, no podía dejarlo en herencia a sus hijos después de sus días ni aumentarlo jamás en un palmo siquiera de extensión. Por mucho que trabajara, sus bienes no podían acrecentarse nunca, ni le era dado disfrutar de comodidad mayor. La organización social y las instituciones políticas de los incas tendían a crear un pueblo donde la igualdad más estricta conservara el orden; pero, para conseguir semejante objeto, aniquilaban la actividad individual y viciaban radicalmente el carácter moral del indio, ya de suyo propenso a la inacción y hasta, al parecer, tan insensible a los estímulos de la comodidad."

Se produce el estrepitoso derrumbamiento del imperio incásico, sucedenle la conquista y la colonización españolas, y la simple observación nos permite reconocer una profunda analogía entre los elementos constitutivos del régimen derruido y los del dominio absolutista que venía a reemplazarlo. En vez del monarca inca, estaba el lejano monarca español; en vez de las castas indígenas privilegiadas, acudían los nobles e hidalgos y los sacerdotes peninsulares; en vez de la semi-federación de *ayllus* y la tenencia de parcelas, dentro de una esclavizante reglamentación del vivir colectivo, quedaban el sistema de lotes reservados de "comunidades" y de Ejidos y el usufructo de los huasipungos, modo igualmente de esclavización del indio a la autocracia agraria; y siguieron intactas las costumbres del trabajo en común, y las fiestas y borracheras en ocasión de las siembras o cosechas, o por los otros motivos que fomentó el cura o inventó el tedio del aborigen. El tedio y sus groseras supersticiones, debo completar. Porque, en este punto, es incontestable que la cristianización o evangelización de la masa indígena por el sacerdocio español no pasó ni ha pa-

sado de lo grotescamente formalista. Como en el tiempo de los incas, esa masa mantiene las mismas incontables formas de creencias animistas y politeístas que la llevan a ver lo sobrenatural en todo.

Doy el mayor valor a la continuidad y estabilidad de esta subestructura nuestra en el espacio y en el tiempo, porque ello explica, biológica y psicológicamente, el conformismo indígena. Con el coloniaje, la conducta interna individual de los indios se ajusta, mayormente, al sentimiento gregario racial que ve un abismo infranqueable entre lo indígena y lo español predominante. Originase la actitud íntimamente unitaria, que lleva en sí la ley de su prosecución perdurable. Sólo los individuos que sean el resultado de un cruzamiento racial podrán escapar a ese esclavizamiento casi instintivo, que antes de ahora lo ha estudiado y demostrado la etnología psicológica. El fenómeno angustiante de la sólida fijeza de vida de los indios tiene una base innata: la polarización de repulsión y conexión fatales entre ellos y los blancos, de que hablé en otro estudio.

Ante esta peripecia, resulta inútil esperar que individual ni colectivamente el indio asuma alguna dirección cualitativamente nueva. Su modo de conducta hereditario es y tiene que ser instinto de conservación de la raza. Vive ésta así una historia interna que no puede definirse sino como una negación. Sociológicamente, los indios como raza representan la tragedia auténtica. Su abatimiento y su postura aviesa son la fisonomía de una voluntad de duración meramente vegetativa, estática.

LA TESIS LIBERTISTA

Creo que estamos ahora en camino de llegar a ver cómo se escamotea la realidad con la fórmula correlativa "indio-tierra" exaltada por tantos agraristas. Para esta correlación entre ambos factores, se parte de las siguientes afirmaciones: que las grandes haciendas, desde la época colonial, formáronse por el despojo y la absorción sistemática de los terrenos de las comunidades de indios. El comunismo agrario incaico fue, de esta suerte, sustituido en gran parte por el régimen feudal del latifundio, al que quedaban esclavizados los nati-

vos propietarios de la tierra. Sólo parcialmente se mantuvo y mantiene aún ese organismo viviente de la "comunidad" agraria indígena, junto con el sistema de los ejidos aldeanos. Este reconocimiento de aquellos mecanismos económicos por las leyes de Indias acusa una medida sagaz de la política de los monarcas españoles, aunque respondía a la teoría y la práctica feudales. Y feudalidad y servidumbre tenían que traer al indio la miseria. Con la miseria, su ruina fisiológica y su indigencia moral. En el Estado incásico, la propiedad comunal y el trabajo colectivo significaban el bienestar de todos. Era una civilización agraria patriarcal, de modo que su fuerza moral-económica se encontraba en la tierra. Reintegrándola a ésta es, pues, cómo alcanzaremos el resurgimiento de la raza indígena. El problema del indio tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra...

No se me negará que he procurado condensar en el párrafo recién escrito la literatura socializante de quienes enarbolan todavía la bandera de la "indianidad", como algo céntrico y decisivo en el problema de la tierra. Pues bien; el lector que, deseando orientar y fundamentar su criterio, empiece por hacer las distinciones necesarias, encuentra que un planteamiento como el del anterior esquema engloba cuestiones y cuestiones en una confusión tal, que jamás podrá llegar con ese tenor de razonamiento a la impresión de evidencia de la tesis libertista del indio. Aquella tan humana tendencia a abusar de las oposiciones ficticias, debido a la polaridad histórica, y a tomar lo complementario por contradictorio, viene extremándose hasta lo absurdo o lo ridículo en el análisis de la cuestión agraria. La fórmula correlativa a que me refiero ¿no llega, en definitiva, a decirnos que la llave del progreso agrícola del Ecuador está en manos del indio?

Desde que se apunta la finalidad misma del cuestionario, se está haciendo ya la confusión. El objetivo, al entregarle las tierras al indio, es obtener por este medio su liberación económica y moral? Lo que se busca es el resurgimiento de la agricultura, mediante la desenfudación de la tierra y "su retorno" a las comunidades indígenas? El problema de la tierra y el problema del indio se involucran así manejados por los agraristas sectarios. La fe en la posibilidad de esta metamorfosis de situaciones olvida, además, co-

mo se advertirá después de lo arriba dicho, que el tan ponderado comunismo incásico fue complemento del régimen de castas absolutista y teocrático. Antes que una institución económica, la tenencia y explotación terrícolas comunales representaron un mecanismo político-social cuyos primeros aprovechadores eran el monarca con las numerosas familias nobles y el Sol y sus clases sacerdotales. Entretanto, es otra de las confusiones más comunes el aislar arbitrariamente el factor comunal secundario, explicable sólo dentro de la política monárquico-teocrática de los incas, y contraponerlo, exaltándolo, al régimen de feudalidad latifundista, cuyo significado histórico se rebaja hasta anularlo.

Y detrás de esta falacia desfilan tranquilamente otras y otras, en formulaciones verbales o enunciaciones conceptuales de tanta ambigüedad y de tal interna desconexión, que no hacen sino producir un cambiante estado mental de igual índole. De este género son las expresiones "propiedad en común", "bienestar de las familias indígenas", "civilización agraria", "reintegración del indio a la tierra", "servidumbre, feudalidad y capitalismo"... La reacción contra el terrateniente en muchos de los que creen preocuparse de la cuestión agraria se ha traducido y traduce en un curioso ahinco de volver a sentir lo indio, sobre el plano de cierta aberrante inversión de la perspectiva histórica. Un signo de esa aberración lo vemos en el método que aplican al dilucidamiento de la antedicha cuestión: hacerla preceder de un minucioso y moroso examen del *ayllu*, con un espíritu interpretativo que parece que aspirara a moldear la reforma agraria en aquella estructura medio superviviente. Los trescientos años de coloniaje y los ciento de vida autónoma ocupan sólo un sitio subalterno de contraste ante el aludido criterio agrarista.

Hay en ello, sin duda, el inveterado afán erudito e historicista; pero, quizás, hay también huellas hereditarias, residuos atávicos, que en nuestra cerebración no acertamos a dominarlos y ejercen su influencia sobre nosotros. Esta indología que mira obsesionalmente al pasado y que pretende ser revolucionaria responde a una oculta acción étnica. Por lo mismo que la cuestión del agro tiene infinitas relaciones y es vital y omnipresente en la biología histórica, su planteamiento ofrece contradicciones tántas. No es la menos re-

levante aquella que en el hecho del alma comunal de los aborígenes, estorbadora de todo impulso personal progresivo, insiste en querer hallar el mejor antecedente y un poderoso resorte para la obra de socialización de la tierra y, consecuentemente, de rehabilitación del indio. Un plan agrario racional ha de coordinarse con todos los factores de la cultura ambiente, y sucede que la raza india, vitalmente inferior e históricamente estancada, petrificada, está en incapacidad orgánica, de origen psicológico, de compartir esa cultura. Aún a riesgo de que se malentienda el concepto, yo diría que la mecánica de la servidumbre radica en el propio indio. Por ahí dice un gran pensador que la vida en sí no tiene un valor propio, que no basta la simple existencia: ésta debe ser "merecida". Regulación y expresión de estos valores merecidos es la justicia. La biología sociológica se compenetra así cada vez con la vasta noción integral de que el equilibrio —no bienestar— social ha de ser un proceso de integración por diferenciación de los valores vitales y culturales en todo momento histórico. Actitudes psíquicas inconciliables (lucha de razas) y posiciones extremas en la perspectiva de los intereses (lucha de clases) envuelven, con razón, los más graves conflictos para un Estado, pues afectan a la estructura misma de la sociedad.

Ya es hora de que nos demos cuenta de la equivocación que implica aquel modo de enfrentamiento del problema agrario, con propensiones a una lucha lejanamente establecida y sin nexo vivo con nuestro medio actual. Mientras persistamos en confundir la beneficiosa aspiración hacia la mejora del indio con el complejo problema de una adecuada política agraria, la aproximación a las soluciones deseadas habrá de aplazarse. Y como aquello de que "la raza indígena es una raza de agricultores" y "su civilización fue agraria" contribuye en mucho para esa tendencia al postulado agrario-indigenista, no será impropio concluir esta digresión recordando lo específico de la aludida civilización. Aunque distante, no es nada enigmático su contenido.

El fondo de la escasa dinámica vital del pueblo incásico lo constituyó la posición mística gregaria alrededor del Inca absoluto y casi divino. Era éste el Hombre-Providencia, proyección y expresión terrestres del Padre - Sol, en que se reflejaban las potencias de la Divinidad (no entra para el

caso la serie en número infinito de los dioses menores con que los indios poblaban la naturaleza). Las tribus, las parcialidades o agrupaciones de familias —también expresión de gregarismo— que antes de ser dominadas por el monarca del Cuzco vivieron en pugnas sangrientas, al continuar dentro de las antiguas deslindaciones regionales, al ocupar y labrar la tierra con un trabajo en común, estaban, pues, muy lejos de alguna conciencia colectiva inspirada en el propio interés y el solidario bienestar. El mundo de representaciones de los grupos indígenas descansa fundamentalmente en la sensación de omnipotencia del monarca, dueño del territorio y árbitro de todo el vivir colectivo. No es, por lo tanto, un régimen agrario el de la comunidad indígena; es un régimen de tribu, en que el ayuntamiento y la cooperación no tienen contenido económico y en que la voluntad moral de los agrupados está reemplazada por el señorío protector: tutela de menores.

Hay bastante violentación del concepto histórico, por consiguiente, cuando se recalca que la "comunidad" es anterior al Estado incaico y célula viva de éste. Se quiere con esta interpretación atribuir a cada uno de los conglomerados indígenas la fuerza de un todo vitalmente orgánico; al conjunto de ellos, la virtud de mantener en su unidad sociológica a la raza. Fácilmente se llega por este atajo al reconocimiento del indio en su personalidad y como gozando de la conciencia de sí mismo. No es otra la génesis de la obsecación mental de algunos agraristas peruanos que vienen bogando en un mar de palabrería "hacia el ideal renovado de las comunidades indígenas"!

Y mayor violentación del sentido histórico se comete cuando la consabida fórmula abreviadora "feudalidad-servidumbre" se invoca con el propósito de sugerir que el régimen colonial aniquiló una cultura agraria y no acertó a sustituirla con otra de carácter progresivo. Puesto que tanto preocupa el aspecto cuantitativo de la población autóctona que labraba los campos, lo que cabe que empecemos por aceptar es el aniquilamiento de grandes porciones de esa población, debido a la inmisericorde conducta de los españoles. Mermados enormemente los núcleos de las comunidades indígenas, el reparto de tierras poseídas por éstas a los colonizadores incluía lógicamente un proporcional aminoramiento

to de los efectos negativos de tal repartición. Pero es simplificar arbitrariamente el problema cuando se insinúa en las mentes la idea de un contraste entre "el benéfico sistema agrario comunista de los indios" y "el feudalista régimen de concentración de la propiedad en manos de la nobleza y del clero". Entiéndase bien que no pretendo justificar el método repartitivo adoptado por la Corona de España, desde el punto de vista de una previsora política agraria y de colonización. Mi pensamiento se encamina a mostrar lo artificial de la tesis, en que se ha venido y viene insistiendo, de que la estructura social incaica fue propia para que se estableciera un sistema de producción conciliado con el bienestar común; tesis de la que se hace fluir esta otra, para la antítesis: la feudalidad latifundista es la causa de la miseria moral y material del indio, así como del atraso de nuestra agricultura.

Precisa que cambiemos de posición mental. Está viciada nuestra concepción del proceso histórico de la nación ecuatoriana. Si hemos de atacar en su raíz el doble mal, innegable, de la existencia de latifundios y del anonadamiento de los indios, no ha de ser invirtiendo el planteamiento del problema: dénse las tierras a los aborígenes, para que las posean y exploten en comunidades, y la independencia económica que ello les signifique se traducirá en su regeneración moral y en el progreso agrícola. Habría para sonreír despectivamente ante tan ingenuo modo de tratar la vital cuestión, si no fuese que esta ingenuidad causa el grave daño de envaguecer dicha cuestión, retardando su posible tratamiento adecuado. El socialismo indigenista posee la visión de lo cruelmente injusto de la realidad histórica; le falta, en cambio, en grado superlativo, el sentido de la esencia de esa realidad y sus consecuencias. Lógicamente, plantea mal el problema económico-agrario y pretende el absurdo de hacer reversible el suceder histórico.

Por fortuna, escritores comprensivos, exentos del fanatismo por las masas, empiezan a colocar en su sitio el problema. Ni se cree en el dinamismo latente del Incario para una moderna socialización marxista de la tierra, ni se ve en la entrega de ésta a las comunidades indígenas la clave de nuestra cuestión agraria. Hasta se encuentra incompatible el proceso de la racionalización del trabajo agrícola con la inven-

cible inercia rutinaria del indio. El más fervoroso de los defensores de éste, pero avisado auscultador de las exigencias positivas del agro nacional, llega a sugerir que una solución doblemente importante para el Ecuador sería el desalojamiento de las mesnadas de indios hacia las tierras del Oriente y su sustitución por colonos europeos. La condición básica de la reforma se hace consistir en la abolición del latifundio y una mejor distribución de la propiedad, completadas por la adopción de todo un plan técnico-administrativo en el mecanismo de la producción.

EL AGRO-CULTOR

En este sitio, acude a los puntos de la pluma el tema de la unidad orgánica del complejo problema agrario. Adrede he puesto de encabezamiento de estos párrafos el vocablo **agro-cultor** en su desconexión gráfica, por lo significativa. La radical imprecisión con que se suele entender y emplear el término "agricultura" o su afin "agricultor" ha sido causa para el método erróneo en la enunciación y discusión de aquel problema. El vocablo descompuesto a que aludo nos sugiere de pronto la anatomía de una ciencia aplicada y de una técnica de realidades como es ahora la profesión agrícola. Cuando hayamos desentrañado todo el contenido de la expresión **agro-cultura**, se verá que ya no caben las actitudes románticas en este terreno. Se palpará, sobre todo, que el dominio de la cuestión agraria es, prácticamente, no sólo el de la realidad económica, sino el de la vitalidad nacional en distintos órdenes. Quedará en claro que la aspiración al bienestar común por el mejor aprovechamiento de la tierra se manifiesta en una **cultura**.

Lo primero que se nos enseña en esto de significaciones léxicas estructurales es que la palabra **agro** sirve para expresar un concepto bien distinto del enunciado con la palabra **tierra**. En ésta el hombre tiene tan sólo la materia prima con que han de obtenerse productos para el consumo o para el intercambio. Mientras el capital, la técnica y el trabajo no la transforman, según el decir de los economistas agrarios, es lo mismo que el hierro u otro metal en la mina. La tierra en función de productividad, mediante la aplicación de aquellos factores, es el agro. Precisamente, la Agronomía

es, por definición, la ciencia cuyas leyes o normas arrancan del estudio de la naturaleza y determinan lo que ha de ser la Agricultura en cada clase de explotación. Desde este punto de vista comprensivo e integral, resulta desconectable la mal entendida y peor aplicada noción de que la tierra es el principal instrumento de trabajo. Y la otra noción, la del trabajo mismo, cobra un sentido de amplitud y modernidad tal, que anuncia ella sólo el límite de tantas ineptias e irreflexiones con que se acostumbra maltratar estos asuntos. Ahora sabemos que el trabajo implica racionalización de sus funciones, en el indefinido engranaje de éstas, desde lo complicado y superior hasta lo sencillo e ínfimo, o es palabra que queda casi sin sentido. Una cultura agraria, por primitiva que sea, ha de incluir, también, en consecuencia, el dominio de las actitudes humanas, pues el agro alcanza vida en la disciplina y la organización.

De tan someras reflexiones, demasiado olvidadas, obtenemos, por lo pronto, una vislumbre histórica que puede llevarnos a la corrección de esa historiografía impresionista que está cundiendo en Indo-América y en que actúan confusamente supervivencias ancestrales e intelectualismos en auge. Tal impresionismo, al desdibujar el curso de la historia, supedita el concepto de cultura al formalismo de la organización comunal de termitas a que estuvieron sometidos los aborígenes. Se invierte así la tesis interpretativa: que el incanato representó un apreciable estadio de cultura **porque** la forma de producción y distribución en su economía fue la del colectivismo agrario, y no que esta organización y disciplina semi-comunistas existieron **porque** el estadio de cultura incásico incluía entre sus formas autocráticas este absorcionismo de la tierra y de los hombres. Merced a tan inocente viraje en el juicio de la peripecia histórica, el dialéctico ve ante sí la senda que tiene que seguir: nuestra cultura se hará amable en tanto oriente su economía agraria hacia la obra truncada de los Incas. Mediante esta exageración del sentido de la función comunal en el trabajo agrícola, el mundo de percepciones de los hombres, que es lo que da significación humana a cada cultura, queda desatendido o en lugar bien secundario. Para la valoración de los caracteres de la cultura agraria incaica, se prescindirá de lo que señorea íntegramente la vida de las comunidades indígenas: su re-

ligiosa sumisión al monarca absoluto, actitud de religiosidad que es prolongación y expresión social de las personificaciones míticas con que explican la mecánica de la Naturaleza. Salvo contadas observaciones empíricas sobre los fenómenos de ésta —aspecto del cielo y de las nubes, dirección de los vientos, época de las lluvias, etc.—, la ciencia agronómica y la técnica agrícola de los indios se reducen al más abigarrado conjunto de creencias y ritos que hacen del agrarismo autóctono la clave de la teogonía andina.

En este punto, podemos ya precisar mejor el sentido histórico de una civilización agraria. En su sentimiento de adherencia a la tierra, el ser vivo que es cada comunidad indígena tiene alguna conciencia de relación con su contorno como con su mundo circundante. Este mundo está lleno para los indios de seres potentes igualmente vivos, aunque invisibles, y así, junto a la parte general vegetativa de los habitantes del campo, hay actitudes de vigilia propiciadoras o defensivas con respecto a la intervención de aquellos seres. El agro es en mínima parte la función conjunta de los conocimientos, la técnica y el trabajo: lo esencial y lo vital está en ver en qué forma se produzcan esas intervenciones. El agro-cultor se comporta en necesaria e íntima correspondencia con el estadio de cultura de su raza y de su tiempo. Su inteligencia y el medio que le rodea no alcanzan a hallar otras explicaciones causales para la buena o la mala cosecha que las agroteísticas. El agro incásico pierde su sentido más profundo si se lo substraer al elemento mítico-cultural.

Luego vamos a ver cómo la conquista española, al invadir y pretender eliminar la cultura incásica, la deja casi intacta en el agro, cuyas funciones siguen en manos de los pobladores indígenas. Como no podía menos de ser, importando semillas y animales de labranza y de cría, el español ampliaba en gran medida el radio de la actividad y la producción agrícolas en los países conquistados. Pero ese español, convertido en terrateniente, considera la posesión de las tierras, primordialmente, como factor de la posición jerárquica, no en el campo, sino en las ciudades, dentro del mecanismo social-político. El no es para descender al rango subalterno de agricultor: ¿con qué otro fin dispone de mesnadas de indios y de un mayordomo, que es poco más que el indio? Y he aquí que en el curso de siglos nuestra agricul-

tura mantendrá los específicos caracteres del agro incásico: la primitiva "técnica", en que el arado rudimentario acusa todo el progreso, y la mismísima pululación de supersticiosas creencias y de prácticas rituales como ambiente cultural agrario. Descuidadas la investigación y experimentación naturalistas, sigue actuando la rutina y sigue presidiendo el mito en la labor campestre. En el aspecto de la ordenación jurídica, el tránsito del régimen incásico al régimen colonial determina un cambio notable de formas económicas. Con la institución de la propiedad privada ejercida sobre la tierra y sus productos, conforme al *jus utendi et abutendi* de los romanos, la economía más o menos marcadamente colectivista de los indios queda convertida en economía de tipo individualista. Cambia la autocracia económico-agraria del Estado incásico por la aristocracia feudal y sacerdotal de la Colonia, que propicia la tendencia a la constitución de latifundios. Mas esta nueva etapa histórica no se traduce en ninguna apreciable elevación del nivel cultural del agro. Ello era lógico: las masas indígenas quedaban y continuaban casi como el único factor humano en las operaciones de cultivos.

No es, pues, como se ha dicho por tántos, que el indio se vengó del invasor castellano refugiándose y hermetizándose más en su *ayllu*. Fueron los propios españoles, esclavos de obtusos prejuicios y reacios a toda cultura agraria, los que, en este aspecto de la acción colonizadora, pusieron de hecho a merced del espíritu del agro indígena, en vez de pretender innovarlo y señorearlo. El resultado de esta abdicación de sus funciones por el agro-cultor español, mantenida durante cuatrocientos años, tenía que traducirse en un desentendimiento colectivo de aquella actividad profesional, casi en su descalificación. Y así ha acaecido que sólo en época bien reciente empieza a reconocerse por el poder público y por los elementos directivos la importancia de la enseñanza agronómica, sin que pueda decirse que hay para esta rama de la ciencia un positivo ambiente. Poco a poco, asimismo, la calificación de **agricultor** va tiñéndose de prestigio y sustituyendo a la antigua del orgulloso y noble **hacendado**. Hay ya una *élite* de propietarios de tierras que saben que el labrarlas es cuestión de una cultura, de suerte que el agro ha de ponerse al servicio del saber.

Vale la pena de ensayar un resumen de ese saber, porque es incuestionable que mucho de la mala inteligencia o desacuerdo en la aspiración general a una reforma agraria radica en el olvido de la complejidad que ésta encierra. El mundo todo se queja de la profunda crisis económica y no son pocos los que encuentran que el defectuoso reparto de la tierra constituye una de sus causas principales. Entre nosotros, pueblo de origen y tradición feudalistas, esa creencia tiende a acentuarse y es la cuestión agraria una de las que más preocupan a los intelectuales y a los políticos. Las fórmulas que proclaman se resienten, por desgracia, en la mayoría de los casos, de un simplismo desconcertante. De ahí la conveniencia de ir sentando conceptos básicos y apuntando orientaciones prácticas al respecto. Para los que pregonan enfáticamente el lema georgista "la tierra es del que la trabaja", entendiendo por trabajo tan sólo la mano de obra de nuestros indios, o para los que creen factible un régimen de inmediata socialización de la actividad agrícola, nada más oportuno que unas sencillas apuntaciones sobre lo que es trabajo y lo que comprende la economía agraria.

Para el dueño de un terreno de mayor o menor extensión, la primera de sus preocupaciones se concreta a la clase de cultivo a que dicho terreno sea adaptable. Esta al parecer sencilla cuestión envuelve una serie de otras cuestiones: conocimiento de la calidad del suelo, posibilidad de sustituir sus deficiencias con abonos, variedades de semillas más convenientes, inmunización de éstas contra enfermedades y plagas comunes, condiciones y perspectivas climatéricas, disponibilidad de brazos y de implementos. Un paso adelante en la gestión cultivadora será el examen de las condiciones en que se desarrolle el cultivo mismo, para saber dedicarle el tiempo y el esfuerzo necesarios: toda explotación agrícola está siempre amenazada de factores negativos, generales o circunstanciales, y el genuino agricultor procurará defenderse de ellos en la medida de lo posible. Llega el momento de la cosecha y de la colocación del producto; entonces, el agricultor se siente productor. Su gestión se ordena ya en una totalidad más o menos amplia, pero orgánica: el consumo.

La tarea pública que aparece ahora demanda del productor una perspicua comprensión de las conexiones del mercado, el cual en sí mismo constituye todo un complejo de funciones. Aumenta o disminuye el margen de colocación de un producto porque aumenta o disminuye su consumo, y la proporción de éste depende de innumerables causas cuya enunciación no cabe siquiera apuntar aquí. En todo caso, el agricultor experto consultará con tiempo las posibilidades de un transporte económico, sea local, regional o internacional.

En concordancia con tan varias fases de la profesión agrícola, viene todo el complicado mecanismo institucional y el proceso legislativo tendientes al fomento de la producción y al desenvolvimiento de la economía pública: Cursos de Agronomía, Gabinetes y Laboratorios, Quintas Experimentales, organización compulsoria de cooperativas, facilitación oficial de semillas y abonos, implementos y sementales, y expedición de una serie de leyes y reglamentaciones relacionadas con el trabajo y el crédito agrícola, a la vez que con tarifas de transporte e impuestos aduaneros. Complemento y, en muchos casos, condición *sine qua non* de la política agraria estatal son la construcción de vías de comunicación y las obras de captación de aguas. Avanzando en esta política, los Estados y las agrupaciones partidistas enfocan en distintos sentidos el problema de la tenencia de las tierras y la forma de su usufructuación para el bienestar social. Conexionado con este problema, se plantea también el de la colonización, interior o de inmigrantes extranjeros, a que da lugar el tan frecuente fenómeno de la despoblación rural y del urbanismo.

El viejo lema georgista puede, pues, aceptarse en principio con una sencilla adición adverbial, que resulta supersustantiva: *la tierra es del que la trabaja... racionalmente*. Esta racionalización del trabajo, como hemos visto, supone y comprende toda una cultura, en que el saber y la técnica son obligados ingredientes. En un país que tenga medianamente organizada su agricultura, mejor dicho, que se halle en cierto estado de civilización, acusaría algo sin sentido el limitar toda la cuestión agraria a la correlación "tierra-esfuerzo muscular". Este criterio pobremente limitativo se vuelve una manera colectiva de pensar allí donde se mantuvo con pertinacia el antiguo concepto de propiedad y donde en el elemento tierra se vió sólo su natural productividad. Los Estados

modernos consideran la propiedad en un plano de economía integral —de allí la resobada fórmula: la **propiedad es una función social**— y con miras a esa economía arbitran diversos sistemas y métodos para el mejor aprovechamiento de la tierra.

La movilización de ésta en términos tales que responda a una creciente o adecuada producción, como valor económico, y al bienestar de la colectividad, como imperativo de justicia, es el eje, por lo tanto, a cuyo derredor giran las demás cuestiones del agrarismo. La primera de estas cuestiones se reduce, lógicamente, a la de la gran propiedad: el latifundio. Social y económicamente, se considera que no debe permitirse la concentración de tierras en manos de una persona o de una entidad corporativa. Pero, si en la finalidad convienen generalmente izquierdistas y derechistas, las discrepancias surgen y se hacen inconciliables cuando descienden al terreno de las aplicaciones prácticas. Sobre el alcance de la palabra misma, **latifundio**, suele hacer controversia. La definición que más armoniza las varias tendencias me parece la del italiano Micheli: "todo terreno inculto, extensiva o discontinuamente cultivado y susceptible de importantes transformaciones culturales, que tenga extensión superior a doscientas hectáreas o a ciento si dista menos de quince kilómetros de poblado". La propia definición está, de otro lado, indicando que debe distinguirse entre gran propiedad y explotación en grande. En este segundo aspecto, se trata de empresas en que el principio de concentración de esfuerzos y de actividades determina un triunfo para el empresario y para la economía. La determinación de los límites de las explotaciones rurales no puede, por consiguiente, hacerse en abstracto, so pena de exponerse a errores de efectos incalculables. Análogamente, se suscita una serie de cuestiones al tratarse de la expropiación de tierras y de la clase de adquirentes. El **parvifundio** y la pequeña explotación agrícola envuelven un delicado problema social y económico-agrario. Poner los cultivos y las personas en su sitio: he ahí la síntesis de todo un vasto programa técnico-administrativo para la reforma agraria.

Implícitamente queda dicho con esto que cada país ha de tener su programa; que no cabe encuadrar tan concretas realidades como es la vida económico-agraria de una nación en

programas extranjeros. El Ecuador está igualmente afectado de latifundios; necesita una política de protección al fraccionamiento de los mismos; necesita también el empleo de una eficaz tutela administrativa en los campos para ir organizando e impulsando los intereses de la agricultura; en el conjunto de la población activa, padece el mal de un porcentaje mayúsculo de indios como población agrícola; por último, lo discutible del índice de la riqueza de su suelo se agrava con la escasez de brazos, la pobreza de técnica operativa, la deficiencia de vías de comunicación, la falta de capitales y de crédito, una incorregible mezquindad en el régimen de vida y de trabajo de los campesinos... La conclusión es que hemos menester de un estudio decididamente realista y de un programa elástico peculiar, factible a fuer de propio.

Por no hacerlo así, los proyectos de los últimos años en el sentido de mejora de las clases trabajadoras han sido de muy desigual o ambiguo resultado: se optó por el cómodo sistema de calco de las legislaciones y organizaciones extranjeras. En la misma absorbente atención que mostrábamos para las cuestiones del obrerismo industrial estaba patentizándose ese descentrado empeño imitativo. Tardía ha sido entre nosotros la exaltación del problema agrario, sin que pueda decirse que haya un comienzo de sólida estructuración legislativa y administrativa. Algún fracasado intento de parcelación de haciendas de la Asistencia Pública, tal cual ensayo de establecimiento de colonias agrícolas, que fueron otro fracaso, y la creación de algo que se llama Instituto de Defensa Biológica del Campesino, mientras el propio Estado fomenta el alcoholismo y atenta contra la vitalidad del campesinado: no es otro el contenido de nuestra reforma agraria. En justicia, habría que agregar a estas experiencias la fundación del Banco Hipotecario del Ecuador, al que está adscrita la Caja de Crédito Agrícola, y la concreción de un mercado espíritu socializante en la Ley de Herencias con el impuesto progresivo y las limitaciones a la transmisión de la propiedad en la forma latifundiaria.

EL CREDITO COOPERATIVO

Y aquí viene en su oportunidad el insistir sobre el tema central de este ensayo: la íntima y necesaria conexión de los

varios factores que comprende la reforma agraria. Esta no es simple reparto de tierras aún en las más ideales condiciones posibles. Grandes, medianos y pequeños propietarios se verán detenidos en su acción si no cuentan con dinero. Supuesta la mayor prolijidad en la determinación del cultivo que ha de emprenderse, y consultados los detalles ulteriores relativos al procedimiento, la inversión de algún capital se impone con todo rigor. Si el predio está en vía de formación, necesita edificios, cerramientos, acueductos, maquinaria y herramientas, animales de labranza y medios de transporte: todo lo que constituye el capital terrícola y el permanente de explotación. Pero, aún en el caso de un dominio agrícola ya establecido, el agricultor no podrá manejarlo y desarrollarlo sin contar con el indispensable capital circulante. Semillas, abonos, cuidados profilácticos, tratamiento veterinario, jornales, fletes, etcétera, requieren una inversión de dinero periódica. Surge así la necesidad del crédito agrícola, cuyas modalidades de organización y funcionamiento constituyen otro delicado problema del agrarismo.

Porque, si la finalidad de la organización agraria es altamente social-económica, mediante un régimen de producción que beneficie a todos, salta a la vista lo fundamental y decisivo de la gran ley que debe aplicarse: la que los economistas llaman "ley de las proporciones definidas". Consiste en la atinada combinación cuantitativa y cualitativa de todos los factores productivos, de suerte que el consorcio de la función técnica y de la función financiera se traduzca en beneficio individual y común. Entonces se ve con claridad reverberante que la operación distributiva del crédito agrícola ha de basarse en un sistema institucional que más o menos consulte estas cosas: la formación del verdadero agro-cultor, por los mil medios existentes de enseñanza y divulgación científicas; una bien meditada política de regulación del dominio de las tierras, mediante el examen de las condiciones demográficas y de la naturaleza del suelo y el clima en cada zona; la construcción de obras públicas que vitalicen los agentes primarios de la riqueza —el hombre y la tierra— y la organización de una policía rural eficiente; la adopción de tarifas ferroviarias y aduaneras favorables a la integración de los mercados internos, así como a la defensa de la economía pú-

blica, cuyos trastornos monetarios repercuten siempre en el ámbito agrícola.

Ahora bien, desde un punto de vista puramente económico, es evidente que resulta costoso y casi imposible para el Estado organizar y mantener él sólo el crédito agrícola. La máxima garantía de éste ofrece el mismo suelo cultivable y, en un orden de organización más avanzado, el sistema crediticio personal de las Cooperativas. Como la palabra lo dice, son organizaciones basadas en el convenio mutuo y la ayuda recíproca. Alcanzan sus beneficios a todas las personas capaces de contratar que, dentro de cierto radio geográfico, se dediquen a la agricultura, constituyendo tal sistema un intenso estímulo para el desenvolvimiento de la misma. Esta clase de instituciones se armoniza orgánicamente con el trabajo agrícola, por cuanto, en cierto modo, cada cooperante responde con el resultado de la producción. Se comprenderá, de esta manera, la influencia educadora de su funcionamiento. Lo grave es que se plantea lógicamente la reflexión inversa: las cooperativas descansan sobre una base de confianza, del sentimiento de solidaridad social. Pueblos como el nuestro, reacios a toda obra que requiera alguna disciplina colectiva, ahogados en una selva espesa de egoísmos y rencillas, ofrecerán un ambiente impropicio para todo cooperativismo. Y, en realidad, resulta afligente el estado de penuria en que por este aspecto vivimos. Constituir algún núcleo agrícola corporativo entre nosotros equivalió siempre a suscitar un germen disolvente y una atmósfera en la que se envenenan los ánimos, ya con las discusiones necias, ya con las suspicacias malévolas.

Sin embargo, ello mismo nos sugiere la idea de la urgente necesidad de insistir en la labor educadora y de propaganda entre los agricultores. Sería renunciar al progreso el creernos definitivamente incapaces para la dirección y la responsabilidad de las funciones sociales. El sistema de cooperativas es una técnica, que se mueve dentro de un vasto dominio de modalidades condicionadas por el ambiente de cada comarca agrícola. Forman un número incontable los tipos de cooperativas que actúan en los diversos países del mundo civilizado. Pues bien; nuestro primer concepto técnico debe consistir en ver lo absurdo de aquello que suponga una improvisación e imposición de determinado tipo de cooperati-

vas para la República. Entremos en la reforma por el camino del sentido común, que es el de la iniciación. Si son tan patentes los vicios de nuestro temperamento racial, si es tan visible la carencia de un **equipo** de hombres preparados que conduzca al país a un estado menos inferior de cultura, ¿vamos a resolver el problema del crédito agrícola cooperativo "decretando" la unión y la confianza entre todos los agricultores del Ecuador, junto con la obligación de entregar un tanto por ciento de la venta de sus productos a unos Directorios Agrícolas, por intermedio de un Banco de Reserva?

Lo anoto, ya que a dicho uniforme tipo de cooperativa se ha reducido hasta ahora la sugestión más formal en esta materia. Y es preciso ponernos en guardia, reconociendo la recta intención y aplaudiendo la buena voluntad de los proyectistas, porque nada favorece tanto esa tendencia antisocial que nos caracteriza como la desmoralización que sigue a los fracasos de iniciativas que creímos salvadoras. He consultado un acervo bibliográfico sobre organización de cooperativas y puedo aseverar que casi no hay tratadista que deje de atribuir decisiva importancia a estas dos cuestiones de método: la instrucción y propaganda previas al reclutamiento de grupos cooperadores y la vitalización de las Cajas rurales o locales como condición necesaria para el desarrollo de organismos superiores. La divulgación asidua de las ventajas del sistema cooperativo, estudiando las condiciones económico-agrícolas de cada demarcación, para llevar el convencimiento a los ánimos sobre base de realidades, se considera un punto capital en el tratamiento de estas organizaciones. Y, puesto que el sentido de éstas supone una evolución progresiva, adaptándose a las divisiones territoriales, en orden extensivo, hasta llegar a la federación de cooperativas, no podrá prescindirse de un orden gradual y coherente de actividades.

POLITICA VITAL: LA ALDEA

Cuando este triunfo preliminar se haya logrado, la misma formación de un ambiente de solidaridad entre los intereses del agro contribuirá a prevenir otro grave daño que le amenaza: la despoblación campesina. Es innegable el hecho de que día a día se despueblan nuestros campos, con el consiguiente resultado de la escasez de brazos en la explotación

agrícola. El fenómeno, desde luego, es común a una inmensa mayoría de los países civilizados, donde la atracción de las ciudades ejerce igualmente su imperio sobre las masas labriegas. No sin razón se ha dicho que este proceso de absentismo obedece a una especie de psicosis colectiva, antes que a motivos puramente económicos: también el hombre del campo tiene una alma y concluye por aburrirse en la atmósfera de soledad y monotonía en que vegeta. Da solución a su vivir tedioso emigrando a las ciudades, que ven complicarse así sus problemas. Claro está que en el fondo busca alguna posibilidad de emancipación económica. Sobre no serle agradable su trabajo, encuentra que las remuneraciones apenas le alcanzan para lo indispensable.

La política social agraria se esfuerza, pues, dondequiera, por contemplar este doble aspecto de la cuestión: la organización y propagación de las instituciones cooperativas y la vitalización de las aldeas por el establecimiento de servicios públicos compatibles con una vida civilizada. En el Ecuador, nos hemos acostumbrado de tal modo a mirar las aldeas —la parroquia rural, el anejo, el recinto— como expresión de un agrupamiento social primitivo, que raro será el hombre culto a quien le ocurra darse cuenta del ligamen vital de esos núcleos campesinos con los centros urbanos. No se nos ocurrirá, tampoco, por la misma razón, ver de articular en alguna forma esos casi paralíticos miembros del organismo nacional con su torso viviente que son las ciudades. Hemos creído que podíamos desdeñar impunemente aquellas oscuras masas aldeanas, y el mayor reproche al error nuestro empieza a ser la pululación en las urbes (Quito y Guayaquil, singularmente) de porciones parasitarias que abandonaron la labranza de los campos o la pequeña manufactura y vienen en busca de una vida menos miserable e incierta. De algún tiempo acá, nuestras capitales de provincia se están industrializando. Esta circunstancia ha sido y es una fuerza de atracción más que realiza la ciudad. El obrero agrícola prefiere convertirse en obrero industrial. Como el número de éstos no puede ser indefinido, la masa de inocupados (si no ingresan en los cuarteles o se acomodan en las obras públicas) se suma a la de los ociosos voluntarios o involuntarios de la urbe.

Frente al éxodo de los campesinos, los agricultores se

ven obligados a disputarse en competencia el personal que queda. Esto fomenta entre los hacendados un ambiente de rencillas, contrario a todo esfuerzo de cooperativismo. Fomenta algo peor: la ruptura de los compromisos de trabajo en la agricultura y el descenso en la moral del trabajador agrícola. No entra en la mente ni en los hábitos de nuestra clase agricultora averiguar la causa efectiva de sus males y decidirse alguna vez a planear una vida de relación siquiera en aquello que cada distrito rural demanda urgentemente. Les separa radicalmente a unos y otros en la profesión agrícola una rígida postura individualista. Sin embargo, vencido que fuera este modo de ser racial, quedaba otro defecto orgánico por vencer: el temor a ceder un tanto en su situación hasta aquí no francamente disputada. En la industria, el hecho de la estructura gremial ha ido regulando las relaciones entre patronos y trabajadores y traduciéndose en mutuas garantías. En la agricultura, el régimen de trabajo lleva en sí mismo los caracteres de una conformidad ficticia y está el patrón a cubierto de regulaciones legales y gremiales. Lucha contra una realidad defectuosa, cuya raíz se halla en la injusticia de trato al trabajador; pero, como el remedio consiste en que el patrón se reforme a sí propio, situando en distinto plano del tradicional su interés, esa realidad defectuosa persiste intocada e inalterable.

Cualesquiera que sean los estorbos de llevar alguna conciencia de clase al campesinado, no queda otro camino para ir al comienzo de una estructuración de la vida en los campos. La aldea constituye el núcleo social del trabajo agrícola. En estos sectores rurales aislados se ocultan los manantiales de energía con que puede intentarse una rectificación paulatina de nuestros sistemas agrarios. Compuestos dichos centros aldeanos de una mayoría de individuos de cierto nivel económico y moral menos deficiente que el del indio, cabe suscitar entre sus pobladores la conexión consciente necesaria para la ordenación de la economía rural. Sin contar con este campesinado, dudo de que pueda operarse el tránsito a etapas económico - agrícolas algo adelantadas. Esa población, cuyas posiciones humanas difieren ya de las de la raza india, siendo, por lo mismo, susceptible de mejoramiento en su espíritu y en las costumbres, forma en sus

porciones más importantes el elemento de los trabajadores del campo relativamente autónomos y civilizados. La clasificación que comunmente se ha hecho al hablar de nuestro campesinado, reputándolo compuesto de dos masas, la del montuvio en el litoral y la del indio en las mesetas interandinas, me parece que es un miraje falso, sólo en parte congruente con nuestra realidad sociológica. El problema campesino, desde el punto de vista de la estructura psíquica y la posibilidad de relación de los grupos, cobra sentido y ofrece una perspectiva de soluciones tan pronto como se ahonda en el factor hombre y se busca mejor la coherencia de las cosas. La intelección de la persistente crisis agro-cultural que padece el país se facilita cuando vemos un nexo para la coordinación de conjunto. Este nexo se halla en el vasto mestizaje rural o aldeano.

Vuelve a evidenciarse aquí el sentido profundo y hondamente vital del agro, que no separa hombre y trabajo. Se suele hablar por todos de un alma campesina; pero se olvida que ésta, como determinación de lo anímico, incluye estados de ánimo y relaciones inter-humanas y que el motor de la vida individual ha de componerse de sentimiento y de interés. Se evidencia también aquí el contraste psicológico-racial en que vengo insistiendo al hablar de nuestra constitución étnica. Mientras los grupos indígenas continúan apegados al terruño, siendo muy limitada la cifra de emigraciones individuales a los centros urbanos, el chagra y el montuvio, en quienes la mínima dosis de hibridismo hace ya su efecto de alguna individuación, sienten la inconformidad con su medio rural mísero y se dejan al fin atraer por la ciudad. La escasez de brazos en las fincas es, en primer término, la despoblación aldeana, y el anormal incremento demográfico de nuestras urbes no es sino (aparte de la inmigración de extranjeros) resultado de esa deserción de las familias campesinas.

Urge contrarrestar el fenómeno seriamente. Debemos no olvidar que el destino del agro depende del material humano de que se compone; que técnicas y propagandas habrán de fallar si no se empieza por el cultivo de la planta "hombre", cuyo suelo nutritivo es la aldea. Sin entrar en la averiguación de si el nuestro puede o no llamarse un país esencialmente agrícola, tenemos que convenir en que sí es un país esencialmente rural. Somos puro ruralismo. Pero un ruralismo

al que le ha faltado y le falta todo gobierno moral y material. El tipo medio del trabajador ecuatoriano que es el campesino, en tales condiciones, no podía constituir sino un agro decadente. Nuestra economía, cuya raíz estuvo siempre en la agricultura, carecía de una base orgánica, puesto que no había la conciencia agrícola-económica de la comarca. Mientras se derrochaba lirismo en pro de una ilusoria incorporación del indio a la cultura nacional, con el mestizo de los campos, civilizable, hacíamos lo que hacíamos. Y justamente de actuar y avanzar con los elementos de nuestra realidad se trata. No vamos a hacer agricultura con unos labradores y unos hacendados imaginarios.

A propósito: se clama y declama contra "el gamonalismo". El sentido de este vocablo es inequívoco, cuando alude a lo consuetudinario de los abusos de la plutocracia terrateniente. Pero bueno es que advirtamos que se torna un contrasentido si se insinúa con él que el gamonal no debe ser factor contable en la reforma agraria. No podemos desasirnos del presente, a menos de moverse la discusión y aún la lucha en la región de las nubes. Escritos como el actual tienen, por esto, un obligado sabor de pedagogía política. Se inspiran en el concepto de que no hay manera de mejorar el destino de un pueblo si no se confía en la capacidad de cultura de sus hombres.

Claro está que, en esta inicial faena de convertir la inanimidad y pusilanidad aldeanas en comunión viva de los intereses locales, corresponde al poder público su parte de actividad. Gobierno y municipalidades deben preocuparse de los derechos humanos y sociales del campesinado: la escuela cuyo programa armonice con cada distrito rural, la inspección médico-sanitaria, alguna asistencia pública, alguna policía con sentido educador y no hostilizador, un sistemático empeño de que el día de fiesta alcohólico se convierta en saludable distracción y positivo descanso del trabajo semanal. Es inicuo que hayamos mantenido históricamente como modo de tal descanso el hacinamiento de indios y campesinos en chicherías y tabernas, de donde salen cada vez envenenados, para volver a sacar fuerzas de flaqueza durante los días de labor y de fatiga. Esto, si no van a ocupar un sitio en la cárcel parroquial o en un hospital provinciano.

Penetrado de que esta es nuestra interior miseria, termi-

no sosteniendo formalmente la tesis de que cuanto arbitremos en punto a la movilización de la tierra no tendrá mayor importancia si no damos prioridad al problema de la vitalización de la aldea. Cuando el chagra y el montuvio hayan apreciado el valor de vivir en comunidad civilizada, de tener un régimen tutelar en el Estado, los habremos ecuatorianizado; es decir, serán elementos conscientes y progresivos en la obra de la economía nacional.

Quito, diciembre de 1936.

CHACO

AURORA ESTRADA Y AYALA
DE RAMIREZ PEREZ

Trabajadores de la América nuestra
que huele a bosque, a río, a sol,
donde aun el viento puro como en el mar o en la montaña
limpia nuestras ciudades de madera,
pintadas como las alas de los colibríes,
del negro humear de la hulla en las chimeneas extranjeras,
porque ellas son aun al paisaje autóctono
precarias como debieron ser los templos cristianos,
bajo el sol de los imperios indios
en los primeros días de la conquista.



Trabajadores de la América nuestra,
hermanos de la atezada piel esculpida en cordilleras de músculos
por el esfuerzo rudo bajo la fragua del trópico;
en las canteras donde trizáis las piedras;
en los campos donde tendéis la cinta de las carreteras;
de un lado a otro de los Andes,
donde claváis las paralelas
de las locomotoras anuladoras de distancias;
sangrando los cauchales
para extraer la savia que han de transformar los hombres rubios
dueños del oro que da vida y muerte a los obreros;
extrayendo las arenas auríferas de los ríos,

hundiéndose en los socabones mineros:
oro.... hiezo,.... cobre,.... mármoles,.... platino,.... estaño....
venas maravillosas que bajo el obscuro barro de América
cristalizan su riqueza.



Trabajadores de América,
cargadores de los muelles, estivadores, lancheros,
obreros de nuestros puertos múltiples;
hombres semidesnudos y hambrientos de la United Fruit Co.,
carpinteros, albañiles, mecánicos
de nuestras ciudades nuevas,
que con madera, cemento y hierro orquestáis la sinfonía del trabajo
aprendiendo recién a levantar rascacielos!



Compañeros de América,
campesinos, hermanos,
que extraéis de las huertas enfermas el cacao
y adentrados en la selva hendéis con las hachas fulgurantes
los viejos árboles;
y curvados sobre la tierra arrojáis las semillas;
y que sabéis sonreír a los pequeños tallos que brotan de los surcos;
y os alegráis cuando amanecen los cafetos en flor;
y ponéis ternura en las manos cosechadoras
de la inocencia hecha copos del algodónero;
que tembláis cuando el viento aulla entre las espigas
del trigo y el arroz;
que amáis el verde tierno de los maizales
y el más suave de la caña de azúcar,
cultivando en las verdes extensiones agrarias
la dulzura del plátano y el oro de los naranjos
y del corazón de la montaña
mandáis a nuestros puertos
el caucho y el marfil vegetal;
carboneros humildes, leñadores de las costas bravas.
Labradores de América,
sembradores de los campos ajenos!



Trabajadores de la América nuestra,
 indios de los campos andinos;
 llorando aun los imperios destruidos
 en la música de los rondadores y las queñas;
 obreros negros nacidos bajo el mismo sol;
 maestros, juventud estremecida de esperanzas en llamas,
 callad! callad la sinfonía inefable del trabajo
 el himno que no pueden aprisionar los pentagramas
 porque es la sinfonía polifona de nuestras herramientas laboriosas!
 cerrad los libros! apagad la lámpara de los sueños inútiles
 porque abriendo caminos a través de las fronteras y los cielos de
 (nuestros pueblos
 las flechas del sonido, hechas alarido de bronce en la voz de las
 (campañas,
 rompe la curz de los horizontes llamando a rebato.

Y ese clamoreo de campanas,
 multiplicado en ecos por los vientos de la selva y de los páramos,
 llega al corazón de nuestras ciudades,
 rueda por nuestros valles luminosos,
 se extiende a lo largo de nuestras playas oceánicas
 y va más allá de los mares,
 como un llamado de angustia
 hacia los hombres de todas las razas,
 trenzando vibraciones de carnes rasgadas
 a las vibraciones de la tierra!

En la opresora soledad de la yungla americana,
 sobre la desnuda aridez de las tierras del Chaco,
 donde hasta las plantas languidecen bajo el extenuante clima
 y los hombres y las bestias enloquecen con el aliento del trópico;
 sobre el Chaco hostil como un nido de avispas
 erizado ásperamente,
 manos asesinas encendieron la hoguera de la guerra.

Standard Oil, Royal Dutch...

—los trusts imperialistas que quieren repartirse América—
 avivando el incendio pavoroso con leños humanos:
 los trabajadores de los campos y las ciudades de Paraguay y Bolivia!

Es que el suelo del Chaco es como una esponja de Petróleo!
Y los penachos del oro negro que corre en la entraña de América
no pueden erguir sus palmeras líquidas al cielo
sin atraer la codicia de los hombres rubios del norte
y de allende el mar!
Es que nuestra propia riqueza nos estrangula!
Es que de norte a sur
cada metro cuadrado de América
está empeñado a los capitalistas gringos!
Es que las veinte banderas que enarbolan nuestras tierras
cobijan libertades abstractas.—
Es que el estaño y el petróleo
los bosques, los ríos y los metales de nuestros suelos
no nos pertenece ya!

Ahora la tierra del Chaco no es sólo una esponja de petróleo,
porque la sangre de los soldados uruguayos
y la sangre de los soldados bolivianos
se ha regado como lluvia en cien combates
por los que creyeron defender a sus patrias!
Y esos soldados eran hombres con manos trabajadoras,
tenían dentro del pecho corazones tiernos
como pequeñas lámparas de emoción humana
alumbrando el recuerdo, cristal empañado en vaho de llanto
cabezas con nieve de años, labios amados, sonrisas de niño...

Pero ellos quedaron con los brazos en cruz
y un hueco, por el que huyó la vida, en la carne inerte,
sobre la tierra hostil.

Otros, perdidos en el mar verde de la selva,
entre el silbido de las serpientes
y el aullar de las fieras,
con la piel acribillada por los insectos venenosos;
hambrientos,
enloquecidos de sed,
mascando hasta los cactus espinosos para apagarla
y con un rictus trágico en los rostros,
los ojos desorbitados por la angustia,
arañando la tierra indiferente,
dejaron la vida como los árboles que mueren bajo las hachas asesinas.

A m é r i c a — — — — 61 — —

Centenares de trabajadores han muerto en las tierras del Chaco;
ellos saben ya que es lo que las armas que les dieron defienden . . .
Cada gota de sangre es una campana clamando bajo el cielo de América!
Los muertos quieren armar de odio nuestros corazones dormidos!..

Camaradas, mirad como la sangre de los muertos se extiende . . .
Es una marea roja que quiere arrastrar las 20 banderas que se yerguen
(en las fronteras . . .
Es una roja marea que borrará los colores de esas banderas...

Chaco Boreal:
Standard Oil Rockefeller,
Royal Dutch
Petróleo!
Petróleo!

POETAS FRANCESES DE HOY

Traducción y notas
de Jorge Carrera Andrade.

POEMAS DE PAUL ELUARD

XIV

Al asalto de los jardines
Las estaciones están en todas partes a la vez
Pasión del estío por el invierno
Y la ternura de las dos otras
Los recuerdos como las plumas
Los árboles han roto el cielo
Una bella encina malograda de bruma
La vida de los pájaros o la vida de las plumas
Y todo un penacho frívolo
Con miedos sonrientes
Y la soledad charlatana.

IX

La sublevación de la nieve
Que sucumbe pronto, de un solo golpe de sombra
Apenas el tiempo necesario para aproximar a los muertos del olvido
Y hacer palidecer la tierra.

En los escalones de los torrentes
Niñas de cristal con sienas frescas
Pequeñas que florecen y débiles que sonríen
Para provecho del agua seducen a la luz.

Caídas del sol, auroras líquidas.

Y cuando sus besos se vuelven invisibles
ellas van a dormir en las fauces de los leones.

IV

Te lo he dicho por las nubes
Te lo he dicho por el árbol del mar
Por cada ola por los pájaros en las hojas
Por los guijarros del ruido
Por las manos familiares
Por el ojo que se vuelve rostro o paisaje
Y el sueño le devuelve el cielo de su color
Por toda la noche bebida
Por la parrilla de las rutas
Por la ventana abierta por una frente descubierta
Te lo he dicho por tus pensamientos por tus palabras
Toda caricia toda confianza se sobreviven.

III

Omnipotentes signos del deseo
Ojos graves recién nacidos
Para suprimir la luz
El arco de tus senos tendido por un ciego
Que se recuerda de tus manos
Tu débil cabellera
Y en el río ignorante de tu cabeza
Caricias al filo de la piel.

Y tu boca que se calla
Puede probar lo imposible.

DE UN LUMINOSO SEPTIEMBRE

DE ILARIE VORONCA

La calle iluminada por los rostros que esperan
¿Qué llegada feliz es esta a las puertas de la ciudad?
¿Qué convoyes de florestas cantantes? Qué navios de abundancia?
(Y las palabras
Como mástiles, con sus velas de pensamiento: "el buen tiempo se
(acercá."

Pues más dulce que la alegría es la espera de la alegría. Más dulce
Que la fiesta es la víspera febril que la prepara. Más intensa
que la cosa cumplida es la esperanza que la anuncia
y esta certidumbre de que cada uno tendrá su parte de felicidad.

¿Es el sol tranquilo de septiembre que recuerda la primavera
y vuelve tan confiado el corazón del hombre? Pues cada uno
parece saber un secreto maravilloso. Ah! los saludos, las sonrisas
y esas voces tan afables que vienen de las cosas.

Yo amo esta multitud que me rodea como un mar amigo
Y estas ventanas que las risas alumbran. Y este pan
vaporoso y matinal, partido por las manos de mi hermano el hombre
al que ilumina esta gratitud que colma luego la ciudad, el cielo.

Espera transparente como el grano de uva. ¿Qué hay ahora
que no es como todos los días? Hasta los harapos
del mendigo tienen reflejos de fiesta. Príncipes y reyes
se detienen a nuestras puertas. Y todo rostro se vuelve humano y bello
y se ilumina con esta gratitud que colma luego la ciudad, el cielo.

¿Es el espíritu de las cosas que ocupa el lugar de ellas? Los nombres
irradian en los labios. Y toda cosa
se entrega al que la nombra. En el aire
un presentimiento de dicha tiembla como un jardín.

Pues el día madura con prudencia. Se descargan
las cosechas del alba: perlas, esponjas se amontonan
sobre las plazas abiertas. Por encima de las murallas
el mar iza sus banderas de paz y de alegría.

Y la ciudad empavesada de rostros felices
como un barco gigante lleno de músicas
va al encuentro de su tarde. Los tilos
exhalan su aroma como un canto generoso.

El alba como una marea sube o desciende entre los hombres
dejando las bellas conchas de las palabras secretas.
La esperanza viene también de ese humo de los navíos que parten
y de estos muelles frecuentados por los soles de la partida.

Miraje, Miraje de la primavera a través del vidrio humoso del otoño.
Y estos hombres que hablan afectuosamente en voz baja. Y estas calles
que esperan un luminoso convoy. Y de pronto
la lluvia que une el cielo con el lodo.

NOTAS.—PAUL ELUARD

Nació en San Denis el 14 de Diciembre de 1895. Tiene, pues, cuarenta y un años. La mitad de su vida la ha pasado en esas escaramuzas felices del surrealismo con Breton, Benjamin Peret, Luis Aragón —que acaba de obtener un gran triunfo con su última novela "Les Beaux Quartiers"—, Max Ernest, y todos esos altos espíritus que han descubierto un nuevo mundo poético. Eluard ha publicado numerosos libros, entre los que se destacan "Capital del Dolor", "Los Animales y sus hombres", "La rosa pública". Una nueva poesía de amor, una nueva ternura, un nuevo y fino sentimiento poblado de imágenes virginales: tal es el aporte de este poeta a la producción lírica de nuestro tiempo. Más que ningún otro, Eluard representa un arte delicado y, en cierta manera, hermético, penetrante de ciencia sutil.

ILARIE VORONCA

Si se considera a Paul Eluard como uno de los polos de la poesía novísima, el otro polo es, sin duda alguna, Ilarie Voronca, poeta de la vida colectiva, de los trabajos y los días de los hombres de este siglo. Voronca es rumano; pero escribe en francés sus poemas, cordiales y exaltados como himnos. Su libro "La Poesía Común" es un ejemplo de poesía social, de auténtica inquietud moderna, sin ese tono de manifiesto político a que nos tiene acostumbrados cierta lírica de estos años. "Yo fui ese hombre errante que por vestidos tiene tan sólo luz y lluvia", dice el poeta. Y luego habla de su vista "cargada de cosas de este mundo como aguas de un vivero". Su arte ennoblece los menudos sucesos del vivir diario, los actos humanos que parecen desprovistos de significación y que él los reviste de importancia simbólica, la fraternidad de las masas, la esperanza en el advenimiento de mejores tiempos.

Eluard y Voronca son los dos rumbos más seguros de la poesía francesa de hoy. Mientras el primero es el explorador afortunado del subconciente, el segundo es el camarada sencillo que canta en medio de la multitud.

DOS POEMAS

AUGUSTO SACOTTO ARIAS

OBELISCO A TU ENCUENTRO

Sin más plano que el júbilo
y sin otro cincel que la sangre en el pulso
y una piedra de sueños crecida como niña con el labio nocturno:
míralo —¡ya se yergue!—,
desalojando un aire de moradas avispas, taciturnas,
este obelisco diáfano a tu encuentro!

En qué yedra pulisteis tu pie silencioso,
en qué caída citara tu aliento apagaste:
que hasta una gacela, tranquila,
habría rumiado a tu contorno los últimos tréboles.
Porque habéis llegado imperceptible
sin siquiera ese anuncio casi angélico
de un nuevo añil al pétalo o de una perla a la ola.
Desde el mástil del llanto estuvisteis buscándome.
Ya eres Tú!

Tu palabra, que es luz en reposo
sobre el puente de néctares de una abeja en el aire,
tu silencio que Goya distribuye
entre colores que tu risa inventa,
tu cabellera que es el ámbito de la violeta de la noche,
y como en la Esperanza, tu ceño de ninfa.
Ah ... es que me tiendes tu muñeca izquierda
como para una pulsera inmortal!

Y ahora que te coronan
de preguntas como girasoles
las cien niñas de música que hacen blanquear mis sienas:
sobre el agua y el humo y las campanas,
sobre la eternidad y las brújulas:
con qué segura mano
nos devuelves el perfil exacto.
con qué energía inédita multiplicas las llamas
en nuestra mustia voluntad callada.
Sólo una gota de tu sangre basta
para alumbrar los mitos más difíciles y trenzar las raíces del jugoso
(canto!

Oh estrella de mar ya tenéis
quien ilumine vuestra ahogada geometría lóbrega,
flor de la soledad quien bese tu semilla.
quien tu sueño divulgue, caracol.
Porque todas las sales de la Tierra
ya no son en la alquimia de mi gozo recién descubierto
frente a unos ojos niños!

ELEGIA DEL
NEGRITO EXTRAVIADO

(A Loly Martínez)

Aun la más fuerte mariposa blanca
habría temblado
frente a ese helecho negro en alaridos,
que era Luzbel, el negrito extraviado:
en esa esquina de arrabal
donde siempre
es la madrugada un nudo azul
que desatan los pájaros.

Cómo subían por el aire.
¡cómo subían!
en centenar de llamas finas
los alaridos de Luzbel, el negrito extraviado,

desde la última hilacha de la tela púrpura
de su overolillo.

Daba vueltas de trompo
en la esquina,
haciendo aún más jazmín el blanco del ojo
de tanto clavarlo en las puertas,
en esa puerta que una mujer negra
pudiera hacer girar
¡sonriéndolo!

¡Ay! si no fuera duro
comparar a un murciélago extraviado en la luz
con tan hermoso niño negro,
yo diría:
que se atormentaba
igual que aquél frente a las puertas
mientras los niños de arrabal, gozosos,
entintan sus cuadernos ¡cazándolo!

Porque ya sonaba la primera ronda
de escolares del barrio
—aunque no suena el pie descalzo
ni el silbo de hambre—,
y en diez ojillos bailaba la imagen
de Luzbel, el negrito extraviado,
que iba
a servirles de juguete negro,
¡a pesar de sus lágrimas!

Acaso recelando de sus dientes menudos
—púas de azúcar
en una flor de cólera—,
lo cercaron;
pero con la soberanía que la mano blanca
sobre la piel negra se atribuye:
uno se gozaba en la estadística
de los anillos de su pelo;
otro repasaba la lección de la víspera
en las dos bolas de abaco
de sus rebeldes puños...;
todos:
¡martirizando su estatura negra de 3 años!

¡Ah! si supieran
de su suerte de amarga gota de tinta,
de la miseria de su madre —lavandera negra—,
que en cada madrugada
con sus tres niños negros era un cabo de noche
en la lavandería.
Y qué fiera espuma mojaba su alma
cuando
una compañera la insinuaba:
"Compañera negra es usted pobre
y aquí hay varios señores
que en oro compran niños negros."
Porque nunca
sentía tan ágil
la ancha palma rosada de su mano de luto
para seguir torciendo en gotas de salario
aluviones de lino,
porque toda la savia maternal del mundo
era canto en su entraña
y eran
tres rostros negros
todo el zodiaco de su alma.

Un joven ebanista
—¡qué dorada alma de ebanista
al abrazarse a una viruta de ébano!—
conducía a Luzbel, el negrito extraviado,
a la lavandería
que en candelada súbita de besos
secaría su llanto...!

Alborada
en la que niños de oro soñaban en su cuna
—gran flor de pluma—
el sueño blanco:
¡humillar a los negros más allá de su sombra!

Quito, enero de 1937.

Del libro inédito: "El Porvenir del Humo".

AMOR DE ESCLAVOS

HIPATIA CARDENAS
DE BUSTAMANTE

En fin, estaría escrito.
Por sobre esa ley, ¿qué alcanza
Ninguna loca esperanza,
Solo por loca tenaz?
Dadme el cáliz, que es en vano,
Destino, contra el torrente
Oponer altiva frente,
Y hágase tu voluntad.

Alejandro Cárdenas

E L L A

Allá, metida en la aldehuela, que se refugia en la cumbre de los Andes, está ella triste, muy triste, entregada a un dolor insano. Se niega a creer en que Dios es bueno y se empeña en renegar de la crueldad de su destino. Su mente en llamas, lumbraradas de locura, reducen a cenizas la selva de ideas y, simplificando y despejando el horizonte, se pregunta: ¿por qué, si Dios existe, me arrancan de los brazos de mi amado? ¿Acaso El no puede impedir que queden sin luz mis ojos y sin aliento mi existencia? ¿qué mal he hecho para que me priven de sus tiernas caricias y sus dulces besos? Y, silenciosa y hosca, se arrincona o se aleja buscando parajes escondidos donde fue tan feliz un día!...

La naturaleza, madre clemente y acogedora para los que sufren, finge en el viento la voz del amado y le da la ilusión de volver a oír la cadencia melodiosa que columpiaba su alma en infinita sensación de dicha. Momentos fugitivos que aprisionan una eternidad y que dan la impresión de lo que podía ser la vida si la vida fuese amor, si en ella no irrumpiesen, asoladoras, las ráfagas de brutalidad que se cruzan por todos los caminos y tronchan sin misericordia la fragilidad del ensueño, la finura de la flor, las lucecillas que el soplo vital enciende para romper el frío y la tiniebla del no ser. Toda sensibilidad, todo sentimiento, toda ansia de amor y sed de dicha, la enamorada se tiende, ávida de beber en el aire y en la luz, el secreto vital y cierra los ojos, todos los sentidos y toda el alma a cuanto en el destino la contraría y le clausura y ciega las fuentes del amor!...

E L

Las palmas señoriales se mecen cual abanicos en manos de princesas; al caer la tarde llegan brisas del mar que refrescan el aire bochornoso y cálido de la ciudad tropical; los jardines exhalan perfumes exitantes y en el aire se siente como una canción triste y exótica de ritmo melancólico.

Bajo las palmas descansa un hombre joven abrumado de calor, con la mirada vaga, perdida en la lejanía; su frente, está coronada de rizos rociados de sudor, sus labios carnosos están comprimidos por un rictus de angustia. Bien se ve que sufre. Sus pupilas añoran la nieve de las montañas, todo su pensamiento está allá, en la pequeña aldehuela que se asienta en la cumbre de los Andes. Alejado brutalmente de lo que le hacía feliz y daba sabor y color a su vida, sufre y llora, pero, en equilibrio todavía su mente y su ánimo, cree en Dios, se aferra a su fe y vive en la esperanza de que algún día ha de volver; es joven y fuerte y aún cree en la libertad y aún cree en que vencerá y dominará al destino a fuerza de voluntad. Ni por un momento piensa que haya esclavitudes que sólo terminan con la muerte.... No quiere imaginar siquiera que siempre haya de prevalecer la bárbara ley del más fuerte y cree firmemente en que en el mundo existe justicia. Una campana le saca de sus sueños y le recuerda su cautiverio.

Lanza un suspiro y siente en el pecho una ola rugiente de algo como odio... y, sin embargo, inclina la frente, se le empañan los ojos de lágrimas y murmurando el nombre de ella se aleja pensando: ¿cómo ha de ser? ¿por qué me destinarían tan lejos del sueño dorado de mi vida? ¿por qué es el mundo así, donde eso que llaman el deber, la ley, se impone siempre para hostilizarnos y ahogar en nosotros el brote íntimo, henchido de nuestra savia, en que habríamos de florecer? ¿por qué somos juguetes de fuerzas extrañas que nos maltratan y nos desvían de nuestro propio ser y anhelo? Y, hombre, se empeñaba en luchar, en confiar, en decirse: no importa, nos amaremos, nos seguiremos amando, siempre, siempre...

Pero el aire cálido del trópico, al mecer las palmas, murmuraba: jamás la volverás a ver, jamás!!...

Quito, diciembre de 1936.

CHILE. EN EL PANORAMA DE AMERICA

AMANDA LABARCA H.

CARACTERISTICAS ESPECIFICAS DE NUESTROS PROBLEMAS SOCIALES

Retorno de un viaje por las Repúblicas hermanas. Sali llevando muy adentro de mi misma la orgullosa convicción de que Chile es "distinto" y los chilenos, "superiores" a los otros pueblos del continente. Lo que he visto a lo largo de la Costa del Pacífico, desde el Perú a México, me ha convencido de que esa superioridad no es tan absoluta, porque cada nación posee algún rasgo de que enorgullecerse con justicia y porque a todos, absolutamente a todos, nos deprimen idénticas miserias. He regresado no menos chilena, pero sí más americana.

Sus problemas sociales difieren ligeramente en alcance y extensión, pero qué iguales se presentan en sus causas, en su contenido histórico y en la influencia que están ejerciendo!

Son fenómenos comunes a todos, fundamentales, genuina y específicamente indo-ibéricos. No se producen hoy en parte alguna del espacio en la forma como aquí se dan. Europa y Asia moderna los desconocen.

Los sud-americanos tendemos a viajar por Europa y los Estados Unidos, metas de perfección para nuestras mentalidades criollas. Y fijos los ojos allí, vivimos dando la espalda a nuestros vecinos. Nos ignoramos recíprocamente, cuando no reñimos o nos desdeñamos en virtud de prejuicios o resentimientos minúsculos. Sin embargo, quien desee darse cuenta de la verdad de su pueblo, debería primero echar una mirada a su prójimo que es también su prójimo.

Gracias a la generosa atención de sus gobiernos e instituciones docentes, he visitado en estos dos últimos años las naciones costaneras del Pacífico, desde Chile hasta México inclusive, pasando por Ecuador, Colombia, Panamá, Cuba, Guatemala y Costa Rica. Y he de confesar que ni mis continuas peregrinaciones por Yankilandia, ni mis visitas a Europa me han servido más que estos viajes para esclarecer, limitar y quién sabe si definir conceptos sobre los problemas palpitantes de este Chile de hoy.

El clima social europeo, el relieve con que se manifiesta la vida popular en la República de Wáshington son tan diversos a los ibero-americanos, que nos inducen a error cuando los proyectamos sobre el nuestro. En cambio, los de las naciones fraternas son esencialmente semejantes. Hibridación étnica y social incompleta, población insuficiente dada la extensión del territorio, miseria profunda en las clases populares, ausentismo espiritual o material en las superiores y producción menor que la necesaria para costear el progreso de las masas, se hallan en todos. Y al verles repetidos, es posible estudiarlos en su conjunto, porque se dan iguales, y analizarlos en detalle, porque cada nación los produce con el tono propio a su matiz étnico y geo-físico.

Hoy, que desde diversos sectores se analiza el contenido social de nuestras doctrinas políticas, me ha parecido de interés nacional aportar el contingente de esta visión panorámica, haciendo que nos arroje su luz sobre la cuestión chilena.

HIBRIDACION INCOMPLETA Y CONSECUENCIAS DEL MESTIZAJE

El fenómeno fundamental de la vida de estas naciones, el primero en importancia y aparición cronológica es el mestizaje del europeo-español con el indio americano. Mezcla que

no debe juzgarse sólo como una hibridación de sangre, sino también de temperamentos, de técnicas de civilización, tradiciones e ideales de vida.

En Sud-América esta hibridación de diversos factores es un **proceso inconcluso**. He aquí un fenómeno propio, característico, específico de estas sociedades, que no pesa en Europa moderna, que allí no influye para nada y que aquí los fundamenta a todos. El solo basta para diferenciarnos. La hibridación total no termina aun, ni siquiera en Chile, en donde por causas a las que nos referimos después, el proceso ha sido más rápido. En el Perú y el Ecuador el elemento indígena puro alcanza al 30 % de la población total; en Bolivia al 50%; en México al 25%. En Cuba, en Panamá, en las costas bajas de Colombia y de casi todos los países tropicales se complica con la mezcla africana. Diversos matices. Un problema fundamental: la hibridación inconclusa.

Da por resultado la existencia simultánea de dos capas sociales que se hallan, como si dijéramos, en los dos extremos de la gama de los colores: arriba una que blasona de blanca inmaculada; abajo una cobriza pura. Entre ambas una serie de matices entre los cuales es bien difícil dibujar la línea divisoria, matices que en ciertas regiones han quedado estáticos y en otras se animan de una tendencia grande hacia el blanqueamiento.

La conquista imprimió a esas capas sociales la conciencia de superioridad a una; de inferioridad a la otra. La colonia elevó esa disparidad al rango de un dogma jurídico y extrajo de ello consecuencias legales, económicas y políticas de todo orden. Las repúblicas, en la letra de sus cartas, pretendieron abolirla; en el hecho han sufrido sus consecuencias, de tal modo que aun hoy las democracias —conciencia de relativa igualdad— no se asientan con firmeza en ninguna.

La superioridad tomó formas de protección patriarcal en ciertos casos, de romántica piedad por el indio o el pueblo en muy pocos; de indiferencia, desdén o explotación material en muchos.

Por su parte, los grupos inferiores no discutieron sino muy raramente su condición. Sometidos en la conquista, sus hijos la han soportado sin rebeldías interiores durante siglos en la mayor parte de América. Se exceptúa Chile.

EL CASO DE CHILE EN
ESTE PROBLEMA AMERICANO

Insinuábamos al comenzar que siendo los razgos sociales básicos iguales en toda Indo-América, los detalles diferían. En Chile, el mestizaje nutre —como en todas estas naciones— las raíces más profundas de su raza, pero se ha dado con caracteres suigénérís

En primer lugar, la familia autóctona era poco densa. Se calcula que en la Zona Central no habitaban más de 1'300,000 indígenas a la llegada de los españoles, contra diez millones a que ascendían los súbditos de la altiplanicie cuzqueña. No florecían, pues, aquí razas compactas. En segundo lugar, el araucano no se sometió, y ello introdujo elementos únicos en el proceso de formación. Obligó al castellano a mantenerse durante tres siglos con el arma al brazo, a traer periódica y continuamente refuerzos de soldados blancos para la guerra, y a valerse de mestizos para las labores agrícolas y mineras indispensables.

Al empuje de los tercios españoles, el indio retrocedía, pero no acataba la servidumbre ni permanecía adherido a la gleba de sus mayores. El elemento nativo que allí quedaba era la india, manceba del castellano, madre de los mestizos.

El primer cruzamiento en los años de la conquista, se efectuó entre el español y la india, pero en el siglo XVII —al decir de todas las autoridades históricas— ya no había indios puros en el Norte del Valle Central, ni se hablaban sus dialectos. Las nupcias verificábanse entre español o mestizo con mestiza. Y el nuevo soldado que estaba trayendo siempre la guerra, intensificaba este proceso de blanqueamiento.

Siendo la frontera el límite de la tierra definitivamente arrebatada al nativo, y como éste retrocedía lustro a lustro, se formaba en el corazón de la tierra chilena una clase popular casi tan blanca como lo era la superior. Ello explica la homogeneidad de nuestra población, el movimiento ascensional que siempre ha tenido y el por qué a medida que nos trasladamos hacia el Sur, el hombre del pueblo va tornándose más cobrizo. El antepasado indígena se halla más cercano en el tiempo. En los alrededores de Temuco y más al Sur

el araucano existe al lado del blanco en pleno proceso de hibridación.

Es verdad que ese elemento alcanza apenas el 2% de nuestra población total. Ello explica por qué el chileno no advierte que influyen sobre su destino actual las consecuencias del mestizaje y tiende a considerar su raza "distinta" y "superior". Mas en la mezcla no intervienen exclusivamente la sangre, sino también las costumbres. Esto se discierne con extrema claridad cuando se observa el panorama total de América. Los otros elementos que concurren en la hibridación: temperamentos, tradiciones, técnicas de trabajo, ideales de vida no difieren en la clase popular de Chile ni son superiores a los del resto del continente. Sobre esos factores predominó la mujer autóctona. En Chile era la india, madre del mestizo, la que se quedaba en el hogar cuando sus compañeros, peleando en emboscadas, defendían palmo a palmo la frontera. Mas conservadora, menos expuesta a las influencias venidas del contacto con técnicas de trabajo civilizado, sin instrucción sistemática alguna durante la colonia, es lógico que imprimiese su sello ancestral sobre cuanto crecía a su alrededor.

Por cualesquiera de los países de la vertiente occidental de los Andes por donde deambulamos —llámense Chile, Perú, Ecuador, Panamá o Colombia— las formas de vida popular que se encuentran son esencialmente indígenas. En todas partes la habitación es la misma: rancho, choza o bohío de paredes de hojas, tallos o troncos, revestidos o no de barro, en que alojan hombres, mujeres, niños y animales domésticos. Son iguales las supersticiones referentes a la salud, a la práctica de ensalmos, conjuros, bebedizos y hechicerías; el mismo desaseo, idéntica inclinación a la borrachera: pulque, chicha, coca, o aguardiente; igual sub-alimentación, fruto en algunas regiones no de la falta de alimento, sino de su inadecuado empleo; inferioridad sumisa en la mayoría; rebelión interior sólo en excepciones señeras; fatalismo y pereza en casi todos.

Y mientras la clase alta se supone blanca y tiende a lo europeo, las estratas ínfimas hunden sus raíces en lo primitivo autóctono.

Conclusión primera: que en estos países, a causa del mestizaje inconcluso —no se ha plasmado un cuerpo nacional

homogéneo; las dos entidades superpuestas carecen, por lo general, de comunidad de intereses, de costumbres y de ideales de vida. Son divergentes, lo que dificulta la formación de una conciencia nacional robusta, con honda confianza en sus destinos, con solidaridad estrecha entre los diversos grupos. Somos pueblos inconsistentes, blandos a toda influencia —benéfica o nociva— del exterior y, en general, gobernados por una clase que, con vestidos y ropajes ideológicos europeos, no ha podido ni deseado nunca considerar la hibridación de su cuerpo social, como si todavía quisiera ocultar la vergüenza de su madre india, complejo psíquico derivado del mestizaje, y que afecta por igual a todas las aristocracias de los países hermanos. Merece por su importancia, párrafo especial.

EL AUSENTISMO

Decíamos que el factor dominante en la estructura social americana es el mestizaje, factor específicamente nuestro que por no darse en las naciones europeas, nos diferencia de ellas de modo fundamental. En las líneas siguientes trato de esbozar someramente los efectos de la hibridación en las aristocracias indo-ibéricas.

Por casi todas sus familias de rancio abolengo, corren hilillos de sangre autóctona. Y aun aquellas que, por arribar a estos países en tiempos relativamente modernos, podrían jactarse de su pureza, son diferentes —sin que lo sepan y lo admitan— de sus parientes europeos; que no en vano se vive en un medio geográfico y social distintos.

Son criollos, mal que les pese. Si en ellos ha terminado la hibridación de sangre, conservan aun los rasgos psicológicos del mestizaje. Discrepantes. Contradictorios. Inquietos. Inconstantes. Orgullo del varón español; vergüenza de la antepasada indígena. Afán de singularizarse por su altivez aristócrata, para hacer olvidar el lado plebeyo. Sublimación idolátrica por lo europeo. Afán incontenible por lo lejano y desconocido: Europa. Desdén y olvido de lo próximo, lo nuestro, lo autóctono. Quieren vivir en europeo, a la moda de unas sociedades que imaginan conocer, porque han leído sobre ellas, de una civilización que les es ajena y que suponen el arquetipo de toda humana perfección.

Cuando gobiernan olvidan, por lo general, las realidades nativas. Se ciegan voluntariamente a ellas. Legislan y pretenden dirigir como si la nación estuviera compuesta exclusivamente de la clase más o menos blanca y culta a la que pertenecen. Importan sus instituciones de Francia, Inglaterra, Suiza o Alemania y si fracasan en el transplante, vuelven de nuevo a buscar en el Viejo Continente el modelo con que reemplazarlas. En toda Sud-América existe un grupo mucho más numeroso que lo que suponen los que nunca se apartaron del terruño, que viven de sus rentas en Europa. Se trasladan más que en viaje de descanso, placer, estudio o negocio, para avecindarse allí. Se imaginan que es una mala jugada del destino el que hayan tenido que nacer a este lado del charco y aceptar como compatriotas a la pleba mísera, mestiza o india. Esto es verdad en Ecuador como en Argentina, en Chile como en Guatemala. Así como las estratas infimas son parecidísimas en los países de América, de igual modo las más altas no muestran diferencias notables. Tan luego como heredan o amasan una fortuna de millones, llega el momento de ir a gastarla en París, Londres, Roma o Berlín. No importa que allí pasen a ser un Don Nadie, el rasta despreciable, el meteco o el blanco de las explotaciones. Todo eso no importa. Les urge alejarse de la mediocridad nacional, absorber el hálito lujoso, el refinado bienestar, el reflejo de una cultura ajena. El creso se halaga con la ilusión de que es más afín con el europeo que con sus connacionales. No solidariza con el porvenir de su raza y la miseria de su pueblo no le quita un momento de sueño. Las mayores riquezas de estas Américas estuvieron y continúan estando, en algunas partes, en manos de ausentistas. En otros términos, las fortunas máximas no han servido para costear el progreso de las regiones donde se dan, sino para incrementar el lujo europeo.

Las manifestaciones artísticas y culturales indo-americanas del siglo XIX descubren idéntica inclinación. Para que tuviesen lectores abundantes, las novelas habían de sucederse en la *Rue de l'Opera*, entre duques y marqueses. Sólo a fines del siglo se viene a encontrar un motivo digno de inspiración en lo criollo. Y mientras el artista europeo se afana por expresar el genio de su raza, por ser el vocero de los íntimos anhelos de su pueblo, el de aquí —sobre todo— en el

siglo último— se desvivía por imitar al francés, al español o al ruso. Ignoraba a su tierra. Era —de modo diverso— un ausentista. Si no en la realidad, en la ficción, se afanaba por vivir en Europa. Hay excepciones, naturalmente. En Chile se llaman Pérez Rosales y Jotabeche; en Argentina, Sarmiento; en el Perú, Ricardo Palma. Excepciones; de ningún modo la moda imperante. Los intelectuales suponíanse tanto más artistas y más sabios cuanto más desdeñaban el reducido medio suyo. Se plañían de estar desambientados, sufrían la nostalgia de los medios artísticos que les pintaban los libros e imaginábanse que en Europa, sí, les irían a comprender. Por otra parte, sin la consagración europea, tampoco les valorizaban sus connacionales.

Otro tanto en educación y en ciencias. Mientras los gobiernos encomendaban a sabios extranjeros, como Gay, Philippi, o Johow el estudio de los recursos naturales nativos, los universitarios criollos se daban a estudiar sistemas, ideologías y métodos europeos. Construían después sus elucubraciones a base, no de la realidad nacional que ignoraban, sino de lo que se escribía en París o Wáshington. Y en las discusiones académicas, cuando se trataba de implantar una novedad docente, lo primero que se inquiría era si ese ensayo había dado buen resultado con los niños franceses!

Igual cosa en política. Impera la fascinación de lo europeo. En Chile, importamos en 1810 la república democrática y de sufragio universal en un medio 90% analfabeto; después el liberalismo manchesteriano; más tarde la comuna autónoma; ahora el comunismo y sus contrarios. Es que toda la clase culta del país y con ella los dirigentes, no podían desprenderse de la servidumbre mental hacia lo europeo. Todavía no se dan cuenta de que estos países —nacidos del mestizaje y aún en pleno proceso de hibridación— son fundamental y completamente distintos en sus problemas esenciales de las sociedades europeas.

Imitación, imitación. Se llega a pensar si esa tendencia simiesca —regazo de la mentalidad infantil y adolescente— no sea una de las características fatales del criollo. Imitar es más sencillo que detenerse a buscar soluciones propias a fenómenos diferentes. Durante todo el sig'o XIX llevamos espejuelos europeos, ¿podremos ver alguna vez sin ellos?

En América, los grandes sucesos de la política aria, han

repercutido violentamente. No porque hubiera semejanza de condiciones, sino porque nuestras mentalidades oscilaban con esos cambios. Aquello que se aureolaba con el prestigio del triunfo era lo que aparecía lo mejor, lo que había que importar. No hay ideología, una hora triunfante en Europa, que no haya tenido aquí su eco; no hay doctrina política que no se haya ensayado —infructuosamente. Hasta ahora la realidad ha echado por tierra casi todos los regimenes que hemos copiado; pero en lugar de intentar alguno congruente con nuestro medio, estamos dispuestos a imitar de nuevo la próxima vez.

Ausentismo en las clases más adineradas y más cultas, imitación servil de lo europeo en las dirigentes, divergencia entre las populares y las aristocráticas. Desconocimiento del propio país. Este es el panorama del cual Chile no forma una excepción. Astrinjiría de pesimismo el ánimo, si no se advirtieran aquí y allá indicios esperanzados.

La reacción artística hacia lo nativo es decidora y apunta en toda América. "La Vorágine", "Don Segundo Sombra", "Huasipungo", "Los de Abajo", son ejemplos erguidos. En México, la revolución ha colocado lo autóctono en el primer plano de la conciencia nacional. El apra peruano manifiesta tendencia semejante.

Al mismo tiempo, urgencias económicas del último decenio están obligando a los pensadores, políticos y hombres de acción de estas tierras a echar la vista sobre su pueblo, a descubrir lo que antes pretendían ignorar. Y en toda América —no sólo en Chile— han descubierto que tenía pies y piernas hundidas en la miseria. Los más intuitivos se están dando cuenta de que existe, mal que les pese, una estrecha solidaridad de destinos entre el proletario y el aristócrata, y que de la comprensión entre ambos, de la justicia social para los dos, del bienestar y la dicha de todos va a depender la seguridad futura de vidas y haciendas. Dichoso aquel país en donde este cambio de mentalidad de la clase dirigente, se efectúe sin revolución sangrienta! Por desgracia, la aristocracia indo-ibérica, ausente de la realidad, habituada a no valorizarla, mira y no ve. Supone que como ayer y anteayer, el pueblo seguirá rumiando bovinamente su miseria.

LA MISERIA POPULAR

Durante el siglo XIX, los países nacidos del mestizaje basaron su riqueza en la extracción minera o agrícola. Ricas vetas metálicas, yacimientos carboníferos o salitreros, café en las hondonadas tibias, cacao en las tierras bajas y calientes; maderas preciosas en las selvas tropicales, caucho, bananos, caña de azúcar; cereales en la Argentina, lanas de Tierra de Fuego. Materias primas que, exportadas a países febriles, volvían transformadas en herramientas, telas, comestibles y utensilios.

Entre tanto que un país obtenga la mayoría de sus ingresos por concepto de exportación de materias primas, no requiere una clase popular con aptitud compradora ni poder adquisitivo. Por el contrario, mientras menos culto el pueblo, más bajos los jornales. Si la clase adinerada es la dirigente no se preocupará, sino por excepción, de corregir la miseria popular. De esa condición ínfima extrae pingües ganancias: diferencia entre lo que paga por la extracción y el precio en que vende el artículo en los mercados cultos extranjeros. La clase adinerada se alía de este modo al comercio internacional para explotar al nativo.

Tal es, en brevisima síntesis, la condición económica sobre la que se funda el retraso social de las masas indo-ibéricas. El fenómeno se repite en todos los países. Cambia un poco el matiz, nada más. En Chile, las sustancias mineras suplieron a las agrícolas. La circunstancia de hallarse las pampas del salitre en el desierto y de necesitar en las primeras formas de su explotación de un tipo de trabajador muy fuerte, obligó a sus amos a ofrecer altos salarios para obtener mano de obra. Mas, como no se le acompañaba de una educación adecuada para enaltecer a la vez el standard de vida, el beneficio económico no cuajó en frutos permanentes de progreso.

Llena está la literatura moderna de Indo-América de la explotación del nativo por el extractor de riquezas. Las caucherías establecieron en la Hoya del Amazonas una forma de esclavitud más despiadada que la de Liberia. Los servidores del cacao, del algodón, del café, de la caña de azúcar viven —aún hoy día— en cubiles de hojas de palma o de cañas,

durmiendo en girones inmundos, faltos de toda comodidad, defendiéndose con prácticas bárbaras contra la malaria, la anemia y la tuberculosis, como si no existieran ni la higiene ni la medicina preventiva en el mundo.

Si en Chile, la tuberculosis diezma a la familia urbana, si nos afrenta el tifus exantemático, hijo de la mugre y de la miseria sin remisión, en Panamá, la uncinariasis debilita a un 80% de la población campesina. Otro tanto en Colombia, con el añadido de que la lepra se cierne aún, como maldición de Jehová, sobre ciertas estratas infimas. En las costas bajas del Pacífico, desde Centro América hasta Arica, el paludismo desvitaliza a poblaciones enteras. Y en todas partes, sin excepción, el pueblo languidece bajo los efectos de una alimentación defectuosa. Parece increíble que aún allí —donde los frutos de la tierra se hallan al alcance de la mano— en Cuba, por ejemplo, en Panamá o Venezuela, el obrero urbano o rural no sepa, en algunos casos no pueda, alimentarse de modo de obtener una perfecta nutrición. Tengo a la mano el "Informe Roberst", de Panamá y el titulado "Problemas de la nueva Cuba", firmado por los expertos de la "Foreign Policy Association". En ambos se señala la deficiente nutrición popular como un serio obstáculo del progreso. "Nos vemos obligados —dice este último— a establecer la conclusión de que la dieta de las clases pobres del pueblo cubano fue de sólo el mínimo para mantenerse" (Pág. 89). Y no hace una semana que en los diarios de Santiago se dió como un suelto de crónica —¡y sin comentarios!— la noticia de que la Sociedad de las Naciones había oficiado al Gobierno de Chile dándole cuenta de que el comité de expertos que vino a estudiar el problema de la nutrición en Chile, había constatado que nuestro pueblo sufría de sub-alimentación crónica!

Miseria en todas partes. Más dolorosa en Chile, porque quien la sufre no es el zambo, ni el mulato, ni el indio pasivo, estático, de las altiplanicies andinas, sino el mestizo casi blanco—nuestro hermano—inteligente, rebelde, dotado de un-inextinguible impulso de ascensión. Más doloroso, porque el clima le obliga a absorber mayor número de calorías para nutrirse y usar más ropa para abrigarse. Y en ninguna parte, ni en las costas áridas del Perú, ni en la altiplanicie quiteña, ni en Ecuador, ni en las regiones mulatas de las costas calientes, se ve tal número de harapientos y de andrajosos co-

mo en Chile. Duele decirlo, pero ¡ay! es la tristísima verdad. El cargador de los puertos peruanos es, por lo general, un zambo sin mayor lujo de musculatura, pero va calzado y vestido. Una camisa de lienzo y un pantalón. No requieren más los campesinos del trópico. Su buen poncho, sus polleras de lanas multicolores, la india serrana. En donde quiera que se vaya en el Perú, en Bolivia, en el Ecuador, el indígena conserva su tradición de tejedor. Huelga que compre nada para vestirse, pues la llama, la vicuña o la oveja de su huertecillo, le suministran la materia prima. Nuestro campesino ha olvidado esa tradición; se ha habituado a comprar las telas para sus trajes, y el salario actual no le permite —como dijo una amiga costarricense que presenciaba nuestras fiestas populares del 18, en el Parque Cousiño— ni siquiera bailar con ropa limpia!

LA MISERIA EN CHILE

Sin embargo, en nuestro país el problema de la indigencia es muchísimo más vasto y complejo que en los otros de América. Y esta es una de las razones por qué dije en los primeros acápites que nuestra superioridad era muy relativa. Aquí no se trata de la condición popular únicamente. Sino de una pobreza general y crónica. Remito a mis lectores el libro de don Francisco Encina: "Nuestra inferioridad económica", al de Carlos Keller: "La eterna crisis chilena", al de Moisés Poblete Troncoso: "Problemas sociales y económicos de América Latina", a los estudios sobre economía publicados en los boletines de la "Unión Republicana", por don Adolfo Ibañez. Si el lector duda, allí quedará convencido de que no sólo ahora, ni por efectos de la crisis de ayer —sino desde la Colonia, somos un país que nunca produjo dinero suficiente para costear su progreso en la forma como lo deseaban sus gobernantes o lo requería angustiosamente su pueblo. Mientras que en los Estados Unidos el término de los ingresos anuales de que goza cada habitante es —después de la crisis— de 310 dólares, (antes fue de 794), en Chile apenas llega a 1.000 dólares, de nuestra moneda, es decir tenemos por término medio y tomando en cuenta todas las entradas: las de sueldos, salarios, intereses de propiedades, de bonos, ingresos del comercio e industria, etc. 3.000 pesos chilenos diarios para vivir!

Nuestros plutócratas son pobres de solemnidad al lado del argentino o del norteamericano. Los millones en pesos de uno o dos peniques se disuelven como azúcar en agua al transformarse en dólares o en libras. Según los datos de 1933, sólo hay 10192 personas en Chile que cuentan con una renta anual superior a S||. 20.000.—m|n.

Pobreza heredada de la colonia ¡cuando Chile no producía ni siquiera para costear el sueldo de sus empleados públicos! pobreza, santa seguramente para lograr el cielo y fomentar algunas virtudes, y desastrosa para convertir a Chile —en esta era— en un país de importancia en el continente.

Virtudes hemos tenido —y muy grandes— nacidas de esa madre venerable. No es la menor la honradez de la administración pública. Ninguna república de Norte y Sud América posee más noble tradición burocrática. Honradez acrisolada desde presidente a portero. En nuestros esmirriados caudales públicos es imposible que pasen inadvertidos el fraude o la malversación.

El afán busquilla y aventurero es otro buen hijo de la pobreza. Nos desalamos en pos de un bienestar soñado. Cogidos más de la esperanza que de la realidad, nos lanzamos en hora temprana a cateadores de minas, a navegantes, a colonizadores de zonas bravías.

Al lado de esas virtudes, cuántos defectos colectivos! Revelador estudio será para un psicólogo del porvenir éste de ahondar en la maraña de nuestro subconsciente. Acaso él nos pruebe que nace de la pobreza ambiente ese complejo de inferioridad que induce a los chilenos a vivir una existencia desacorde con sus medios económicos, a ostentar, sumiéndose en las deudas, una fortuna que falta. ¿Quiénes viven aquí en armonía con sus entradas? O se es avaro o se es despilfarrador. El término medio parece extraordinaria excepción. Somos, por lo general, implacables para atacar al individuo que va camino hacia arriba; dudamos de que su triunfo lo haya obtenido en buena lid. ¡Es tan difícil para todos hacer dinero, que cuesta mucho suponer que el otro ha obtenido honradamente lo que fue imposible para muchos! La riqueza fácil ofende el sentido de justicia de la masa paupérrima.

La tristeza incurable de las clases bajas, ¿no será antes que resultado de la mezcla étnica, el producto de la sub-ali-

mentación continua y de una vida de privaciones? ¿Cómo va a sonar alegre la carcajada de un ser fundamentalmente miserable? ¿Quién sabe si la alegría popular francesa no sea obra de aquel caldo de gallina con el que Enrique IV deseaba que se regalara todo ciudadano francés el día domingo!

LA INFLUENCIA INDUSTRIAL

Chile está pasando de la etapa de país exclusivamente exportador de materia prima a uno semi-industrial. La guerra europea, la crisis económica mundial, los altos muros aduaneros internacionales, la pérdida de los mercados del salitre chileno, el descenso del precio del cobre, todos esos factores nos han obligado a cambiar el giro de nuestra producción para sobrevivir a la bancarrota de 1931-32.

Cualquiera que sea la industria, comienza por desarrollarse en escala nacional. Sólo después que ha pasado su período de ensayo dentro del país va a competir a suelos lejanos. Toda la industria chilena ha tenido que estrellarse aquí contra la estrechez del mercado interno: falta de poder adquisitivo del pueblo y escasa población, es decir, principia a entrar en conflicto el interés de la clase terrateniente con la industrial y comerciante. A la primera, le conviene pagar salarios reducidísimos; la segunda no crece si esos salarios no aumentan. Es cuestión de vida o muerte para la industria contar con un pueblo de capacidad adquisitiva. El movimiento social de los últimos años, en que desde muchos sectores se clama por un mejoramiento de vida de las estratas populares es, en parte, la consecuencia de una necesidad industrial. No importa cual sea el producto elaborado: diarios, libros, medias de seda o sombreros de paño, la necesidad de un número considerable de gentes con dinero para adquirirlos, es la misma.

Sin embargo, Chile se halla en situación más fácil que sus repúblicas hermanas del Pacífico para franquear el paso de país productor de materias primas al de industrial, no sólo porque la naturaleza ha colocado a su alcance los anchos caminos comerciales del mar y la fuerza de las caídas de agua, sino porque, gracias a la política educacional del país durante el siglo pasado, a ese afán busquilla de que hablábamos

hace poco y al poder ascensional de las clases llanas, añade Chile una clase media relativamente culta, que no tienen en esa abundancia los otros países congéneres; y para la cual está elaborando hoy, mal que mal, nuestra industria incipiente.

Pero estrecha y dificulta inmensamente su desarrollo, a la vez, lo escaso de la población, la carencia de dinero en el pueblo y la incompreensión de la clase gobernante que es en su noventa por ciento agricultora. Atenta a su provecho inmediato, continúa sometiendo al campesinado a ración de desnudez y de hambre. Se colocan —sin darse cuenta de ello— en conflicto con la naciente clase industrial y con la raza que antes que nada requiere hombres sanos, fuertes y capaces de marchar con el ritmo acelerado del progreso moderno. Los hacendados que desde sus puestos de ministro, senador o diputado, se oponen a que se levanten los salarios hasta hacerlos compatibles con una nación más civilizada, tienen agonizante a la gallina de los huevos de oro: el pueblo. Le escasean salario y le facilitan alcohol; le escatiman vestidos y escuelas y han de abrir innúmeras casas de salud, cárceles, hospitales, refugios para tuberculosos, asilos para niños abandonados y huérfanos. Con criterio de avestruz, combaten la prédica comunista, forjan un mártir perseguido y un apóstol de cada demagogo, y al mismo tiempo crean un estado de pobreza, de rencor y de sentimiento de injusticia que nos lleva fatalmente a la revolución social.

Retornamos a lo que decíamos al comienzo. En sus líneas generales, los problemas de Chile son los mismos de todos estos países: hibridación incompleta que permite la coexistencia de estratas sociales heterogéneas en costumbres y técnicas de trabajo, y divergentes en ideales de vida, lo que dificulta la formación de un espíritu nacional entero, uniforme, cohesionado; b) la miseria de las clases bajas con su escuela de barbarie, desnutrición, ignorancia e imposibilidad de cooperar al rápido desarrollo que necesitan sus repúblicas; c) la desproporción que existe entre la amplitud del territorio y la escasa densidad de la población; d) la falta de producción suficiente para que el país se costee el alto precio del progreso; y e) como consecuencia, la pobreza general. La producción de estos países de la Costa del Pacífico apenas subvienen a las necesidades de la clase rica; desconocen el

confort general, el bienestar de las masas, el goce de vivir sano, la salud espiritual que engendran las esperanzas de un mejoramiento cierto, la alegría del que alimenta bien y tiene fe en sus propios destinos. Dan la impresión de esos seres atacados de parálisis infantil. Piensan, poetizan, escriben, viven con el cerebro, pero apenas se pueden mover. Les faltan músculos, piernas robustas para andar por el progreso del mundo, para vivir la vida amplia de una humanidad redimida.

Y la política, lejos de encarar estos problemas que son vitales, se da a imitar regímenes, soluciones, luchas políticas y rencores europeos. Ignora, desconoce la realidad.

(Continuará)

Santiago de Chile.

NOTAS SOBRE LA INTELIGENCIA AMERICANA (*)

ALFONSO REYES

Mis observaciones se limitan a lo que se llama la América latina. La necesidad de abreviar me obliga a ser ligero, confuso y exagerado hasta la caricatura. Sólo me corresponde provocar o desatar una conversación, sin pretender agotar el planteo de los problemas que se me ofrecen, y mucho menos aportar soluciones. Tengo la impresión de que, con el pretexto de América no hago más que cosquillear al paso algunos temas universales.

Hablar de civilización americana sería, en el caso, inoportuno: ello nos conduciría hacia las regiones arqueológicas que caen fuera de nuestro asunto. Hablar de cultura americana sería algo equivoco: ello nos haría pensar solamente en una rama del árbol de Europa trasplantada al suelo americano. En cambio, podemos hablar de la inteligencia americana, su visión de la vida y su acción en la vida. Esto nos permitirá definir, aunque sea provisionalmente, el matiz de América.

Nuestro drama tiene un escenario, un coro y un personaje. Por escenario no quiero ahora entender un espacio, sino

(*) Presentado en la 7ª conversación del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, en Buenos Aires.

más bien un tiempo, un tiempo en el sentido casi musical de la palabra: un compás, un ritmo. Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma en otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente. A veces, el salto es osado y la nueva forma tiene el aire de un alimento retirado del fuego antes de que alcance su plena cocción. La tradición ha pesado menos, y esto explica la audacia. Pero falta todavía saber si el ritmo europeo, —que procuramos alcanzar a grandes zancadas, no pudiendo emparejarlo a su paso medido—, es el único "tiempo" histórico posible, y nadie ha demostrado todavía que una cierta aceleración del proceso sea contra natura. Tal es el secreto de nuestra historia, de nuestra política, de nuestra vida, presididas por una consigna de improvisación. El coro: las poblaciones americanas se reclutan, principalmente, entre los antiguos elementos autóctonos, las masas ibéricas de conquistadores, misioneros y colonos, y las ulteriores aportaciones de inmigrantes europeos en general. Hay choques de sangres, problemas de mestizaje, esfuerzos de adaptación y absorción. Según las regiones, domina el tinte indio, el ibérico, el gris del mestizo, el blanco de la inmigración europea general, y aun las vastas manchas del africano traído en otros siglos a nuestro suelo por las antiguas administraciones coloniales. La gama admite todos los tonos. La laboriosa entraña de América va poco a poco mezclando esta sustancia heterogénea, y hoy por hoy, existe ya una humanidad americana característica, existe un espíritu americano. El actor o personaje, para nuestro argumento, viene aquí a ser la inteligencia.

La inteligencia americana va operando sobre una serie de disyuntivas. Cincuenta años después de la conquista española, es decir a primera generación, encontramos ya en México un modo de ser americano: bajo las influencias del nuevo ambiente, la nueva instalación económica, los roces con la sensibilidad del indio y el instinto de propiedad que nace de la ocupación anterior, aparece entre los mismos españoles de México un sentimiento de aristocracia indiana, que se entienda ya muy mal con el impulso arribista de los españoles recién venidos. Abundan al efecto los testimonios literarios: ya en la poesía satírica y popular de la época, ya en las observaciones sutiles de los sabios peninsulares, como Juan de

Cárdenas. La crítica literaria ha centrado este fenómeno, como en su foco luminoso, en la figura del dramaturgo mexicano don Juan Ruiz de Alarcón quien, a través de Corneille —que la pasó a Molière— tuvo la suerte de influir en la fórmula del moderno teatro de costumbres de Francia. Y lo que digo de México, por serme más familiar y conocido, podría decirse en mayor o menor grado del resto de nuestra América. En este resquemor incipiente latía ya el anhelo secular de las independencias americanas. Segunda disyuntiva: no bien se acaban las independencias, cuando aparece el inevitable conflicto entre americanistas e hispanistas, entre los que cargan el acento en la nueva realidad, y los que lo cargan en la antigua tradición. Sarmiento es, sobre todo, americanista. Bello es, sobre todo, hispanista. En México se recuerda cierta polémica entre el indio Ignacio Ramírez y el español Emilio Castelar que gira en torno a iguales motivos. Esta polémica muchas veces se tradujo en la historia por un duelo entre liberales y conservadores. La emancipación era tan reciente que ni el padre ni el hijo sabían todavía con llevarla de buen entendimiento. Y llegamos a la tercera disyuntiva: un polo está en Europa y otro en los Estados Unidos. De ambos recibimos inspiraciones. Nuestras utopías constitucionales combinan la filosofía política de Francia con el federalismo presidencial de los Estados Unidos. Las sirenas de Europa y las de Norteamérica cantan a la vez para nosotros. De un modo general, la inteligencia de nuestra América (sin negar por ello afinidades con las individualidades más selectas de la otra América) parece que encuentra en Europa una visión de lo humano más universal, más básica, más conforme con su propio sentir. Aparte de recelos históricos, por suerte cada vez menos justificados y que no se deben tocar aquí, no nos es simpática la tendencia hacia las segregaciones étnicas. Para no salir del mundo sajón, nos contenta la naturalidad con que un Chesterton, un Bernard Shaw contemplan a los pueblos de todos los climas, concediéndoles igual autenticidad humana. Lo mismo hace Gide en el Congo. No nos agrada considerar a ningún tipo humano como mera curiosidad o caso exótico divertido, porque ésta no es la base de la verdadera simpatía moral. Ya los primeros mentores de nuestra América, los misioneros, corderos de corazón de león, gente de terrible independencia, abraza-

ban con amor a los indios, prometiéndoles el mismo cielo que a ellos les era prometido. Ya los primeros conquistadores fundaban la igualdad en sus arrebatos de mestizaje: así, en las Antillas, Miguel Díaz y su Cacica, a quienes encontramos en las páginas de Juan de Castellanos; así aquel soldado, un tal Guerrero, que sin este rasgo sería oscuro, el cual se negó a seguir a los españoles de Cortés, porque estaba bien hallado entre indios y, como en el viejo romance español, "tenía mujer hermosa e hijos como una flor". Así, en el Brasil, los célebres Joao Ramalho y el Caramurú, que supieron encender el amor de las indias de S. Vicente y de Bahía. El mismo conquistador Cortés entra en el secreto de su conquista sobre el seno de Doña Marina, acaso allí aprende a enamorarse de su presa como nunca supieron hacerlo otros capitanes de corazón más frío (el César de las Galias) y empieza a dar albergue en su alma a ciertas ambiciones de autonomismo que, en el abrigo de la familia, había de comunicar a sus hijos, más tarde atormentados por conspirar contra la metrópoli española. La Iberia imperial, mucho más que administrarnos, no hacía otra cosa que irse desangrando sobre América. Por acá, en nuestras tierras, así seguimos considerando la vida: en sangría abierta y generosa.

Tal el escenario, el coro, el personaje. He dicho las principales disyuntivas de la conducta. Hablé de cierta consigna de improvisación, y tengo ahora que explicarme. La inteligencia americana es necesariamente menos especializada que la europea. Nuestra estructuración social así lo requiere. El escritor tiene aquí mayor vinculación social, desempeña generalmente varios oficios, raro es que logre ser un escritor puro, es casi siempre un escritor **más** otra cosa u otras cosas. Tal situación ofrece ventajas y desventajas. Las desventajas: llamada a la acción, la inteligencia descubre que el orden de la acción es el orden de la transacción, y en esto hay sufrimiento. Estorbada por las continuas urgencias, la producción intelectual es esporádica, la mente anda distraída. Las ventajas resultan de la misma condición del mundo contemporáneo. En la crisis, en el vuelco que a todos nos sacude hoy en día y que necesita del esfuerzo de todos, y singularmente de la inteligencia (a menos que nos resignáramos a dejar que sólo la ignorancia y la desesperación concurren a trazar los nuevos cuadros humanos), la inteligencia ameri-

cana está más avezada al aire de la calle; entre nosotros no hay, no puede haber torres de marfil. Esta nueva disyuntiva de ventajas y desventajas admite también una síntesis, un equilibrio que se resuelve en una peculiar manera de entender el trabajo intelectual como servicio público y como deber civilizador. Naturalmente que esto no anula, por fortuna, las posibilidades del paréntesis, del lujo del ocio literario puro, fuente en la que hay que volver a bañarse con una saludable frecuencia. Mientras que, en Europa, el paréntesis pudo ser lo normal. Nace el escritor europeo como en el piso más alto de la Torre de Eiffel. Un esfuerzo de pocos metros, y ya campea sobre las cimas mentales. Nace el escritor americano como en la región del fuego central. Después de un colosal esfuerzo, en que muchas veces le ayuda una vitalidad exacerbada que casi se parece al genio, apenas logra asomarse a la sobrehaz de la tierra. Oh colegas de Europa: bajo tal o cual mediocre americano se esconde a menudo un almacén de virtudes que merece ciertamente vuestra simpatía y vuestro estudio. Estimadlo, si os place, bajo el ángulo de aquella profesión superior a todas las otras que decía José Enrique Rodó: la profesión general de hombre. Bajo esta luz, no hay riesgo de que la ciencia se desvincule de los conjuntos, enfrascada en sus conquistas aisladas de un milímetro por un lado y otro milímetro por otro, peligro cuyas consecuencias tan lúcidamente nos describía Jules Romains en su discurso inaugural del P. E. N. Club. Por lo demás, yo no veo que en este peculiar matiz americano haya una amenaza de desvinculación. Muy al contrario, presiento que la inteligencia americana está llamada a desempeñar la más noble función complementaria: la de ir estableciendo síntesis, aunque sean provisionales y a veces resulten ligeras; la de ir aplicando prontamente los resultados, verificando el valor de la teoría en la carne viva de la acción. Por este camino, si la economía de Europa ya necesita de nosotros, también acabará por necesitarlos la misma inteligencia de Europa.

Para esta hermosa armonía que preveo, la inteligencia americana aporta una facilidad singular, porque nuestra mentalidad, a la vez que tan arraigada a nuestras tierras como ya lo he dicho, es naturalmente internacionalista. Esto se explica, no sólo porque nuestra América ofrezca condiciones para ser

el crisol de aquella futura "raza cósmica" que Vasconcelos ha soñado, sino también porque hemos tenido que ir a buscar nuestros instrumentos culturales en los grandes centros europeos, acostumbrándonos así a manejar las nociones extranjeras como si fueran cosa propia. En tanto que el europeo no ha necesitado de asomarse a América para construir su sistema del mundo, el americano estudia, conoce y practica a Europa desde la escuela primaria. De aquí una pintoresca consecuencia que señalo sin vanidad ni encono: en la balanza de los errores de detalle o incomprendiones parciales de los libros europeos que tratan de América y de los libros americanos que tratan de Europa, el saldo nos es favorable. Entre los escritores americanos es ya un secreto profesional el que la literatura europea equivoque frecuentemente las citas en nuestra lengua, la ortografía de nuestros nombres, nuestra geografía, etc. Nuestro internacionalismo, apoyado felizmente en la hermandad histórica que a tantas repúblicas nos une, determina en la inteligencia americana una innegable inclinación pacifista. Ella atraviesa y vence cada vez con mano más experta los conflictos armados y, en el orden internacional, se deja sentir hasta entre los grupos más contaminados por cierta belicosidad política a la moda. Ella facilitará el gracioso injerto con el idealismo pacifista que inspira a las más altas mentalidades norteamericanas. Nuestra América debe vivir como si se preparase siempre a realizar el sueño que su descubrimiento provocó entre los pensadores de Europa: el sueño de la utopía, de la república feliz, que prestaba singular calor a las páginas de Montaigne, cuando se acercaba a contemplar las sorpresas y las maravillas del Brasil.

En las nuevas literaturas americanas es bien perceptible un empeño de autoctonismo que merece todo nuestro respeto, sobre todo cuando no se queda en el fácil rasgo del color local, sino que procura echar la sonda hasta el seno de las realidades psicológicas. Esta comezón de pubertad rectifica aquella tristeza hereditaria, aquel mal sabor de boca con que nuestros mayores contemplaban el mundo, sintiéndose hijos del gran pecado original, de la *capitis diminutio* de ser americanos. Me permito aprovechar aquí una página que escribí hace seis años:

La inmediata generación que nos precede, todavía se sentía nacida dentro de la cárcel de varias fatalidades concén-

tricas. Los más pesimistas sentían así: en primer lugar, la primera gran fatalidad, que consistía desde luego en ser humanos, conforme a la sentencia del antiguo Sileno recogida por Calderón:

Porque el delito mayor
del hombre es haber nacido.

Dentro de éste, venía el segundo círculo, que consistía en haber llegado muy tarde a un mundo viejo. Aún no se apagaban los ecos de aquel romanticismo que el cubano Juan Clemente Zenea compendia en dos versos:

Mis tiempos son los de la antigua Roma,
y mis hermanos con la Grecia han muerto.

En el mundo de nuestras letras, un anacronismo sentimental dominaba a la gente media. Era el tercer círculo, encima de las desgracias de ser humano y ser moderno, la muy específica de ser americano; es decir, nacido y arraigado en un suelo que no era el foco actual de la civilización, sino una sucursal del mundo. Para usar una palabra de nuestra Victoria Ocampo, los abuelos se sentían "propietarios de un alma sin pasaporte". Y ya que se era americano, otro **handicap** en la carrera de la vida era ser latino o, en suma, de formación cultural latina. Era la época del **A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons?** Era la época de la sumisión al presente estado de las cosas, sin esperanzas de cambio definitivo ni fe en la redención. Sólo se oían las arengas de Rodó, nobles y candorosas. Ya que se pertenecía al orbe latino, nueva fatalidad dentro de él pertenecer al orbe hispánico. El viejo león hacía tiempo que andaba decaído. España parecía estar de vuelta de sus anteriores grandezas, escéptica y desvalida. Se había puesto el sol en sus dominios. Y, para colmo, el hispanoamericano no se entendía con España, como sucedía hasta hace poco, hasta antes del presente dolor que a todos nos hiere, entre muchos retardatarios que las dan de avanzados. Dentro del mundo hispánico, todavía veníamos a ser dialecto, derivación, cosa secundaria, sucursal otra vez: lo hispano-americano, nombre que se ata con guioncito como con cadena. Dentro de lo hispanoamericano, los que me quedan cerca todavía se lamentaban de haber nacido en la zona

cargada de indio: el indio, entonces, era un fardo, y no todavía un altivo deber y una fuerte esperanza. Dentro de esta región, los que todavía más cerca me quedan tenían motivos para afligirse de haber nacido en la temerosa vecindad de una nación pujante y pletórica, sentimiento ahora transformado en el inapreciable honor de representar el frente de una raza. De todos estos fantasmas que el viento se ha ido llevando o la luz del día ha ido redibujando hasta convertirlos, cuando menos, en realidades aceptables, algo queda todavía por los rincones de América, y hay que perseguirlo abriendo las ventanas de par en par y llamando a la superstición por su nombre, que es la manera de ahuyentarla. Pero, en sustancia, todo ello está ya rectificado.

Sentadas las anteriores premisas y tras este examen de causa, me atrevo a asumir un estilo de alegato jurídico. Hace tiempo que entre España y nosotros existe un sentimiento de nivelación y de igualdad. Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocednos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros.

POEMAS

R O Z I

Publicamos tres poemas en prosa; tres poemas verdaderamente líricos, escritos por una bella y distinguida señorita de esta capital, que no ha consentido que pongamos su nombre al pie de sus composiciones. Con modestia, que escasea tanto en la actualidad, desconfía de la calidad de sus ensayos y oculta su nombre; pero, en verdad, nos encontramos frente a un caso de verdadera disposición literaria, no intuitiva sino cultivada con esmero por cuidadosos estudios.

Creemos que nuestros lectores nos agradecerán por el don de estas lecturas y estimamos que el pseudónimo de **ROZI** abrirá un ancho estímulo a la curiosidad y al interés de cuantos aprecian el arte literario.

EL VIEJO SAUCE

Siguiendo mi costumbre voy una tarde a sentarme bajo el sauce. Una tarde de invierno y por lo mismo más tranquila y serena que aquellas de verano, en las que el viento hace sentir su presencia.

Tras de los árboles el sol decae ya en el horizonte; el cielo tiene largas franjas rojizas que van tornándose doradas. Más al centro sobre mi cabeza hay un color azul suave.

Bajo la avenida de floripondios se percibe su olor delicado, que después de la lluvia que cayó temprano, exhalan su perfume fresco y puro.

Voy, pues, con un libro bajo el brazo a sentarme en una de las fuertes ramas del viejo sauce que se inclina sobre las turbias aguas de una laguna largo tiempo abandonada... Al acercarme a mi viejo amigo, testigo de mi niñez, de mis juegos y alegrías, hoy compañero en mi juventud, de mis ilusiones y sueños, he observado que las lengüetas largas de sus hojas amarillas y las ramitas delgadas se quiebran con facilidad, con un crujido doloroso de sequedad y vejez.

Viejo amigo mío, es que está llegando tu fin?... Tardes ha habido en que por tus hojas han resbalado mis lágrimas por algún ensueño destruido. En tu tronco, cuántas veces, apoyada mi frente te he contado desilusiones y desconsuelos. Otras veces mi alegría ha soportado con benignidad y complacencia, mientras yo saltaba de rama en rama, arrancando tus hojas inconsciente. Mis penas y alegrías han sido tuyas. Hoy si sufro es de miedo; miedo de que me dejes... ¿A quién confiaré mis locos pensamientos? Y cuando necesite meditar y callar, ¿a dónde iré?...

Cuántas veces he subido hasta tu copa para esperar la estrellita de la tarde, y apenas surgía escudriñaba sus movimientos, para descubrir en su parpadeo los risueños saludos que nos enviaba, y junto contigo, abrazada a tus ramas, le hacía mil preguntas a las cuales sonriéndose en su brillo escondiase tras una nube para no contestarme.

Hoy subo también a tu más alta rama para esperarla. Al verla aparecer, quería hacerle esta pregunta: Te parece que el sauce, nuestro amigo, está muy viejo?; te parece que a sus raíces les falta fuerza y está seco, muy seco? La pregunta no salió de mis labios; la estrellita está pálida, no brilla, no parpadea; me parece verla tan triste que con desesperación llevo las manos a los ojos y algo en mí me dice: el sauce se muere: tu amigo te deja. Y no sé porqué siento su rama fría, helada. Podría jurar que antes no lo era. Entonces comprendo que ha llegado a sus últimos instantes. Al bajarme oigo las aguas del lago que se mueven y yo las miro con odio, con terror: son estas aguas verduzcas que han penetrado en las raíces de mi árbol; le contaminaron su podredumbre y le consumieron la vida por egoísmo. Con pánico huyo de aquel lu-

gar; corro lejos de aquellas aguas malditas.

Ya es casi noche cuando paso bajo los floripondios. De pronto oigo voces y algo me hace letener: es el jardinero que le dice a mi madre: el sauce ha muerto; su madera está seca y debiera hacerse leña que en tiempo de invierno escasea a menudo.

Un grito de angustia sale de mi garganta. No, no lo hagáis, por Dios. Dejad que sus restos desaparezcan solos. No lo despedacéis. Fue tan bueno; tan bueno....

LLUVIA REGENERADORA Y BENDITA

Oh lluvia, qué te has hecho... No quieres ya humedecer el suelo polvoriento...

Pobres plantas: tanto sol las ha dejado moribundas. Sedientas las rosas doblan su tallo, se postran de rodillas y te imploran: agua... Los árboles ya no pueden con su peso: agua te piden para refrescar sus cansados brazos. Hay tanto polvo sobre ellos...

Oh lluvia, no huyas. Todos te reclaman a pesar de tu melancólica tristeza. No te alejes; no seas mezquina de tu misión tan alta: limpiar y purificar.

Podríase compararte con el dolor que depura y ennoblece las almas. El dolor es necesario al hombre como tú a la naturaleza.

Muchas veces, cuando la felicidad es larga, algo sentimos en el fondo de nuestro ser; algo indescriptible y angustioso que nos oprime con la alegría del ambiente. Esto, que no podemos comprender, es la necesidad del dolor que nos purifica y sublima y nos hace meditar, igual que la lluvia cuando se retira, luego de haber humedecido el campo, deja en el aire un ambiente de tranquilidad y pureza...

Ven, pues, oh lluvia, que todos necesitamos de tí... No te enojas si felices estuvimos después de tu última partida. Y es que el sol, como la felicidad, son deseados cuando recientemente llegan; pero más tarde, cuando secan y marchitan, entorpecen las aspiraciones y degradan.

Entonces te imploramos, oh lluvia, y sedientos te pedimos nos limpies y purifiques.

UNA ILUSION

Una casita blanca allá, a lo lejos, donde el cielo se une con la tierra; la quiero lejos de artificios modernos.

Muy blanca y solita entre lindas flores, donde claro y puro se oiga al ruiseñor sus cantos.

Un perro que cuide la puerta sin aldaba, tan sólo para que no falte el amigo fiel que vele; que despierto y atento hasta la aurora sea el único que escuche el silencio de la noche.

También un gato quiero, que travesura y desorden por todas partes deje, para que, en las tardes tranquilas, al declinar el sol entre los árboles, tentarme pueda junto a mi ventana y al gato dormido acariciar en mi falda, escuchando siempre su run, run...

Una chimenea rústica para las tardes frías; en las que no se supo por donde y cuando desapareció el sol. Para leer allí junto al fuego, un libro que llene mis sentimientos; puede que este libro lo lea yo en mi mente, mirando al fuego que incansable devora cuanto se le presenta. Y puede ser que sas mismas lenguas rojas, que lamen la leña seca, proporcionen a mi imaginación lo que desea.

No habrá luces de ninguna clase en mi casita blanca; acabar el día me gustaría con la luz del cielo; esa luz que era dorada y poco a poco tornóse blanca, volviéndose luego plateada como la luna que la produce.

Qué bella lucirá mi casita bajo el estrellado cielo!... La luna en sus murallas se entretendrá en fingir mil figuras aprovechando las sombras de los árboles que se yerguen en medio del jardín.

Al amanecer tan sólo quisiera oír el humilde eco de una campanita, que desde lejos recuerda a los fieles cristianos que es hora ya de elevar su alma hacia Dios.

Entonces también quisiera que no muy lejos se encontrara una capilla humilde y alegre en la que yo pudiera desbordar, sin temor, mi felicidad, dando gracias al Eterno por el nuevo día.

C A T A L O G O

DE LAS OBRAS ENVIADAS A LA PRIMERA EXPOSICION DEL LIBRO HISPANOAMERICANO, REALIZADA EN AGOSTO DE 1935.

En la edición anterior de esta Revista iniciamos la publicación del Catálogo de los libros enviados a la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, celebrada en esta Capital, las mismas que hoy forman la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos del Grupo América. Hoy proseguimos con lo que corresponde a las Repúblicas de Chile y Ecuador, y así continuaremos haciéndolo, como ofrecimos, por orden alfabético de naciones.

C H I L E

Las obras presididas de un asterisco llegaron al Grupo después de realizada la Exposición del Libro.

ARCE R. ISAAC.—(Envío del Dr. Gerardo Zúñiga). Antofagasta.
Narraciones Históricas de Antofagasta.

ARREGUI DE RODICIO CELINDA.—(Libros donados en esta ciudad por la autora).

Fraternidad.

Laborando.

La Telegrafía sin Hilos.

AMUNATEGUI AMADA DE.—Agua Santa 36. Viña del Mar.
Umbral Girante
Velero de Tréboles.

BUNSTER CESAR.—San Isidro 563. Casilla 2996. Santiago.
El Niño Chileno, Libro de Lectura, 4 tms.
La Enseñanza del Idioma Patrio en el Liceo.
El Liceo y los Padres de Familia.

CRUZ OCAMPO LUIS D., Director de la Biblioteca Central. Concepción.
Cruz Luis David: L' Intellectualisation de L' Art.
Galbiati Dones J. M.: Elementos de Contabilidad.
Ibieta Luis: Comportamiento Histológico del Injerto Testicular Intrarrenal.
Jara Humberto: Estudio Experimental Sobre la Acción Luteinizante de la Orina Climatérica.

- Mena Juan*: Comportamiento del Ciclo Sexual de la Rata Joven Después de la Fragmentación Ovárica.
- Oliver Ernesto*: La Pilosidad en el Hombre en Relación con la Edad y la Razón.
- Sanhueza Manuel*: Estudio Experimental Sobre la Acción Endocrina de Fragmentos Testiculares en el Cuy.
- Valdivia Teresa*: Estudio Experimental Sobre la Permanencia del Prolán de la Sangre de la Coneja.
- Lipschütz Alejandro*: La Trasplatación Ovárica.
- " " La Autonomía del Corazón.
- " " La Autorregulación Orgánica y otras conferencias.
- " " Por qué Morimos.
- " " Secreciones Internas.
- " " Varios Escritos
- " y *Pi-Suñer*: Curso Práctico de Fisiología, 2 tms.
- Mahuzier Ernesto*: Apuntes de Química Analítica, 2 tms.
- Martín Dr. Carl*: Landeskunde von Chile.
- Santa Cruz Alcibiades*: Compendio de Botánica.
- Shatzky Boris*: El Mundo en Llamas.

GALCAÑO MARIA.—c/o al Consulado del Ecuador. Santiago.
Alas Fatales.

DEY JOSEFINA.—Avenida España 145. Santiago.
Burbujas.

ECHEVERRIA Y REYES ANIBAL.—Casilla 160. Santiago.
Glosario de la Lengua Atacameña.
Nociones de Ortografía Castellana.
Voces Usadas en la Industria Salitrera.
Vocabulario del Quijote.
Miguel de Cervantes Saavedra.
Seguridad Interior del Estado.
Precursores de Colón.
Jerga Usada por los Delinquentes Nortinos.
Vocablos Salitreros.

EDITORIAL NASCIMENTO.—Casilla 2298. Santiago.
Acevedo Hernández A.: La Novela Policial, 14 cuadernos.
 " " " Cain.

- Accevedo Hernández A.*: Teatro, 5 foletos.
 " " " Arbol Viejo.
 " " " Angélica.
 " " " Por el Atajo.
 " " " La Canción Rota.
 " " " Cardo Negro.
 " " " Almas Perdidas.
 " " " Los Cantores Populares Chilenos.
- Acuña Luis M.*: Doctrinas Sociales de Marx.
- Amicis Edmundo de*: Corazón.
- Amundétegui Solar D.*: Historia Social de Chile.
 " " " Las Letras Chilenas.
- Arriaza Armando*: Puñado de Viento Sur.
- Antonioletti M.*: La Moneda, el Crédito y los Bancos.
- Alarcón Abel*: En la Corte de Yahuar-Haucac.
- Alone*: Las Mejores Páginas de Marcel Proust.
- Anónimo*: El Museo de Bellas Artes, 1880-1930.
- Barrios Eduardo*: Páginas de un Pobre Diablo.
- Barros Arana Diego*: Historia de Chile, 9 tms.
- Barros Errázuriz A.*: Curso de Derecho Civil, 5 tms.
- Bello Andrés*: Poesías.
 " " Gramática Castellana.
 " " Proyecto de Código Civil, 3 tms.
 " " Derecho Internacional.
 " " Opúsculos Jurídicos.
 " " Opúsculos Gramaticales.
 " " Opúsculos Literarios y Críticos.
- Bécquer Gustavo Adolfo*: Rimas.
- Bermán D. Natalio*: Paradojas.
- Boizard Ricardo*: La Senda Inútil.
- Brandi Vera Pascual*: Jazz.
- Bruner Carmen*: Heridas. . . .
- Brunet Marta*: Bestia Dañina.
 " " Bienvenido.
 " " Montaña Adentro.
 " " Reloj de Sol.
- Bunín Iván*: Un Señor de San Francisco.
- Bunster Enrique*: La Primera Noche Galante.
- Cabero Alberto*: Chile y los Chilenos.
- Cabral Antonio*: Eca de Queiroz.
- Casassus Carlos*: Altamar.

- Cavada Francisco J.*: Filología Castellana.
Cipolla Arnaldo: Norte América y los Norteamericanos.
 " " En la Tierra de los Faraones.
 " " Corazón de los Continentes.
Cruchaga Santa María A.: La Ciudad Invisible.
Charlín Correa Carlos: Por los Caminos de Hipócrates.
Chiang Lee: Mah-Jong.
Danke Jacobo: Lámpara en el Mar.
Dankert Carlos: Lectura Alemana.
Dausse Henri: Formulario Práctico de Regímenes.
Davis Calderón: Jurisprudencia del Código de Comercio, 2 tms.
Díaz Meza Aurelio: En Plena Colonia.
Donoso Armando: Nuestros Poetas.
Darío Rubén: Obras de Juventud.
Darío Rubén: Sus Mejores Poemas.
Donoso Francisco: Espiral.
Durand Luis: Campesinos.
Durand Luis: Mercedes Urizar.
Ebel Guillermo: Biología Animal, Fisiología e Higiene, 2 tms.
Ebel Guillermo: Biología Vegetal, 2 tms.
Emeth Omer y Salazar Moscoso: El Portugal de hoy y su Gobierno
Edwards Bello Joaquín: Criollos en París.
 " " " El Chileno en Madrid.
 " " " El Roto.
 " " " Valparaíso Ciudad del Viento.
Ercilla Alonso de: La Araucana, 2 tms.
Estéfano Habib: El Portugal Heroico.
Espinoza: Cartonaje.
Errázuriz Crescente: Algo de lo que he visto.
Flores Alejandro: Oración del Siglo.
Flores Toledo Eleodoro: Ortografía y Acentuación.
Flores Toledo Eleodoro: La Puntuación en 12 lecciones.
Franulio Lenka: El Carrusel de Wáshington.
France Anatole: Páginas Escogidas.
Frias Valenzuela Francisco: Historia y Geografía, 2 tms.
Frias Valenzuela Francisco: Historia General, 2 tms.
Gajardo Reyes Ismael: Geografía Física Moderna.
Gajardo Samuel: Medicina Legal y Psiquiatría Forense.
 " " La Génesis Biológica del Delito y la Delincuencia de Menores.
 " " Los Derechos del Niño y la Tiranía del Ambiente.

- Gamboa Isaias*: Poesías.
Gana Federico: Cuentos.
Gana Federico: Manchas de Color y Nuevos Cuentos.
García Games Julia: Como los he visto yo.
García Oldini Fernando: Doce Escritores.
Garrido Merino Edgardo: El Hombre en la Montaña.
Gibrán Jalil Gibrán: El Profeta.
Gómez Rojas Domingo: Elegías.
González Eugenio: Más Afuera.
González María Rosa: Arcoiris.
Guerra Junquero: Sus Mejores Poemas.
Guerrero Francisco: Curso de Filosofía, 2 tms.
Guglielmi Urzua Juana: Canciones de Niños.
Guillén Alberto: Breve Antología Peruana.
Guillén Alberto: Epigramas.
Gutiérrez Eulogio: Chuquicamata Tierras Rojas.
Guzmán Cruchaga Juan: Agua de Cielo.
Huidobro Vicente: Vientos Contrarios.
Ibarborou Juana de: Sus Mejores Poemas.
Iris: Cuando mi Tierra Nació.
Keller R. Carlos: La Eterna Crisis Chilena.
Keller R. Carlos: Como Salir de la Crisis.
Khayyam Omar: Las Rubayatas.
Klein Reidel: Peculio Profesional de la Mujer Casada.
Knoche Walter: La Geografía de Chile y la Agricultura.
Lagarde S. Juan B.: El Huerto Escolar.
 " " " Hortalicería Moderna.
 " " " El Horticultor.
Lalo Carlos: Nociones de Estética.
Lastarria Cevero Berta: Lo que Cuentan las Nubes.
Latcham Ricardo A.: Itinerario de la Inquietud.
Latcham Ricardo A.: Vida de Manuel Rodríguez.
Latorre Mariano: Sus Mejores Cuentos.
Lazo Santiago: Curso de Derecho Romano.
León Figueroa Jorge: Crianza y Explotación del Cerdo.
 " " " Cultivo y Explotación del Olivo y Plantas
 y Semillas Obaginosas.
 " " " Avicultura.
 " " " Conejos.
Lezaeta Acharán Manuel: La Medicina Natural al Alcance de Todos.
 " " " El Iris de tus Ojos Revela tu Salud.

- Lozaeta Acharán Manuel*: La Medicina Natural del Padre Tadeo.
Lillo Baldomero: Sub-Sole.
Lillo Baldomero: Sub-Terra.
Lillo Samuel A.: Literatura Chilena.
López Ureta: El Abandono de Familia.
Mistral Gabriela: Desolación.
Moure Magallanes: Sus Mejores Poemas.
Mansoulet Juan: Maromeros.
Matthei Adolfo: Suelos y Abonos.
Melfi Domingo: Pacífico-Atlántico.
Medina José Toribio: Cervantes en Portugal.
Maurois Andrés: Ariel o la Vida de Shelley.
Mezquita Marcelino: La Noche del Calvario. Almas Enfermas.
Molina Enrique: Dos Filósofos Contemporáneos. Guyau, Bergson.
Monckeberg: Problemas de Clínica Obstétrica.
Montenegro Ernesto: Puritania.
Montenegro Ernesto: El Hombre que Corrompió a Hadleyburgo.
Monvel María: Sus Mejores Poemas.
Monvel María: Poetisas de América.
Mooch Armando: Sol de Amor.
Mussa Moisés: Nuestro Problema Educacional.
Mussa Moisés: Las Investigaciones Científicas en Nuestra Educación.
Maluenda Rafael: La Señorita Ana.
Mengardú: Recetario de Belleza.
Memo Celso: Sombras.
Neruda Pablo: El Habitante y su Esperanza.
" " 20 Poemas de Amor y una Canción Desesperada.
" " Tentativa del Hombre Infinito.
Neruda y Lago: Anillos.
Neut Latour Jorge: De los Tribunales y Juicios del Trabajo.
Nicolai: Mundo Físico.
Oroz Rodolfo: Antología Latina.
" " Gramática Latina.
" " Ejercicios Latinos.
Orrego Luco Luis: Casa Grande.
Palacios S. Bartolomé: Renovación del Mundo Económico y Social.
Paoli Schwartz Alfons: El Último Prisionero de Guerra Alemán.
Pezoa Velis Carlos: Poesías.
Palacios Senen: Hogar Chileno.
Pereyra Dyomedes de: El Valle del Sol.

A m é r i c a — — — — 111 — —

- Picón Salas Mariano*: Mundo Imaginario.
 " " " Registro de Huéspedes.
 " " " Problemas y Métodos de la Historia del Arte.
Picón Salas y Feliú Cruz: Imágenes de Chile.
Pincheira Oyarzún Aníbal: Sindicalismo.
Pinedo Neumann Carlos: De las Quiebras.
Pinochet Contreras Oscar: Asignaciones Forzosas.
Pinto Mercedes: Ella.
Prado Pedro: Un Juez Rural.
 " " Alsino.
 " " Androvar.
 " " Camino de las Horas.
Prieto Jenaro: El Socio.
 " " Un Muerto de mal Criterio.
 " " Con Sordina.
Rocesín: La Biblioterapia.
Ramond Eduard: La Vida Amorosa de Rodolfo Valentino.
Retamal Balboa M.: Curso de Gramática Castellana, 3 tms.
Retamal Balboa M.: Libro de Lectura, 6 tms.
Riffo Jiménez Horacio: Química General, 2 tms.
Rodríguez Mendoza Emilio: Como si Fuera Ahora....
Rojas Manuel: Hombre del Sur.
 " " Tonada de Transeunte.
 " " Travesía.
Rojas Valenzuela y Ruiz de Gamboa: Consultor Práctico de la Legislación Chilena del Trabajo.
Reyes Salvador: El Último Pirata.
Reyes Salvador: Las Mareas del Sud.
Rojas: Viticultura.
Salas Demetrio: Educación Física Biológica.
Salas Demetrio: Charlas Sobre Higiene.
Salgari Emilio: Mis Memorias.
Salvatierra P. Prudencio de: Por los Senderos del buen Amor.
Santa Cruz y Ossa (Roxana): Flor Silvestre.
Schwarzenberg y Mutizábal: Monografía Geográfica e Historia del Archipiélago de Chiloé.
Shatzky Boris: El Mundo en Llamas.
Shaw Bernard: Sus mejores Páginas.
Sienna Pedro: La Caverna de los Murciélagos.
Sienna Pedro: El Tinglado de la Farsa.
Silva José Asunción: Poesías.

- Silva Victor Domingo*: Golondrina de Invierno.
 " " " Los Mejores Poemas.
 " " " Palomilla Brava.
Santiván Fernando: El Crisol.
Santiván Fernando: La Hechizada.
Singer Sara W.: Sonia.
Simón Raúl: Economía Política, 3 tms.
Solar Correa E.: Semblanzas Literarias de la Colonia.
 " " " Técnica Literaria.
 " " " La Muerte del Humanismo en Chile.
Souvirón José María: Antología de Poetas Españoles Contemporáneos.
 " " " La Nueva Poesía Española.
 " " " Fuego a Bordo.
Singerman: Declamación.
Tagore Rabindranath: Gitanjali.
Tagore Rabindranath: El Sentido de la Vida.
Torrealba Ernesto: En el País de Esmeralda.
Torres Isauro: Cómo Tener y Criar Hijos Sanos y Robustos.
Urquieta Santander: Diccionario de Medicación Herbaria.
Valenzuela Tepper: Tratamientos Naturales y Psicoterapia.
Vega Daniel de la: Sus Mejores Poemas.
 " " " Las Instantáneas.
 " " " Calumnias.
 " " " Luz de Candilejas.
Valenzuela Bustos: Experimentación Pedagógica en Chile.
Veloso Chávez Rafael: Manual del Juicio Ejecutivo.
Vicuña Alejandro: Cicerón.
Vicuña Alejandro: Savonarola.
Vicuña Carlos: En las Prisiones Políticas de Chile.
Vicuña Carlos: Ante la Corte Marcial.
Vicuña Fuentes Carlos: Análisis Lógico.
Vicuña Fuentes Carlos: Pequeña Antología Arcaica.
Vicuña Cifuentes Julio: Estudios de Métrica Española.
Vicuña Cifuentes Julio: Epítome de Versificación Castellana.
Vicuña Cifuentes Julio: He Dicho.
Vicuña M. Alvaro: Gramática Inglesa.
Villaespesa Francisco: El Sol de Ayacucho.
Villaespesa Francisco: La Danzarina de Gades.
Vicuña Mackenna Benjamín: Historia de Santiago, 2 tms.
Varios Autores: Socialismo.

- Varios Autores*: Ferriere en América.
Yáñez Silva N.: La Tragedia del Arte.
Zorrilla de San Martín: Lecciones de Literatura Escolar, 3 tms.
 " " " Historia de la Literatura y Antología
 Escolar Hispanoamericana, 2 tms.
 " " " Historia de América.
 " " " Antología Escolar Hispanoamericana e
 Iniciación Literaria, 2 tms.
Zañartu Sady: Santiago: Calles Viejas.
 " " Llampo Brujo.
 " " La Sombra del Correjidor.
Zouraff Vera: Hollywood.

EDITORIAL ERCILLA.—Montijas 454. Casilla 2787. Santiago.

- Aguilera Malta Demetrio*: Canal Zone.
Azuela Mariano: Pedro Moreno, el Insurgente.
Amunátegui Solar D.: Jesuitas, Gobernantes, Militares y Escritores.
Beer Max: Historia General del Socialismo y de las Luchas So-
 ciales.
Campos Rubén M.: Axtlán, Tierra de las Garzas.
D' Halmar Augusto: Lo que no se ha Dicho Sobre la Actual Revo-
 lución Española.
 " " " Amor Cara y Cruz.
 " " " Gatita.
 " " " La Lámpara en el Molino.
 " " " La Lucero.
 " " " Capitanes sin Barco.
 " " " La Sombra del Humo en el Espejo.
 " " " La Mancha de Don Quijote.
Díez Canseco José: "Duque".
Danke Jacobo: Las Barcarolas de Ulises.
Galves Manuel: La Argentina en Nuestros Libros.
González Eugenio: Hombres.
Haya de la Torre: A Donde va Indoamérica?
Maurois André: Voltaire.
Marín Juan: Un Avión Volaba.
Reyes Salvador: Ruta de Sangre.
Rodríguez Mendoza E.: La América Bárbara.
Roustan Desiró: Los Problemas de la Cultura.
Sánchez Sáenz Braulio: Vieja y Nueva Literatura del Brasil.
Seone Manuel: Rumbo Argentino.

Sombart Werner: El Socialismo y el Movimiento Social.
Soto Hall Máximo: Don Diego Portales.
Sánchez Luis Alberto: Panorama de la Literatura Actual.
Sánchez Luis Alberto: Raúl Haya de la Torre o el Político.
Wallace Henry A.: Las Nuevas Fronteras.
Vasconcelos José: Bolívarismo y Monroísmo.
Zum-Felde Alberto: Índice de la Poesía Uruguaya Contemporánea.

FERNANDEZ F. CARLOS Pbro.—Consulado del Ecuador. Santiago.
Crescente Errázuriz.

LABARCA AMANDA.—Universidad de Chile. Santiago. (Donación hecha en esta ciudad).

Blest Gana Alberto: Durante la Reconquista, 2 tms.
Díaz Meza Aurelio: En Plena Colonia. Leyendas y Episodios Chilenos, 5 tms.
Montenegro Ernesto: Cuentos de mi Tío Ventura.
Santiván Fernando: El Crisol.
Paz Marcela: Tiempo, Papel y Lápiz.
Rojas Salvador: El Último Pirata.
Rojas Manuel: Lanchas en la Bahía.
Rojas Manuel: Travesía.

MARIN DR. JUAN.—Casilla 3383. Santiago.

Alas Sobre el Mar. Cuentos.
La Muerte de Julián Aranda.
Poliedro Médico.
Margarita, el Aviador y el Médico.
Aquarium.
Looping.
Hacia la Nueva Moral.—Educación Sexual y Matrimonio Controlado.
Clínicas y Maestros en Inglaterra y Francia.
Paralelo 53 Sur.

MAC HALE CARLOS F.—440 Riverside Drive. New York City.

El Libro Mayor del Idioma.
Diccionario Razonado de Modos de Bien Decir.

MOLINA G. JUAN D.—Brigadier de Sanidad del Ejército. Santa Teresa
Nº 601. Santiago.

El Peligro de las Enfermedades de Trascendencia Social.

MADRID MARIA CRISTINA.—Providencia 153. Santiago.

Mar Adentro.

Los Poemas del Amor Perdido.

MOLINA DR. ENRIQUE.—Universidad de Concepción. Concepción.

Filosofía Americana.

Dos Filósofos Contemporáneos. (Cuyau-Bergeson).

La Revolución Rusa y la Dictadura Volchevista.

MARTINEZ M. E.—Avenida España 145. Santiago.

Actividades Femeninas en Chile.

MACCHIAVELO VARAS ATILIO.—(Sin Referencia).

Albas de Medianoche.

PRENDEZ SALDIAS CARLOS.—Casilla 2829. Santiago.

Alamos Nuevos.

Cielo Extranjero.

Las Mejores Poesías.

Devocionario Romántico.

Luna Nueva de Enero.

Misal Rojo.

Amaneció Nevando.

El Alma en los Cristales.

RIOS TOMAS.—Santo Domingo 1114. Santiago.

Vislumbres de la Verdad.

SAEZ JULIA (Araucana)—Toesca 2567. Santiago.

Alma Chilena. (Diario de una Niña).

Flor Celeste.

Alma de Otros Mundos.

Corazón Adentro.

Magda.

SALAS DEMETRIO.—Santo Domingo 1114. Santiago.

Clave de la Vida y de la Salud.

Higiene Biológica.

Educación Física-Biológica.

Higiene Popular.

SELPH JULIO.—Liceo de Hombres. Casilla 662, Valdivia.
Diseños.

TAGLE MARIA.—Avenida España 145. Santiago.
Flautas de Sombra.

UNIVERSIDAD DE CHILE.—Santiago.

Amundéguí Miguel Luis: La Dictadura de O' Higgins.

" " " La Reconquista Española.

" " " La Crónica de 1810, 3 tms.

" " " Descubrimiento y Conquista de Chile.

Amundéguí Solar Domingo: Las Letras Chilenas.

" " " Personajes de la Colonia.

" " " Nacimiento de la República de Chile.

Anónimo: Protózos de las Aguas Dulces.

" Conferencia Interamericana de Educación.

" Semana de la Prensa Chilena.

" La Patria Vieja, 2 tms.

Barros Borgoño Luis: Don Juan María Gutiérrez.

Castro Américo: Conferencias.

Darío Rubén: Obras Desconocidas.

Ercilla y Zúñiga Alonso de: La Araucana, 2 tms.

Fuenzalida Grandón A.: Lastarria y su Tiempo, 2 tms.

Girón L. Gustavo: Archivos Chilenos de Morfología.

Guevara Tonías: Chile Prehispánico, 2 tms.

Galdames Luis: La Evolución Constitucional de Chile.

Irisarri A. José de: Escritos Polémicos.

Lastarria J. V.: Estudios Jurídicos.

Molina Enrique: La Revolución Rusa y la Dictadura Volchevista.

Martínez Daniel: Historia Económica.

Mayorga Uribe L.: Bibliografía de las Obras Sobre Socialismo, Comunismo y Fascismo.

Poenisch Ricardo: La Teoría de Fiemann de las Integrales.

Salas Manuel de: Escritos, 3 tms.

Silva C. Carlos: Historia Eclesiástica de Chile.

Varios: Homenaje al Profesor Don Augusto Orrego Luco.

" Homenaje de la Universidad de Chile a Domingo Amundéguí Solar.

" Conferencias de Divulgación Científica, 2 tms.

E C U A D O R

ARIAS AUGUSTO.—Quito.

- En Elogio de Ambato.
- La Estética del Barroco.
- El Corazón de Eva.
- Virgilio en Castellano.
- El Cristal Indígena.
- Panorama de la Literatura Ecuatoriana.

ARROYO CESAR.—Cádiz.

- Manuel Ugarte.
- Galdós.
- Retablo.
- Lorenzo Cilda.
- México en 1935.
- Catedrales de Francia.
- Ensayo sobre Lope de Vega.

ANDRADE COELLO ALEJANDRO.—Quito.

- Vulgata Higiénica.
- La Ley del Progreso.
- Federico González Suárez.
- Vargas Vila. Ojeada Crítica de su obra.
- Nicolás Beaudouin.
- Algunas Ideas Acerca de Educación.
- Juana de Ibarbourou.
- El Vía Crucis del Orador.
- Educación del Hogar.
- Motivos Nacionales.
- Pinceladas de la Tierrauca.
- Centenarios y Milenarios.
- Eloy Alfaro.
- El Aislamiento del Genio.
- Nociones de Literatura Genral.
- El Ocaso de los Conquistadores.
- Recuerdos de Quito.
- A Través de los Libros.
- Del Quito Antiguo.
- Quiteños Auténticos.

ALBORNOZ VITOR MANUEL.—Cuenca.

- Monografía Histórica de Jirón.
- Literatos Ecuatorianos. Figuras Culminantes.
- Ojos en Extasis.
- Paute. Datos para la Historia.
- La Liaga de Job.
- Jardín sin Sol.

ASPIAZU ARMANDO.—Guayaquil.

- Manual Consular del Ecuador.

ANDA RUMAZO LUIS.—Quito.

- Lexicología de la Lengua Castellana.

ARELLANO MONTALVO POLIDORO.—Quito.

- Sociedad y Educación.

ACEVEDO JOSE L.—Guayaquil.

- Crímenes Sociales.

AILLON TAMAYO AURELIO.—Guayaquil.

- * Excursionismo Ecuatoriano.

BARRERA ISAAC J.—Quito.

- * Historia de la Literatura Hispanoamericana.
- * Los Grandes Maestros de la Literatura Universal.

BUSTAMANTE JOSE RAFAEL.—Quito.

- * Para Matar el Gusano.

BUSTAMANTE GUILLERMO.—Quito.

- Alba Sentimental.
- Reflejando la Vida.

BORJA DE ICAZA ROSA.—Guayaquil.

- Las de Judas.
- Aspectos de mi Sendero.

BORJA LEON RICARDO.

- Al Pie del Chimborazo.
- La Huella de la Historia.

BUENO LUIS EDUARDO.—Quito.

Naderías.

Horas Perdidas.

BURBANO V. JOSE RAFAEL.—Cuenca.

* *Honorato Vásquez*: Libro de Tobias, 1881. Memorial de mi Destierro.

BORJA L. F.—Quito.

Proyecto de Constitución de la República del Ecuador.

BAEZ PEDRO RAFAEL.—Quito.

* Alto Relieve.

BOSSANO LUIS.—Quito.

* Apuntes Acerca del Regionalismo en el Ecuador.

* Por la Raza.

BORJA MARTINEZ LUZ ELISA.

* La Bella Durmiente.

CASA DE MONTALVO.—Ambato.

Castillo Alonso: Excursión al Oriente.

Garcés Dr. Víctor M.: Asuntos Pedagógicos.

Garcés Dr. Víctor M.: España y América.

Guevara Darío C.: Rayuela.

Salvador Dr. Rafael A.: Eutanasia.

Sevilla Carlos B.: Magda.

" " " Don Quijote en la Gloria.

" " " Mosaico Literario.

Toro Navas Tarquino: Ondas Cortas.

Verdesoto Raquel: Sin Mandamientos.

CUADRA JOSE DE LA.—Guayaquil.

El Amor que Dormía.

Los Sangurimas.

Repisas.

Sueño de una Noche de Navidad.

La Vuelta de la Locura.

12 Siluetas.

CUESTA Y CUESTA ALFONSO.—Quito.

Llegada de Todos los Trenes del Mundo.

CARRERA ANDRADE JORGE.—El Havre.

Cartas de un Emigrado.
Rol de la Manzana.
Boletines de Mar y Tierra.
Latitudes.
El Tiempo Manual.

CRESPO ORDONEZ ROBERTO.—Cuenca.

Historia del Ferrocarril del Sur.

CALLE MARIA LUISA.—Quito.

Manuel J. Calle: Leyendas del Tiempo Heroico.
Manuel J. Calle: Biografias y Semblanzas.

CARVAJAL ANGEL LEON.

Bolívar, Desde los Puntos de Vista Sociológico, Político y Jurídico.

CEVALLOS DE A. MARIA ESTER.—Quito.

Voces Intimas.

CARRION MANUEL BENJAMIN.—Quito.

Atahualpa.

CHIRIBOGA BUSTAMANTE FRANCISCO.—Quito.

Rimas de los Andes.
Doce Discursos.
Bosquejos y Discursos.
* Bosquejos e Impresiones.

CHECA DROUET B.—Lima, Perú.

Vida de Don Juan Montalvo.
Almeida Cousin: Itamonte.

CHIRIBOGA O. CAPITAN LEONARDO.—Quito.

Quiero un Hijo.
El Año Táctico.
General Camon: Lundendorff en el Frente Ruso.

CHIRIBOGA GERARDO.—Quito.

Minuto Muerto.

DILLON LUIS N.: (Donación de la Sra. Dña. Lucila Calisto v. de D.)
El León de la Montaña.

La Crisis Económica Financiera del Ecuador.

DROUET VIRGILIO.—Guayaquil.

Treinta Años de Labor en Beneficio del Pueblo.

Miscelánea Social.

Recuerdo de Europa y América.

En Favor del Obrero.

Habitaciones Higiénicas.

Estautos de la Sociedad "Por el Obrero Agrícola".

La Democracia y la Escuela.

Tres Sonetos.

Consideraciones sobre la Ley de Accidentes del Trabajo.

Memoria de la Asociación de Empleados.

Memoria de la Sociedad "Cooperativa Comercio".

Por la Regeneración Social.

La Acción Social Católica.

Por el Porvenir de los Empleados.

Cultura Social de la Obrera.

Por la Regeneración Social, 4a. carta.

Biografía de S. S. León XIII.

El Ecuatoriano.

El Comedero.

DORE GUSTAVO.—Quito.

Vivian Christe.

ESCALA VICTOR HUGO.—La Paz, Bolivia.

Motivos Galantes.

La Sandalla del Peregrino.

Medallones

Paliques de Ayer.

Glosario Sentimental.

Bronce Inmortal.

Mosaico.

ESPINOSA POLIT AURELIO.—Quito.

Sófocles: Edipo Rey.

La Ascención Espiritual de la Crítica Virgiliana.

Virgilio el Poeta y su Misión Providencial.

Estudios Virgilianos.

Manojos de Recuerdos y Juicios Críticos.

ESCUADERO GONZALO.—Quito.

Hélices de Huracán y de Sol.

Paralelogramo.

ESPINOSA CORDERO NICOLAS.—Cuenca.

De la Condamine. El Río de las Amazonas: sus nombres, sus primeros Navegantes.

ESPINOSA SMITH C. F.—Quito.

* Manual de Higiene y Profilaxis.

ESCUADERO DR. MANUEL EDUARDO.

Código de Enjuiciamiento Civil, 2 tms.

FALQUEZ AMPUERO.—Guayaquil.

Sintiendo la Batalla.

Caja de Cromos.

Hojas de Acanto.

Jaramijó.

FALCONI AURELIO.—Quito.

Fundamentos de la Estética.

FERNANDEZ JORGE.—Quito.

Antonio ha sido una Hipérbole.

FALCONI R. GERARDO.—Quito.

Hispanoamérica para los Hispanoamericanos.

FERRANDIZ ALBORZ F.—Quito.

* Estampas de Guayaquil.

GONZALEZ H. CRISTOBAL.—Quito.

Atlas de Sifilografía.

GUERRA ARMANDO.—Quito.

Un Prócer Humilde.

- GONZALEZ PAEZ M. A.—Guayaquil.
Memorias Históricas. Génesis del Liberalismo, su Triunfo y sus
Obras en el Ecuador.
- GUERRA NICOLAS ABELARDO.
Gramática Musical.
- GARCES VICTOR M.—Ambato.
Asuntos Pedagógicos.
Libros y Bibliotecas.
- GARCIA MUÑOZ ALFONSO.—Quito.
* El Médico que Pretendió la Gloria.
* *Charles Royal*: 5 Cuentos.
* Estampas de mi Ciudad.
- HARO SILVIO LUIS.—Riobamba.
Introducción a la Legislación Eclesiástica de la América Latina.
- ICAZA JORGE.—Quito.
Barro de la Sierra.
Huasipungo.
En las Calles.
Flagelo.
- JARRIN G. LUIS ELOY.—Guayaquil.
Conocimientos Prácticos de Ingeniería.
- JARAMILLO MIGUEL ANGEL.—Cuenca.
Índice Bibliográfico.
- JARAMILLO ALVARADO PIO.—Quito.
* Del Agro Ecuatoriano.
* El Indio Ecuatoriano.
* Tierras de Oriente.
- JIMENEZ NICOLAS.—Quito.
* Biografía del Ilustrísimo Federico González Suárez.
- LARREA ANDRADE RAFAEL.—Ibarra.
Mis Lecciones de Instrucción Moral y Cívica.

Alma Mártir.

Páginas.

LARREA ANDRADE HUGO.—Ibarra.

Alma en Extasis.

Fontana.

LANCIS SANCHEZ ANTONIO.

Notas de Derecho Administrativo.

LEORO S. JOSE M.—Ibarra.

Un Conterráneo Ilustre.

LARREA JULIO C.— Quito.

Cuestiones Educacionales.

LASSO IGNACIO.—Quito.

Escafandra.

LARREA ALBA LUIS.—Santiago, Chile.

Criterios Sobre la Constitución y el Funcionamiento de los Organos
Directivos del Ejército.

Apuntes Sobre la Nación Peruana y su Organización Defensiva.

LEGACION DE MEXICO.—Quito.

* México.

LLERENA JOSE ALFREDO.—Quito.

* Agonía y Paisaje del Caballo.

MINISTERIO DE PREVISION SOCIAL E INDUSTRIAS.—Quito.

* Actas del Primer Congreso de Industriales del Ecuador.

MARQUEZ T. RICARDO.—Cuenca.

Los Patriotas de Boyacá.

Estirpe Gloriosa.

Cuenca, la Ciudad Eucarística.

Tarqui.

Natalicio de Bolívar y Biografía del Gral. A. Farfán.

MARQUEZ EZEQUIEL.—Cuenca.

Visita del Libertador al Sur de Colombia.
 Sucre en Berruecos.
 Página Intima.
 Satisfacción Filial.
 Provincia del Cañar.
 Fray Vicente Solano.

- * El Arbol de la Libertad plantado por el Gral. A. Nariño.

NISO ERNESTO.—Ambato.

El Exodo del Genio.

MINISTERIO DE EDUCACION.—Quito.

Andrade Coello Alejandro: Centenarios y Milenarios.

- * *Andrade Coello A.*: El Libro del Maestro. Ruta de la Escuela.
- Anónimo*: La Carretera Rumichaca-Babahoyo.
- Barrera A. T.*: Iniciativa de la Independencia en Sud América.
- Batallas Leonidas*: Vida y Escritos del P. Juan de Velasco.
- Cabeza de Vaca Manuel*: La Posición del Ecuador en el Conflicto Colombo-Peruano.
- Chávez Franco Modesto*: Cartilla Patria.
- Donoso José Alberto*: Notas de Viaje.
- * *Domínguez Luis F.*: Por la Salud Social.
- Flores Abelardo*: Zoología.
- Flores Abelardo*: Botánica.
- Guerra Nicolás A.*: Gramática Musical
- García Carlos T.*: Idioma Nacional.
- Korb Pablo Máximo*: Mecanografía.
- Mora César M.*: Test Colectivos de Inteligencia.
- Osorio Luis Enrique*: La Escuela de la Vida.
- " " " Los Destinos del Trópico.
- " " " El Universo en Manos del Niño.
- * *Ojeda V. Alejandro*: Etza o el Alma de la Raza Jivara.
- Orellana J. Gonzalo*: El Ecuador en Cien Años de Independencia
2 tomos.
- Pérez Guerrero Alfredo*: Etimología de la Lengua Castellana.
- Pérez Guerrero Alfredo*: Fonética y Morfología.
- Suárez Pablo Arturo*: Tabajos Prácticos de Higiene.
- Salvador E. Amable*: Física Experimental.
- * *Uzcátegui Emilio*: Historia del Ecuador.
- * *Uho Max*: Estudio sobre las Civilizaciones del Carchí e Imbabura.

Wellenius Gosta: Gimnasia.

MATA MARTINEZ HUMBERTO.—Quito.

El Problema Educacional y sus Proyecciones Sociales en el Ecuador.
Nuevo Sentido de la Educación Rural.
Feminismo.

La Escuela Activa o Escuela del Trabajo será la Escuela del Porvenir.

- * Doctrina y Técnica.
- * Cómo Debe Entenderse la Historia, . . .

MERA JUAN LEON.—Donación de J. L. Mera I.)—Quito.

Dictadura y Restauración en la República del Ecuador.

MORA ALFONSO MARIA.—Cuenca.

Derecho de Propiedad y Socialismo.

MERA ALEJANDRO R.

Monografía de Tulcán.

MANRIQUE IZQUIETA C.—Guayaquil.

- * Estudio Estadístico de Algunos Aspectos de la Situación General del Ecuador.

MALDONADO LUIS.—Quito.

- * Socialismo Ecuatoriano.

MUNOZ Capitán JULIO H.

Nuestra Doctrina Fortificadora.

MARTINEZ D. SEGUNDO.

Artículos Sociales.

MORA BOWEN ALFONSO.—Quito.

Historia de la Sociedad Bolivariana del Ecuador.

NAVARRO JOSE GABRIEL.—Quito.—Envío de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, de España.

- * La Escultura en el Ecuador.

MORENO MORA VICENTE.—Cuenca.

* Vida de Miguel Moreno.

NAVAS JUAN DE DIOS.—Quito.

La Iglesia Ecuatoriana.

El Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre.

Rafael Lasso de la Vega.

Ibarra y sus Provincias.

El Centenario de Pichincha.

Discurso en la Academia Nacional de Historia.

NUÑEZ SERGIO.—Quito.

Novelas del Páramo y de la Cordillera.

ORTIZ M. M.—Cuenca.

Faunia.

OCHOA GALO.—Guayaquil.

* Rebeldía.

OJEDA V. ALEJANDRO.—Quito.

* Etza o el Alma de la Raza Jibara.

PEREZ GUERRERO ALFREDO.—Quito.

Moral Individual.

PAREDES ANGEL MODESTO.—Quito.

Los Resultados Sociales de la Herencia.

Teoría General del Derecho Civil Internacional, 3 tms.

Naturaleza del Poder Público y del Sentimiento del Hombre a las
Autoridades del País.

Sociología General, 2 tms.

La Conciencia Social.

Informe Acerca de la Importancia de Ratificar la Convención Sobre
Derecho Internacional Privado Suscrito en la Habana.

POLIT MANUEL MARIA.—(Envío de N. N.)

La Familia de Santa Teresa en América.

Los Hermanos de Santa Teresa en América.

PEÑA ARTURO.—Quito.

Oro, Incienso y Mirra.

Libro de Estampas.

PONCE N. CLEMENTE.—(Donación de sus familiares).
Los dos Primeros Libros de la Eneida.

POVEDA C. SAMUEL.—Latacunga.
Latacunga en 1934.

PEREZ CONCHA JORGE.—Guayaquil.

- * Luis Vargas Torres.
- * Bolívar Internacionalista.

PUIG AROSEMENA ALBERTO.—Guayaquil.
Inspecciones de Bancos.

PAREJA DIEZ CANSECO A.—Guayaquil.
* La Beldaca.

PALACIO PABLO.—Quito.
* Un Hombre Muerto a Puntapiés.
* Vida del Ahorcado.

PEREZ AQUILES.—Quito.
Geografía del Ecuador.

PAZ Y MINO GENERAL LUIS T.—Quito. (Envío de la Cancillería).
* Atlas Histórico-Geográfico de los Límites del Ecuador, 2 partes.

RENDON VICTOR MANUEL.—Guayaquil.
Ecos de Amor y Guerra.
La Columna a los Próceres del 9 de Octubre de 1820.
Olmedo.
Clemente Ballén.
Cuentos de Delfín de las Peñas.
Flammes et Cendres.
Telefonemas.
Lorenzo Cilda.
Telepatías.

REYES OSCAR EFREN.—Quito.
Historia de la República.

Vida de Juan Montalvo.
Los Últimos Siete Años.
Brevisima Historia General del Ecuador.
La Vida y la Obra de Manuel J. Calle.
La II Conferencia Inter-americana de Educación.
• Los Incas Políticos.

RUBIO VAZQUEZ NICOLAS.—Ambato.
Prismas Interiores.

REVILLA TERREROS JACINTO.—Cuenca.
* La Danza de los Ritmos Nuevos.

RENDON DE MOSQUERA ZOILA.—Quito.
La Mujer en el Hogar y en la Sociedad.

RUIZ Y GOMEZ BENJAMIN.—Quito.
Violetas y Laureles.

ROLANDO CARLOS A.—Guayaquil.
Cronología del Periodismo Ecuatoriano.
Apuntes de Química Médica.
Obras Públicas Ecuatorianas.
Bibliografía de Luis Pasteur.
Los Centenarios de 1933.
Don Juan León Mera.
Manual de Técnica Analítica.
Pseudónimos de la Prensa Nacional.
Labor del Dr. Carlos A. Rolando.
Elementos de Física y Química.

RAMIREZ ARCELIO.—Esmeraldas.
Alcázar de los Sueños.

RUMAZO GONZALEZ ALFONSO.—Quito.
Corylé Mary: Canta la Vida.
Doudebés Carlos: Surtidores Blancos.
Guarda Manuel César de la: O. K. Indoamérica.
Jiménez Nicolás: Biografía y Crítica
Ozorio Luis E.: La Escuela de la Vida.
Ozorio Luis E.: Los Destinos del Trópico.

- Pareja Diez Canceco Alfredo*: El Muelle.
Puig Arosemena Alberto: Inspección de Bancos.
Quevedo Belisario: Compendio de Historia.
Quevedo Belisario: Sociología, Política y Moral.
Romero Cordero Remigio: Romería de las Carabelas.
Romero y Cordero Remigio: Romería de las Carabelas.
Rumazo González José: Victor Mideros.
 " " " Proa.
 " " " El Nuevo Clasicismo en la Poesía.
 " " " El Ecuadr en la América Prehispánica.
Rumazo González Alfonso: El Congreso de 1933.
 " " " Siluetas Líricas.
 " " " Vibración Azul.
 " " " Gobernantes del Ecuador.
 " " " Los Ideales.
 " " " Album Guía de la Región Oriental Ecuotariana.
 " " " Esmeraldas.
Villavicencio Francisco: El Hambre del Mundo.
 " " " El Vuelo Supremo.
 " " " El Mal.
Varios: Romances.

SALVADOR AMABLE E.—Quito.

Lecciones Elementales de Física.

SANCHEZ ANDRADE JAIME.—Quito.

México, Proclama Libertaria de Indoamérica.

Naún Briones.

Un Año de Tiranía.

SANCHEZ CARLOS R.—Quito.

Breves Nociones de Puericultura.

SANTIANA ANTONIO.—Quito.

* Cuadros de Anatomía Humana.

SANCHEZ CARLOS ENRIQUE.—Quito.

La Imprnta en el Ecuador.

SAAVEDRA EFREN H.—Quito.

- Ideas Sobre un Plan de Acción Económico Nacional.
- * Hacia la Defensa de Nuestra Moneda.

SOSA PEDRO J.

Este es Mi Libro.

SANTANA S. JOSE MARIA.—Portoviejo.

Infraganti.

SAONA N. CARLOS NAPOLEON.—Quito.

Guía para la Instrucción de Reclutas Individuales y de Escuadra.

SYLVA CESAR.—Quito.

La Escuela Nueva.
Espigas del Sendero.

SANCHEZ LUIS ANIBAL.—Quito.

Leyes Administrativas, Decretos y Reglamentos.

SALVADOR HUMBERTO.—Quito.

Bambalinas.
Taza de Te.
Esquema Sexual.
Camarada.
Los Trabajadores.

TAMAYO Y CACERES.—Quito.

- * La Escuela Ecuatoriana Frente al Problema de la Cultura Indígena.

TALBOT FRANCISCO.—Cuenca.

Ensayo de Diccionario Toponímico del Azuay.

TOBAR JULIO DONOSO.—Quito.

La Iglesia Ecuatoriana en el Siglo XIX.

TORRES FRAY ALBERTO MARIA.—Latacunga.

- * El Padre Valverde.

TORO ANDA JORGE.—Quito.

- * Las Ideas del Libertador Referentes a la Constitución Política de

los Estados Americanos.

UZCATEGUI EMILIO.—Quito.

La Sección Pedagógica de la Facultad de Filosofía y Letras de la
Universidad Central.

Qué hice en el Senado.

Los Pedagogos de la Libertad.

Breves Reflexiones Acerca de la Función de las Universidades.

Historia del Ecuador, 2 tms.

* Estado Actual de la Educación en el Exterio.

Situación del Niño en la Legislación Ecuatoriana.

URRUTIA S. MAYOR F.—Quito.

Compendio de Logística.

UNIVERSIDAD DE CUENCA.—Cuenca.

Crespo Toral Remigio: Leyendas de Arte y Otros Poemas.

- | | | | |
|---|---|---|--|
| " | " | " | Leyenda de Hernán. |
| " | " | " | Plegarias. |
| " | " | " | Genios. |
| " | " | " | Mi Poema. |
| " | " | " | El Divorcio de Colombia. |
| " | " | " | Discurso para el Centenario de Dante. |
| " | " | " | El Santo y Maestro del Siglo. |
| " | " | " | Tres Discursos en Homenaje a la Virgen
María. |
| " | " | " | Sobre Nacionalización de la Literatura. |
| " | " | " | Olmedo. |
| " | " | " | La Acción Católica. |
| " | " | " | Miguel Moreno. |
| " | " | " | La Coronación de la Virgen del Rosario. |
| " | " | " | El Ocaso de un Genio. |
| " | " | " | La Sombra de Sucre. |
| " | " | " | La Herencia de Bolívar. |
| " | " | " | El Pontificado Ante la Historia. |
| " | " | " | El Desastre del Libertador. |
| " | " | " | La Mujer en el Pan Divino. |
| " | " | " | España y América. |
| " | " | " | La Vialidad en las Provincias de Azuay y
Cañar. |
| " | " | " | Geografía Agrícola de la Antigua Provin-
cia del Azuay. |

- Arizaga Maria Rafael:* Colonización del Azuay
Centro de Estudios Históricos y Geográficos: La Independencia de
 Cuenca.
Cordero Dávila Gonzalo: Voces de la Adolescencia.
 " " " Vida Futura.
 " " " Mi Egloga de Hoy.
Moreno Miguel y Honorato Vázquez: Sábados de Mayo.
Moreno Mora Manuel: El Azuay Literario, 2-tms.
Semanate P. Alberto D.: Proyección de los Lavaderos Auríferos en
 la Provincia del Azuay.
Vázquez Honorato: Exposición ante S. M. C. Don Alfonso XIII en
 la Demanda de la República del Ecuador
 contra la del Perú sobre Límites Territo-
 riales.
 " " El Epílogo Peruano. Memorandum para el
 Ministerio de RR. EE. de la República del
 Ecuador.
 " " El Memorándum final del Perú. Contrace-
 morándum.
 " " Defensa de los Intereses Católicos en el
 Ecuador.
 " " Memoria Histórica-jurídico sobre los Límites
 Ecuatorianos-Peruanos.
 " " Ecos del Destierro.
 " " La Obra Poética de Crespo Toral.
Varios: Sobre la Tumba de don Gonzalo Cordero Dávila.
Zaldumbide Gonzalo: La Cuenca de los Andes.

VARIOS .

Al Ilustre Azuayo Sr. Dr. Dn. Honorato Vázquez.
 Un Momento de Transición Política.

VILLACRESES ALBERTO.—Quito.

La Economía Nacional y el Crédito Bancario.

VASCONEZ PABLO ALFONSO.—Quito.

Israel, Arabia, India.

El Verbo.

* El Tercer Grado.

* Proforma de Constitución.

VITERI ATANASIO.—Quito.

El Cuento Ecuatoriano Moderno.

VALCOR EDMUNDO DE.

Mi Coraza de Luz.

YEPEZ ORTIZ JULIO ELIAS.

Arte de Conservar la Salud.

Puntuación en Verso.

NOTAS

CONDECORACIONES DEL GOBIERNO A LOS CONCURSANTES DE LA PRIMERA EXPOSICION DEL LIBRO

Vencidas ciertas dificultades que hasta hoy han venido retardando la entrega de las condecoraciones *Al Mérito en el Grado de Oficial*, ofrecidas por el Ejecutivo, en Decreto Especial, a los concursantes a la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, el Canciller don Carlos Manuel Larrea, con decisión que agradecemos, ha ofrecido terminantemente que en breve serán entregadas al Grupo América aquellas preseas, a fin de que sean remitidas a las distinguidas personalidades, que, en mérito de su fervor americanista, merecieron tal distinción por parte del Gobierno del Ecuador.

LA BIBLIOTECA DE AUTORES HISPANOAMERICANOS Y EL CANJE INTERNACIONAL

Nutrido y constante es el envío bibliográfico que internacionalmente recibe nuestra biblioteca, a cambio de la producción intelectual nacional, que por nuestra parte podemos enviar. Gracias a esta generosidad difusora del exterior, puede contar nuestra institución cultural con las últimas manifestaciones del movimiento intelectual de América. Renovamos, pues nuestros agradecimientos a los escritores, empresas periodísticas, casas editoras que nos favorecen, y contribuyen con su canje, a la obra de conocimiento y propaganda cultural que nos esforzamos por cumplirla con entusiasmo y sano fervor americanista.

LA UNION PANAMERICANA
Y NUESTRA REVISTA

Ha sido motivo de la más grata complacencia para nosotros la lectura del último número del Boletín de la Unión Panamericana, —Marzo 1937— en el cual la distinguida escritora Concha Romero James, Jefe de la Oficina de Cooperación Intelectual, en un brillante estudio sobre el movimiento literario y cultural americano de estos últimos años, dedica a la Dirección de América frases de cálida comprensión hacia nuestra labor, las mismas que han constituido un fuerte estímulo para proseguir en ella. Voces de repercusión continental como la de la conocida escritora mejicana, obligan a redoblar nuestro esfuerzo para la diaria cristalización de nuestros ideales —que son los de ella— de conocimiento y desarrollo cultural internacional.

EL CICLO DE CONFERENCIAS
DEL GRUPO AMERICA

Con el propósito de extender su acción cultural el Grupo América organizó un ciclo de conferencias que serán dictadas según calendario, por cada uno de sus socios sobre diferentes temas. Dos de estas, sustentadas en el Salón Máximo de la Universidad Central, y que merecieron el genral aplauso de la prensa y los elementos intelectuales de esta Capital, versaron, la primera, del consocio señor don Augusto Arias, sobre "Jorge Isaacs y su María", y, la segunda, del consocio, licenciado don Hugo Moncayo, sobre el poeta granadino, asesinado últimamente en la guerra española, Federico García Lorca. Estas conferencias y las subsiguientes, serán publicadas en los sucesivos números de nuestra Revista.

ROSA ARCINIEGA

La celebrada escritora peruana, Rosa Arciniega, quien hasta hace poco, fue nuestra representante en la península Ibérica, a su regreso a Lima, no ha vacilado en aceptar la representación del Grupo América, en su ciudad natal. Así manifestó verbalmente a nuestro consocio doctor don José de la Cuadra, a su paso por Lima, en la jira que acaba de realizar por Sur América, confirmándonos después en elocuente comunicación que nos dirige. La valiosa cooperación de esta distinguida amiga nuestra, y su entusiasmo por el acercamiento intelectual internacional, probado ya en la primera Exposición del Libro Hispanoamericano, serán una gran fuerza que nos ayude a realizar nuestros propósitos de expansión cultural.

FRATERNIDAD PERIODISTICA
INTERNACIONAL

En los salones del Grupo América, el día trece de abril, tuvo lugar una simpática ceremonia de amistad internacional, en la cual, y mediante un elocuente discurso, el señor Ministro de Panamá, señor don Belisario Porras Jr., entregó al Presidente del Círculo de Periodistas de Quito, el Mensaje que los periodistas panameños enviaban a los del Ecuador. Contestó al señor Ministro de Panamá el distinguido escritor y periodista don Gerardo Chiriboga, asimismo en brillante alocución, en la que se puso de relieve los sentimientos de confraternidad y comprensión profesional que animaban a los trabajadores del diarismo, unidos por un común ideal de engrandecimiento americano.

GALARDONES DE LA PRIMERA
EXPOSICION DEL LIBRO
HISPANOAMERICANO

En brillante recepción ofrecida por el Ministro ecuatoriano en La Paz, Excmo. señor don Víctor Hugo Escala, miembro representante del Grupo América de esta ciudad, han sido entregados la medalla y diplomas conferidos por esta institución intelectual a los Ministros de Estado de la nación boliviana y a los concursantes a la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano que se realizó en esta Capital en agosto de 1935.

Tal ceremonia que fue abierta por un elocuente discurso del Ministro ecuatoriano señor Escala, animador del fuego de cordialidad y amistad que existe entre las dos naciones hermanas, fue honrada con la presencia del Excmo. señor Coronel don David Toro R., Presidente de la Junta de Gobierno, los señores Ministros de Estado, Cuerpo Diplomático y Consular y distinguidas personalidades del mundo intelectual y social de la Capital boliviana.

La entrega de los citados galardones se hizo a las siguientes personalidades de la nación boliviana: al Excmo. señor Enrique Finot, Ministro de Relaciones Exteriores; al señor Tte. Coronel Enrique Peñaranda, Ministro de Educación Nacional; a los escritores y editores señores: Jaime Mendoza, Fernando Díez de Medina, José Macedonio Urquidi, Pablo Iturre Jurado, J. Baptista, N. Flores y Alfredo E. López, el inteligente ecuatoriano radicado en Bolivia, quien, por la valiosa contribución bibliográfica de su casa editora fue merecedor a la medalla ofrecida por el Colegio Gómez de la Torre, de la capital de Imbabura.

NUEVOS LIBROS

Próximamente se pondrán a circulación tres libros de los siguientes jóvenes escritores ecuatorianos: "Agua", novela, por Jorge Fernández; "Nuevo Itinerario", poemas, por Pedro Jorge Vera; y, "Luz del Nuevo Paisaje", poemas, por Alejandro Carrión.

AGRADECIMIENTO

Presentamos a nuestra gentil amiga doña Amanda Labarca, por el especial envío de su colaboración "Chile, en el Panorama de América", que por exceso de material en el presente número, concluirá en el próximo de esta revista.

ANITA DIAZ

Esta distinguida escritora y poetisa colombiana, en su visita a nuestra Capital, ha desplegado una intensa labor intelectual y artística, ya por medio de recitales —uno de los cuales, el sustentado en el Teatro Sucre obtuvo muy buen éxito— que han tenido lugar en diferentes centros de cultura; ya por la publicación de su libro de versos "Las Espigas de Ruth", o, ya también, con su colaboración en la prensa. Su paso por el Ecuador ha venido a confirmar el íntimo y actual deseo de los países americanos, de estrechar mejor sus relaciones de conocimiento y de confraternidad internacional.

LIBROS PUBLICADOS

Se hallan en circulación dos obras más del eminente sociólogo y escritor ecuatoriano doctor don Pío Jaramillo Alvarado. Estas son: "El Indio Ecuatoriano", tercera edición, y, "Por Tierras de Oriente", de las que hablamos en el próximo número de América.

REVISTAS

(Canje internacional)

Servicio de la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos
del Grupo América

ARGENTINA

- AQUARIOS. Rosario
ALIFAR. Buenos Aires.
AL DIA. Buenos Aires.
BANCOS. Buenos Aires.
BOLETIN DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA. La Plata.
BOLETIN DEL COLEGIO DE GRADUADOS DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS. Buenos Aires.
BOLETIN DE LA BIBLIOTECA-MUSEO "AMERICA". Buenos Aires.
CLARIDAD. Buenos Aires.
CULTURA. Cañada de Gómez.
CURSOS Y CONFERENCIAS. Buenos Aires.
CAMARADA. La Plata.
C. G. T. (Confederación General del Trabajo). Buenos Aires.
COMPAS. Buenos Aires.
EVOLUCION. Buenos Aires.
EL MONITOR DE EDUCACION COMUN. Buenos Aires.
EL PAIS. Córdoba.
EL COPERATIVISTA. Córdoba.
ESTUDIOS SECUNDARIOS. Buenos Aires.
EL ARGENTINO. La Plata.
EL HERALDO RAUMSOLICO. Rosario.
FRENTE UNICO. Córdoba.
FABULA. La Plata.

GACETA MEDICA. Córdoba.
HECHOS E IDEAS. Buenos Aires.
HOJAS PAN AMERICANAS. Buenos Aires.
IMPULSO. Río Cuarto.
INDICE. La Plata.
JURIDICAS Y SOCIALES. Buenos Aires.
LA MUJER. Buenos Aires.
LA LITERATURA ARGENTINA. Buenos Aires.
LETRAS. Buenos Aires.
LA PALABRA. Córdoba.
NERVIO. Buenos Aires.
NATIVA. Buenos Aires.
NOSOTROS. Buenos Aires.
NORTE. Buenos Aires.
OASIS. Mendoza.
ORIENTACION. Santa Fe.
PAN. Buenos Aires.
PUEBLO Y ESCUELA. Dock Sud (Avellaneda).
REVISTA DEL CIRCULO DE ALTOS ESTUDIOS. Rosario.
RETOÑOS. Santa Fe.
SUR. Buenos Aires.
UNIDAD. Buenos Aires.
VIDA CORRENTINA. Corrientes.
POR NUESTRO IDIOMA. Buenos Aires.

ALEMANIA

DEUTSCH RUNDSCHAU BIBLIOGRAPHICHES INSTITUT.
Leipzig.
IBERO AMERICANISCHE ARCHIV. Berlín.
IBERO-AMERICANISCH RUNDSCHAU. Hamburgo.
REVISTA ALEMANA. Hamburgo.

BOLIVIA

ACCION SOCIALISTA. Bolivia.
BOLETIN ECONOMICO DE BOLIVIA. La Paz.
DESPERTAR. Potosí.
EL ALTIPLANO. La Paz.

BRASIL

- A CAPITAL. Sao Paulo.
BRASIL FEMENINO. Rio de Janeiro.
BOLETIM ASSOCIACAO BENEFICENTE DOS EMPREGA-
DOS DO COMERCIO DE LOANDA.
BOLETIM DA SOCIEDADE LUSO - AFRICANA DE RIO DE
JANEIRO.
LETRAS. S. Paulo.
REVISTA UNIVERSITARIA. Porto Alegre.
SEIVA. Sao Paulo.
SUMMULA. Sao Paulo.
SOL NASCENTE. Porto.

COLOMBIA

- ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE NARIÑO. Pasto.
AMERICA ESPAÑOLA. Cartagena.
ARTE. Tolima.
ANTIOQUIA HISTORICA. Antioquia.
CALDAS CONTEMPORANEO. Manizales.
EDUCACION ANTIOQUEÑA. Medellín.
INQUIETUDES. Manizales.
LA VOZ DE CALDAS. Manizales.
LA TRADICION. Medellín.
LA ESCUELA RURAL. Medellín.
MEJORAS. Barranquilla.
NUMEN. Calarcá.
POPAYAN. Popayán.
REVISTA DE INDIAS. Bogotá.
REVISTA JAVERIANA. Bogotá.
REVISTA UNIVERSITARIA. Popayán.
REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO. Bogotá.
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA. Medellín.
UNIVERSIDAD DE CARTAGENA. Cartagena.

COSTA RICA

- CULTURA JURIDICA. San José.
DON LUNES. San José.

HORIZONTE. San José.
LIBERACION. San José.
LA RAZA. San José.
REPERTORIO AMERICANO. San José.
REVISTA DE AGRICULTURA. San José.
REVISTA DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES. San José.

CUBA

ADELANTE. La Habana.
ANTIAEREA. Santiago.
ATOMO. La Habana.
BOHEMIA. La Habana.
BELEN. La Habana.
CLAXON. La Habana.
EL ESPECTADOR HABANERO. La Habana.
GRAFOS. La Habana.
ISLA. La Habana.
LYCEUM. La Habana.
LA NUEVA ESCUELA. La Habana.
MEDIODIA. La Habana.
ORTO. Manzanillo.
POLEMICA. La Habana.
PROA. Artemisa.
REVISTA BIMESTRAL CUBANA. La Habana.
REVISTA CUBANA. La Habana.
ROSENDO. Matanzas.
REVISTA BIBLIOGRAFICA CUBANA. La Habana.
REVISTA DE COMUNICACIONES. La Habana.
SOUVENIR. La Habana.
UNIVERSIDAD DE LA HABANA. La Habana.
ULTRA. La Habana.

CHILE

ATENEA. Concepción.
ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE. Santiago.
ANALES DE LA FACULTAD DE CIENCIAS JURIDICAS Y
SOCIALES. Santiago.

ACCION FEMENINA. Santiago.
BRUJULA. Santiago.
LA SEMANA INTERNACIONAL. Santiago.

ESTADOS UNIDOS

ARTES Y LETRAS. New York.
BOLETIN DE LA UNION PANAMERICANA. Washington.
ESPAÑA NUEVA. New York.
INTERNATIONAL REVIEW. New York.
IBERICA. New York.
LA NUEVA DEMOCRACIA. New York.
REVISTA ROTARIA. Chicago.
REVISTA HISPANICA MODERNA. New York.
UNIVERSITY OF ARIZONA BULLETIN. Arizona.

ESPAÑA

ACTIVIDAD. Barcelona.
BIBLIOGRAFIA. Madrid.
BOLETIN DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES. Córdoba.
BOLETIN DE LA SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CULTURA. Castellón.
ESPAÑA Y AMERICA. Cádiz.
GACETA DEL LIBRO. Valencia.
INDICE LITERARIO. Madrid.
LEVIATAN. Madrid.
LA FRATERNIDAD. Madrid.
NORESTE. Zaragoza.
REVISTA HISPANOAMERICANA DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES. Madrid.
REVISTA DE LAS ESPAÑAS. Madrid.
UNIVERSIDAD. Zaragoza.
VIDA MARROQUI. Melilla.

EL SALVADOR

CYPACTLY. San Salvador.

REVISTA DE LA ESCUELA NORMAL DE MAESTRAS. San Salvador.

ECUADOR

- ANALES DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL. Quito.
ARCHIVOS DE CRIMINOLOGIA, NEURO-PSIQUIATRIA Y DISCIPLINAS CONEXAS. Quito.
ALAS. Quito.
ANALES DE LA SOCIEDAD MEDICO-QUIRURGICA DEL GUAYAS. Guayaquil.
AMAZONIA. Ambato.
BOLETIN MUNICIPAL DE ESTADISTICA. Guayaquil.
BOLETIN DEL INSTITUTO NACIONAL MEJIA. Quito.
BOLETIN POSTAL. Guayaquil.
BOLETIN DE LA CAMARA DE INDUSTRIAS. Ambato.
BOLETIN DEL COLEGIO NACIONAL "TEODORO GOMEZ DE LA TORRE". Ibarra.
BOLETIN MENSUAL. Ministerio de Obras Públicas. Quito.
BLOQUE. Loja.
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA. Quito.
CULTURA. Guayaquil.
EL TRES DE NOVIEMBRE. Cuenca.
ECUADOR. Quito.
EL FERROCARRIL DEL NORTE. Ibarra.
FERVOR. Loja.
INSTITUTO NACIONAL DE PREVISION. Quito.
LA CASA DE MONTALVO. Ambato.
LA UNION LITERARIA. Cuenca.
MENSAJE DE LA BIBLIOTECA NACIONAL. Quito.
MISCELANEA. Quito.
RIELES. Quito.
REVISTA MUNICIPAL. Azogues.
REVISTA DEL COLEGIO "BENIGNO MALO". Cuenca.
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA. Cuenca.
REVISTA MUNICIPAL. Guayaquil.
REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS Y GEOGRAFICOS DE CUENCA. Cuenca.
SIEMBRA. Riobamba.
SEMANA GRAFICA. Guayaquil.
VIDA INTELECTUAL. Quito.

GUATEMALA

- ANALES DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA.
Guatemala.
BOLETIN DEL ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO. Gua-
temala.
PSIQUIS. Coatepeque.

HONDURAS

- ALMA LATINA. San Pedro Sula.
EL NORTE. San Pedro Sula.
EL CONTADOR MODERNO. San Pedro Sula.
REVISTA DEL ARCHIVO Y BIBLIOTECA NACIONALES.
Tegucigalpa.
REVISTA DE POLICIA. Tegucigalpa.
TEGUCIGALPA. Tegucigalpa.
ZAMBRANO. Tegucigalpa.

MEXICO

- ANALES DEL MUSEO NACIONAL DE ARQUEOLOGIA, HIS-
TORIA Y ETNOGRAFIA. México, D. F.
CUSPIDE. Guadalajara.
CRIMINALIA. Colonia del Valle.
DIARIO DE YUCATAN. Mérida.
DINAMO. México.
EL MAESTRO RURAL. México, D. F.
ECOS MUNDIALES. México, D. F.
EURINDIA. México, D. F.
EL SOLDADO. México, D. F.
ECOS DEL CONSTITUYENTE. México, D. F.
FUTURO. México, D. F.
FRENTE A FRENTE. México, D. F.
GENIO LATINO. México, D. F.
JALISCO SPORT. Guadalajara.
JUVENTA. Progreso.
LAVERAN. Veracruz.
MENYAH. Mérida.
PLANIFICACION. México, D. F.
POLITICA SOCIAL. México, D. F.

PALOMILIA. México, D. F.
PROLETARIADO. México, D. F.
RUTA. Jalapa.
RUMBO. México, D. F.
REVISTA DEL EJERCITO. México, D. F.
REVISTA NAVAL MILITAR. México, D. F.
REVISTA JALISCIENSE DEL TRABAJO. Guadalajara.
SENDA NUEVA. México, D. F.
TODO. México, D. F.
UNIVERSIDAD. México, D. F.

NICARAGUA

HERMES. Managua.
MAGISTERIO. Managua.
REVISTA DEL DISTRITO NACIONAL. Managua.
REVISTA DE DERECHO. Managua.
REVISTA COMERCIAL DE NICARAGUA. Managua.

PERU

EL CONTADOR. Lima.
INDUSTRIA PERUANA. Lima.
INDOAMERICA. Lima.
LA NUEVA ECONOMIA. Lima.
MUNDO PERUANO. Lima.
NUEVA ESCUELA PERUANA. Lima.
PALABRA. Lima.
REVISTA DEL INSTITUTO ARQUEOLOGICO. Cuzco.
REVISTA DEL MUSEO NACIONAL. Lima.
REVISTA TRIBUTARIA PERUANA. Lima.
REVISTA DE ECONOMIA Y FINANZAS. Lima.
REVISTA DE LA ESCUELA MILITAR. Chorrillos.
UNIVERSIDAD DE AREQUIPA. Arequipa.

PANAMA

ACERCAMIENTO. Panamá.

BOLETIN DE LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA. Panamá.
FRONTERA. Panamá.
ELITE. Panamá.
LA REVISTA. Panamá.
NUEVA LUZ. Panamá.
UNIVERSIDAD DE PANAMA. Panamá.

PUERTO RICO

ALMA LATINA. San Juan.
PAGINAS. Santurce.
REVISTA DE AGRICULTURA. San Juan.
VERDADES. San Juan.

REPUBLICA DOMINICANA

BAHORUCO. Santo Domingo.
RECTA. San Pedro de Macoris.

URUGUAY

AIAPE. Montevideo.
BRUJULA. Paisandú.
CIRCULO Y CUADRADO. Montevideo.
EDUCACION. Montevideo.
ESFUERZO. Montevideo.
ESPAÑA MODERNA. Montevideo.
HIGIENE Y SALUD. Montevideo.
LA REVISTA ECONOMICA SUDAMERICANA. Montevideo.
MOVIMIENTO. Montevideo.
MASTIL. Pan de Azúcar.

VENEZUELA

BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. Caracas.

BOLETIN DEL ARCHIVO NACIONAL. Caracas.

CULTURA NACIONAL. Caracas.

ELITE. Caracas.

ESOTERICA. Caracas.

NOS-OTRAS. Caracas.

VENEZUELA ODONTOLOGICA. Caracas.